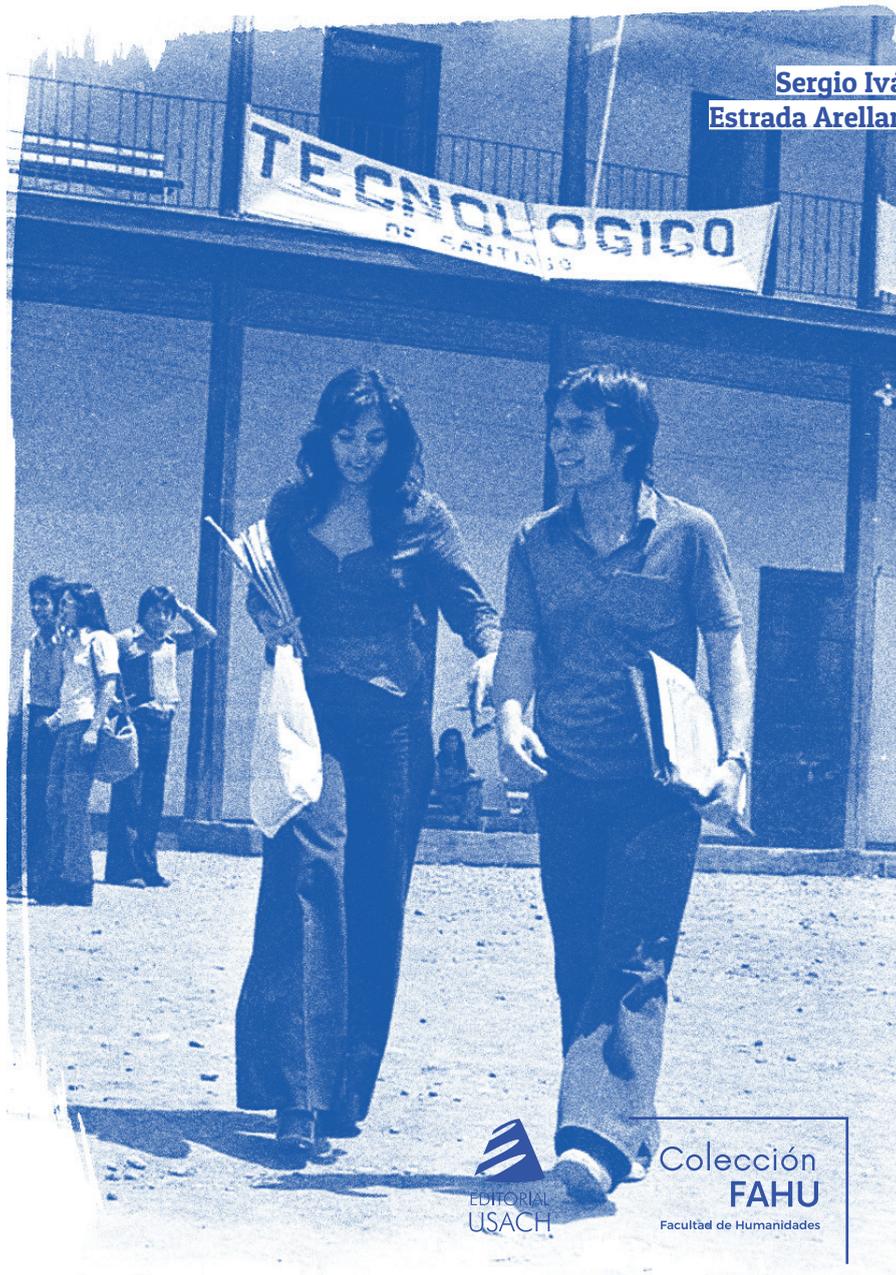


LA UNIVERSIDAD QUE FUE Y SERÁ

Identities and memories of the UMCE, USACH
and PUC during the military dictatorship (1973-1989)

Sergio Iván
Estrada Arellano



EDITORIAL
USACH

Colección
FAHU
Facultad de Humanidades

La universidad que fue y será
Identidades y memorias de la UMCE, USACH y
PUC durante la dictadura militar (1973-1989)

**La universidad que fue y será. Identidades y memorias en la UMCE,
USACH y PUC durante la dictadura militar (1973-1989)**

Sergio Iván Estrada Arellano

El presente libro, bajo la supervisión del Comité Editorial FAHU, fue sometido a revisión por pares externos (peer review) especialistas en el área de investigación.

© Editorial Universidad de Santiago de Chile, 2023
Av. Víctor Jara 3453, Estación Central, Santiago de Chile
Tel.: +56 2 2718 0080
www.editorial.usach.cl

© Sergio Iván Estrada Arellano, 2023

I.S.B.N. edición digital: 978-956-303-609-1

Director editorial: Galo Ghigliotto G.
Edición: Catalina Echeverría I.
Diseño y diagramación: Andrea Meza V.
Diseño de colección: Ana Ramírez P.
Corrección de textos: Luz María Astudillo U.

Primera edición, mayo 2023

La presente obra se encuentra liberada bajo una
Licencia Creative Commons Atribución



Sergio Iván Estrada Arellano

La universidad que fue y será
Identidades y memorias de la UMCE, USACH y
PUC durante la dictadura militar (1973-1989)



Colección
FAHU
Facultad de Humanidades

La Colección FAHU es una iniciativa de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile, iniciada el año 2021, cuyo propósito es difundir estudios en torno a las Artes, Humanidades y Ciencias Sociales. Todos los trabajos de esta colección han sido evaluados en su pertinencia por el Comité Editorial de la Facultad de Humanidades y sometidos a revisión por pares externos y externas, sugeridos y sugeridas a partir de su trayectoria y relación con los ámbitos y líneas de investigación tratados.

El interés de la Facultad de Humanidades es poner a disposición los libros con acceso abierto, promoviendo la circulación de sus planteamientos y su relación con diversos colectivos y personas interesadas en las temáticas abordadas. Esperamos que esta colección sea un aporte al desarrollo de la investigación en las distintas disciplinas.

Jefe Oficina Editorial
César Zamorano

Comité editorial colección FAHU

Claudia Córdoba	Rolando Álvarez
Jaime Retamal	Juan Pablo Arancibia
Sylvia Contreras	Antoine Faure
Alfonso Dingemans	Pedro Reyes
Lucía Dammert	Verónica Rocamora
Mauricio Olavarría	Ana María Fernández
Marcelo Díaz	Claudia Calquín
José Sebastián Briceño	Dante Castillo
Hernán Neira	Rosa Basaura
Hernán Venegas	Edinson Muñoz
Rafael Chavarría	Sebastián Reyes

Índice

Introducción	13
Capítulo I	
La universidad, su identidad y sus ideas previas al golpe militar	33
Capítulo II	
La universidad convulsionada	63
Capítulo III	
La universidad golpeada	85
Capítulo IV	
La universidad intervenida y su resistencia	101
Capítulo V	
La universidad transformada, perdida y recuperada (en la medida de lo posible)	135
Capítulo VI	
La universidad, que fue y será, de los 90 y más allá (en perspectiva general)	167
Conclusión	
La universidad que queremos que sea	185
Bibliografía	189
Sobre el autor	195

Para Marcela, mis amigos, profesores y compañeros con quienes compartimos el haber estudiado y formado parte de universidades en crisis permanente.

Introducción

Este es un primer trabajo de lo que esperamos sea una obra mucho más extensa dadas las dimensiones del problema que nos compete. Una primera piedra desde donde comenzar a pensar y por sobre todo a cuestionar lo que son nuestras actuales universidades, y principalmente de lo que han sido sus identidades, aspectos que han quedado fuera del análisis al respecto, pero que constituyen parte de un fondo aún soterrado bajo las capas y capas de problemas más superficiales que hoy las aquejan y que lamentablemente se han transformado en los únicos énfasis para las demandas y políticas que se han desarrollado respecto de su compleja condición casi terminal. Asimismo, también es un trabajo fuertemente vinculado con lo personal y sentimental, como estudiante y parte del mundo universitario nacional. Surge como una necesidad de responder a muchas interrogantes que durante años hemos cargado, de aspectos que hemos naturalizado, y de procesos que, a pesar del tiempo que ha pasado, aún no dejan de doler ni de terminar. De discursos sacralizados, asumidos y reproducidos, nunca cuestionados, y que han contribuido a la situación crítica que actualmente estamos viviendo. Las responsabilidades del caso no vienen solamente por parte de la dictadura, sino que de todos aquellos que han permitido que dichos aspectos sigan vigentes y se hayan profundizado dentro del proceso por el cual se han construido y consolidado las instituciones universitarias y el sistema general de Educación Superior hasta la fecha y desde 1973.

Por ello fundamentalmente lo que nos interesa son sus identidades y los temas referentes a los imaginarios que actualmente mantienen las universidades, construidos desde las memorias que se gestan a partir de la intervención por parte de la dictadura sobre dichas instituciones. La invitación que hacemos es a pensarlas desde su propia construcción institucional que las posiciona de una u otra forma dentro del panorama. En

general tiende a verse a las identidades como aspectos que permanecen, que al ser elementos tan basales y estructurales no sufren mayores transformaciones en el tiempo, que operan como anclas que impiden la pérdida total frente a un cataclismo de proporciones —a pesar de todo siglo aquí—. Por el contrario, creemos firmemente que las identidades se han transformado, y en el caso de las universidades dramáticamente, contribuyendo incluso a las intenciones del momento en que se ven insertas, pues el papel de víctimas contribuye a un sistema victimario, que puede y ha seguido violentándola. En torno a ello el llamado es a leer críticamente los discursos que se han construido, a pensar los traumas que siguen cargando, y a hacernos cargo de los más de 40 años de transformación del modelo desde lo local, desde nuestras propias universidades. Dejar de verlas únicamente como víctimas y pensar en qué hemos hecho por escapar de dicha posición. Frente a las nuevas demandas del momento, y a las nuevas decisiones que se están tomando, es necesario detenernos y pensar, antes de que el sistema, cuya intención no parece retornar, nos tome una delantera donde nos sea imposible alcanzarlo o revertirlo.

Para el caso, hemos delimitado el espectro a tres casos específicos: la UMCE [Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación], USACH [Universidad de Santiago de Chile] y PUC [Pontificia Universidad Católica de Chile], principalmente por las dinámicas y características que tienen sus procesos particulares, que sirven para realizar una comparación interesante, y que permite dar cuenta de que si bien fueron parte de un mismo momento y estuvieron sometidas a las mismas transformaciones, los resultados son significativamente diferentes. Y respecto de este punto, dentro de la elección, claramente hay un elemento personal, como estudiante y profesor tanto en la UMCE y como en la USACH, y ubicando a la PUC como la institución que hace el contrapeso y que por lo demás también surge del interés personal a partir de su estudio durante mi tesis de pregrado¹. No obstante, no ha sido el único criterio. Las tres instituciones son abordadas y elegidas por ser casos paradigmáticos dentro del proceso, en cuanto a cómo viven, se destruyen, transforman o permanecen respecto del periodo, y cómo se proyectan esos procesos hacia la actualidad, a fin de, justamente, evidenciar las diferentes dinámicas que resultan de la intervención dictatorial. En ese sentido, y cabe completamente la pregunta dado el énfasis del trabajo, surge la cuestión de por qué no se encuentra considerada mayormente la

1 La PUC pude abordarla con profundidad, dentro de la tesis de pregrado, en que, desde el análisis de las relaciones Iglesia-Estado durante el gobierno de Frei Montalva, se profundizó principalmente en torno a la toma de la universidad en 1967.

Universidad de Chile, más allá de su Instituto Pedagógico, considerando que es la primera y principal universidad nacional, y que durante el periodo claramente sufrió transformaciones importantes y determinantes que se proyectan incluso en el Chile actual, y en cuyo caso, preferimos dar una respuesta instrumental. Si bien se consideró originalmente abordar también a la Universidad de Chile, la complejidad y amplitud de su proceso vivido la hacían imposible de circunscribir dentro de los límites de una tesis de Magíster, en que se origina y desarrolla esta investigación, pues tanto temporalmente como espacialmente —la tesis contaba con un tiempo acotado de desarrollo y un número máximo de páginas— la gran cantidad de información y la necesidad de abordarla desde cada caso en particular amenazaban con volver el trabajo demasiado voluminoso, por lo que se hace completamente necesaria una segunda revisión, o incluso un abordaje por tomos para aprovechar al máximo la riqueza de la temática en el caso específico de la Universidad de Chile. En tal sentido, la vivencia del proceso es también diferente en cada campus y cada facultad de la Universidad, siendo, por ejemplo, y a pesar de estar bajo un contexto común, significativamente diferentes las condiciones y vivencias entre la Facultad de Derecho, el campus Beauchef, y el mismo Instituto Pedagógico, aún a pesar de pertenecer a la misma casa de estudios. Por ello, la elección del Instituto Pedagógico o UMCE, según su actual nomenclatura, permite abordar de forma general el proceso de la Universidad de Chile, pero a su vez también se diferencia al ser, particularmente, un espacio de interés determinante para la dictadura, donde, y a diferencia de las demás facultades, es la única unidad de la Universidad que termina el periodo completamente separada de la casa de estudios, dentro de la Región Metropolitana. Por otro lado, y bajo el mismo argumento, sucede una situación similar con las universidades regionales que surgen desde la Universidad de Chile, y también de la Universidad Técnica del Estado, en cuyo caso tenemos casos en que se autonomizan de la casa de estudio original, se unen con otras casas de estudio, y donde, por lo demás, también comienzan caminos diametralmente distintos. Todas y cada una de esas experiencias han de quedar a la espera de una investigación mayor que se encuentra en preparación, y en cuyo avance esperamos constituir una obra mucho más voluminosa que otorgue luces sobre el proceso total y que permita constituir una mirada general.

Pensar desde una universidad en crisis

El año 2008 entré a la UMCE a la carrera de Pedagogía en Historia y Geografía, y al ingresar la inyección institucional se produce en lo inmediato, la identificación como un sujeto que forma parte de una tradición antiquísima. Nos hacemos hijos de la Universidad, como formadora, paisanos de una identidad casi nacionalista, pero también nos hacemos cómplices de su memoria, y no solamente en el sentido de asumarnos como víctimas del despojo del que había sido objeto la institución bajo Pinochet, sino también cómplices de la figura y el discurso que se había construido frente a ese trauma reciente. De hecho, recuerdo perfectamente el sentimiento de despojo que uno sentía al formar parte de la Universidad Metropolitana² desde el primer año, el peso que era el no formar parte de la Universidad de Chile y ya no seguir siendo su Instituto Pedagógico, que se acrecentaba al entrar en una suerte de competencia desigual con aquellos que estudiaban la misma carrera, pero con una garantía institucional mucho mayor. De alguna u otra forma la Universidad de Chile era la Universidad de Chile, y la UMCE una parte pequeñísima que le resultaba ya casi extraña. Atrás habían quedado los años de Neruda, Parra, Millas y Gómez Millas, la UMCE era la víctima más reconocida del proceso, una institución que supuraba dolencia y por supuesto crisis, de hecho, la UMCE es, junto con muchas otras, una universidad que desde que se le colocó el nombre ha permanecido en crisis, de la que no escapa, pero de la que tampoco muere. Como condición congénita que la acompañará a lo largo de toda su vida.

Por varios años como estudiante reconocimos dicho discurso y lo asumimos, lo sacralizamos como identidad. Fuimos el Pedagógico y ello no se nos olvidaba, y nuestra rebeldía como memoria obstinada era considerarnos como estudiantes de la otrora institución pedagógica del país³. Pero con el tiempo el discurso comienza a ablandarse, porque la crítica ya se hace evidente. El “Pedagógico”, sufriente y doliente, se queda en eso, no hace nada, se transforma en isla, se atomiza, se vuelve intransigente y se niega a cualquier cambio, se cierra y se cristaliza, en el recuerdo de lo

2 Desde 1981 el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile se transformó en una institución autónoma e independiente, dejando de depender y pertenecer legalmente a la Universidad de Chile.

3 De hecho, preferíamos llamar “Peda” a nuestra universidad en lugar de UMCE, nombre que no ha logrado asimilarse del todo pues tiende a perderse o no se asocia demasiado con el desaparecido Pedagógico siendo incluso confundido con el nombre de la UTEM por su condición de “Metropolitana”.

perdido y en la imposibilidad de otra cosa. Entonces surge el cuestionamiento, acompañadas de la decepción frente a una universidad en ruinas, cuyos sus miembros, salvo grandes excepciones, se sienten cómodos con dicha condición y quienes son justamente los que más defienden la tradición supuestamente intocable y heroica de un Pedagógico como víctima.

La UMCE como nueva institución, nacida de la Academia Superior de Ciencias pedagógicas, nacida a su vez del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, lleva hasta la fecha 29 años como universidad, con su nueva imagen, logo y nombre institucional, 30 años en los que en lugar de recuperarse se ha hundido, ayudado por los rectorados de aquellos que se han dedicado a llenar de flores al muerto, sin interés en exhumarlo para saber siquiera qué le pasó o si el muerto realmente está muerto. Y frente a ese orden de cosas, la pregunta se amplía a las universidades en general, dentro de un espacio de debate y transformación de lo que es la Educación Superior en Chile.

Ante las formas en que la UMCE construía y practicaba su identidad y memoria como universidad, se nos hacía necesario mirar hacia otras realidades dentro de las universidades tradicionales⁴, y al interior de dicho espectro escogimos a la USACH, por ser la universidad en la que actualmente me encontraba desarrollando mi Magíster, e igualmente porque fue la primera universidad con la que me identifiqué al entrar luego de terminar mi escolaridad⁵. La USACH era un caso diferente al Pedagógico, pues si bien contaba con su quiebre y trauma, sobre todo considerando la batalla que se desarrolla el mismo 11 de septiembre dentro de la UTE y la transformación, casi completa, de dicha institución a la nueva USACH, los énfasis en que se desarrollaba y producía identidad contemporánea eran diferentes. La USACH dentro de las universidades tradicionales puede ser considerada la más joven, pues si bien nace al unísono de la Universidad de Chile, la Escuela de Artes y Oficios no era una universidad, condición que solamente alcanzaría hacia mediados del siglo xx, cuando la UTE, como nueva universidad, muy propia del momento y de los proyectos sociales de la época, comenzó un proceso de institucionalización tardío, incluso a tropezones, en medio del estallido de los movimientos de reforma universitaria, donde camina hacia su consolidación recién en los comienzos de los 70 cuando la golpea la

4 Las universidades privadas son demasiado recientes, con historias que en general no superan los 25 años de antigüedad y que por ende no pasaron por la dictadura, al contrario, son instituciones que nacieron bajo las posibilidades y beneficios que el régimen les abrió y dentro de un mercado universitario que es sumamente contemporáneo.

5 El año 2007 entré a la USACH a la carrera de Pedagogía en Castellano.

dictadura militar de Pinochet, que la volvería a transformar. Por ello la USACH era un ejemplo interesante dentro del esquema, una institución que se esfuerza en hacerse reconocer, que compite por tener el mismo lugar que la Universidad de Chile y la PUC, y que así mismo es una, o mejor dicho la que más ha desarrollado, producido y publicado memorias respecto de sí y su identidad desde que la “democracia” volvió al país.

Por último, la Universidad Católica de Chile, por varias razones, fue escogida por ser la universidad más lejana de las condiciones en que se desarrolló la intervención de la dictadura, principalmente por el peso que le persigue al ser considerada la universidad del régimen, aspecto que en realidad es la generalización de una Escuela de Economía y parte de una Escuela de Derecho que efectivamente sirvieron para darle los lineamientos y fundamentos a la dictadura de Pinochet; por otro lado, es una de las dos universidades de la capital que no pertenecen al Estado sino que eran instituciones privadas, pero también porque hallamos que existía un velo marcadamente mantenido o al menos un desconocimiento general de las problemáticas identitarias que desarrollo la penetración de la dictadura dentro de ella como institución. Por mi parte, la relación con la PUC siempre fue distante, ni siquiera la consideré entre las preferencias para ingreso a la universidad, y no solamente porque sentía que mi puntaje no sería el suficiente, sino que realmente no me resultaba atractivo quedar ahí por el perfil prejuicioso que tendemos, hasta la actualidad, a pensar de ella a partir del imaginario construido. Era la universidad conservadora, de derecha, religiosa y elitista de las tradicionales. Pero fue durante mi tesis de pregrado cuando me interesé mucho más en su historia, conforme uno de los ejes que estudié, dentro de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, fue la reforma de 1967, donde las Universidades Católicas (Valparaíso y Santiago) fueron las iniciadoras del proceso de reforma. La pregunta que quedaba era dónde había quedado dicho proceso dentro de la dictadura de Pinochet, en qué minuto todo lo iniciado por la Católica en la Católica se borró, lo cual evidentemente chocaba con una universidad en la que supuestamente no habría pasado nada. La Universidad Católica vivía con una memoria cubierta, una memoria olvidada, o incluso prohibida, que la hacía un espacio de interés dentro del marco que hemos propuesto.

A partir de lo anterior, de las múltiples interrogantes que quedan por resolver, es que se nos hizo imperioso el iniciar el presente análisis, fundamentado en la condición de una universidad que vuelve a ser actualmente tema de discusión y de debate, con miras a una posible reforma,

pero que, como de costumbre, no hace caso de las problemáticas más profundas.

La crisis de la universidad en Chile

Desde diferentes posiciones el momento actual ha sido definido como un instante crítico del sistema de Educación Superior, lo que quedó en evidencia desde el año 2006 y que reventó con las movilizaciones estudiantiles del 2011. Crisis institucional, crisis financiera, crisis en investigación, crisis política, crisis docente, crisis estudiantil, y crisis de Dirección y Administración con los énfasis en que se ha pensado y actuado sobre dicha crisis. Hace tan sólo 4 años, por medio de una campaña electoral, los mismos que han mantenido la Constitución de 1980 —con algunos retoques de ocasión— comenzaron a darse cuenta de que efectivamente las condiciones en las que se encontraban las universidades tradicionales dentro de un mercado universitario sustentado en el lucro y la competencia, y en crecimiento desde 1980 y aceleradamente desde fines de dicha década, no estaba dando resultados, y por el contrario, había terminado por promover uno de los primeros estallidos sociales serios de nuestra historia posdictatorial.

La crisis universitaria se tomó los debates, y a su vez provocó el fortalecimiento de otros temas problemáticos conllevando a la circulación de una serie de publicaciones que se tomaron el espacio para instalar sus enfoques más lúcidos respecto de la problemática. De entre ellos, Fernando Atria comenzó a publicar una serie de libros sobre la crisis de la educación, el movimiento estudiantil, las necesidades del cambio, entre otros, pero terminó por reenfocar el problema hacia un cambio constitucional, necesario por donde se mire, pero a través del cual se transformó en sí mismo en un ideólogo y promotor logrando ubicarse en la palestra del tema. En los mismos términos Gabriel Salazar también se transformó en un ideológico de los nuevos movimientos universitarios, fundamentando históricamente sus esfuerzos, ahora históricos, en pro de un cambio constitucional popular e instalando como el historiador custodio de la memoria desde el cual se establecería la nueva sociedad que se perfilaba. Mario Waissbluth, fundador de Educación 2020, publicó como contratado sus libros sobre la crisis del sistema educacional que sirvieron para publicitar su fundación y visión sobre el modelo, pero en realidad muy pocos se hicieron cargo o mantuvieron realmente enfocados

al problema universitario primario desde donde surgía el movimiento. De hecho, sólo José Joaquín Brunner, amparado en la UDP [Universidad Diego Portales] de Carlos Peña, puede ser considerado como quien más produjo sobre el tema, republicando cuanto estudio tenía —y cómo no pues el modelo educacional del que había sido fundados y promotor estaba amenazado— sobre la universidad y el conflicto entre lo público y lo privado, privilegiando, por supuesto, su visión de una universidad neoliberal frente a una universidad pública que no habría existido. Al mismo tiempo la megalomanía de los protagonistas que encabezaban el movimiento estudiantil, y que también publicaron, lo dirigieron hacia un cuestionamiento y una demanda contra el sistema social, político y económico completo, lo que sin lugar a dudas daba para ello, pero avanzaron hacia la consolidación de su figura política, sin resolver ninguno de los ámbitos basales ni lograr ningún tipo de triunfo al menos temporal frente a la problemática que evidenció la movilización general que terminó por diluirse en el corto plazo, dejado tras de sí un estallido memorable para quienes fuimos parte de él, pero poco nada más que eso. Al final la demanda universitaria se consideró y se instaló posteriormente en las campañas políticas del 2013, como ejes fundamentales desde donde se desarrollarían las reformas sociales y educacionales del nuevo gobierno, pero como es de costumbre, la cooptación desde la política tradicional la limitó y condicionó al juego pantanoso de los partidos, cooptando también con ello a los cabecillas del movimiento, que hoy celebran débiles, parciales y superfluas reformas de parte del segundo gobierno de Michelle Bachelet.

Y a pesar de la “iluminación” que poseen los dirigentes políticos que ocupan los escaños de la administración del poder, la crisis de la Educación Superior, por mucho que se celebre como solucionada o al menos avanzada en su transformación, por el contrario, sigue estando presente y por supuesto dista de resolverse. Desde mucho antes de las reformas orientadas a hacerse cargo del problema, se habían hecho estudios al respecto, indicado cuáles instituciones sí y cuáles no están de lleno inmersas en la crisis y cuáles aún pueden salvarse. Se ha cuantificado y construido estadísticas que demuestran la falta de dinero que afecta a la universidad y sus consecuencias, así como se ha señalado a los sujetos que han obtenido beneficios de dicha condición y espacio en que se desenvuelve el llamado mercado universitario, pensando en las investigaciones que ha

desarrollado María Olivia Mönckeberg⁶, quien en el último tiempo se ha atrevido incluso a señalar con el dedo y con gran amplitud de evidencia a quienes más se han beneficiado con esta situación y que han hecho usufructo del problema. Pero ya en 1997 el filósofo nacional Willy Thayer publicó un libro titulado *La crisis no moderna de la universidad moderna*, donde definía la debacle en que se encontraban las universidades en una visión general respecto del panorama occidental de las instituciones. En palabras de Thayer:

La crisis actual de la universidad tendría que ver, antes que con las contingencias que eventualmente sufre hoy en día cualquier universidad —crisis disciplinar, crisis lingüística, crisis presupuestaria, crisis de autonomía, etc.— con la quiebra del sistema de límites y de categorías que constituyó la “arquitectónica” moderna. La universidad como un conflicto categorial entre el Estado, el pueblo, la verdad, el lenguaje, la reflexión, la tecnología, la historia, el progreso, habría llegado a su fin.

No podemos ya pensar la universidad desde el esquema teleológico instrumental francés. Tampoco podemos pensarla desde el esquema teleológico especulativo alemán. No podemos pensar teleológicamente el acontecimiento universitario. La idea de la universidad misionera, madre y fuente de la ciencia, vigía crítico y autónomo, centro enciclopédico del saber, conductora y educadora del espíritu del pueblo y de las fuerzas del trabajo, motor del progreso resulta actualmente impertinente para pensar la realidad universitaria. (12-13)

Justamente en su ensayo —enfocado a las nociones de universidad en occidente más que al plano netamente nacional— Thayer daba cuenta de un aspecto que ha quedado relegado dentro de la idea de crisis que marca actualmente el campo en que se desarrolla la Educación Superior en Chile y que llamaremos una crisis de identidad, en el sentido de que la universidad no tiene un rumbo ni tampoco existen ideas de universidad, es decir, nos ubicamos en un plano donde las universidades actuales mantienen un proceso de indefinición que las ha agotado y despojado de sentido, lo que hace imperiosa una nueva noción o definición para un

6 La autora ha desarrollado una destacada labor periodística que se ha materializado en la publicación de una serie de libros que abordan el tema de la privatización y el lucro que existe en torno al sistema universitario chileno. Al respecto pueden consultarse: *La privatización de las universidades. Una historia de dinero, poder e influencias* (La Copa Rota, 2005); *El negocio de las universidades en Chile* (Random House Mondadori, 2007) y *Con fines de lucro* (Random House Mondadori, 2013).

nuevo tiempo, aspectos que, a nuestro juicio, fueron en las universidades chilenas resultantes de los procesos de intervención y transformación de la dictadura de Pinochet y que muestran la efectividad con que primó y se instaló la visión de universidad de la dictadura, tanto así que en el año 2000, Augusto Samaniego se preguntaba si había razón para que existiesen universidades públicas dentro de la sociedad chilena contemporánea, a través de un llamado general a diferentes instituciones y académicos que tomaron la palabra en una colección de artículos desde donde cada institución se defendía a partir de lo que fuera o de lo que estaba haciendo en el instante para fortalecer su universidad, pero sin llegar a una discusión mayor de sentido.

Universidad, identidad y memoria

Hemos señalado la crisis identitaria como el eje teórico y analítico desde el cual se propone esta nueva perspectiva respecto de la crisis de las universidades en Chile.

Pero antes de entrar de lleno en las identidades de las universidades, y por sobre todo en las transformaciones que sufren durante la dictadura militar, se nos hace absolutamente necesario conceptualizar las nociones sobre las que se sostendrá el siguiente trabajo, de modo que también queden definidos los límites desde donde se habla y se construye el análisis.

De manera general, tiende a entenderse la identidad como un marco de identificación en base a ciertos elementos significados como característicos y propios de una sociedad. Si pensamos, por ejemplo, en los términos en que se habla de una identidad chilena, dichos elementos van desde lo culinario a través del establecimiento de comidas típicas, costumbres o incluso comportamientos establecidos, similar a lo que burdamente tiende a entenderse como cultura, como si todo fuese una suerte de taxonomía clasificatoria que estableciese al sujeto en uno u otro cajón según las características a las que este más se acerca.

Para Dominik Lacapra, la identidad corresponde a procesos que se desarrollan en el marco de lo individual y colectivo en relación y articulación permanente con otros grupos o grupos de individuos, a los que llama grupos existenciales, que comparten experiencias comunes. Esta noción de identidad está estrechamente vinculada con la noción de experiencia conforme los procesos experienciales de formación identitaria necesariamente significan modos diferentes de “ser con otros que van

de lo real a lo imaginario” (Lacpra 60). Por ende, desde la óptica de Lacpra, la identidad siempre se desarrolla como un elemento diferenciador que funciona dentro de un espacio común en base a experiencias articuladas como características propias y definidas por un grupo frente a otros grupos.

El sentido experiencial que Lacpra le otorga a la identidad nos parece certero, pero aun así sigue siendo incompleto y parcial, pues consideramos a la identidad un elemento mucho más complejo y profundo que el mero establecimiento de características construidas en base al consenso o a la experiencia. Fundamentalmente la entenderemos como un marco vinculante estrechamente relacionado con la noción de imaginario, que se alimenta de la experiencia y es capaz de ser transformable en el tiempo.

A la hora de hablar de imaginarios podríamos involucrarnos derechamente en un debate bastante extenso, pues han sido definidos de manera general desde las múltiples disciplinas que se han dedicado al estudio de lo social, así como por grandes nombres que han contribuido a su definición como Castoriadis, Bachelard, B. Anderson, entre muchos más. Los imaginarios, como construcción conceptual y objeto de investigación, es un campo de estudio amplio que permite una entrada desde la interdisciplinariedad como única posibilidad para comprender e investigar desde su complejidad y extensión, por lo que hemos preferido una noción más intrumental al respecto, que nos permita avanzar sobre el tema y no estacarnos en la discusión que no viene a la extensión y al caso de esta investigación.

Por imaginario aceptaremos la definición operativa de Antonio Agudelo, quien facilita bastante la discusión al construir un concepto general a partir de los múltiples aportes teóricos al respecto. Según Agudelo, los imaginarios pueden definirse como:

(...) unidades de sentido que operan de manera simbólica a través de la repetición de narrativas en múltiples ámbitos individuales, grupales o institucionales. Estas unidades de sentido tienen su origen de manera difusa, produciendo variaciones de enunciabilidad según los focos institucionales, pero a su vez sostienen una misma trata argumental puesto que se trata de un grupo de personas que comparten un espacio-tiempo y unas instancias discursivo-institucionales. (2)

A partir de la noción de Agudelo, definiremos los imaginarios como un marco de significaciones, una imagen, unas gafas, un marco interpretativo, que otorga sentido al espectador, entrega significación a los elementos que tienen lugar dentro de la realidad en la que se inserta. Fundamentalmente este marco interpretativo reposa en lo cultural, como instancia desde donde se construyen los discursos que funcionan como las bases de la interpretación, considerando por ello también un espacio amplio y complejo, que se alimenta de otros imaginarios que a su vez han contribuido a la conformación del cual nosotros miramos.

La identidad opera de manera similar, pues también la consideraremos como una unidad de sentido simbólica, pero le otorgaremos un elemento distintivo conforme a nuestro juicio, la identidad es en esencia un marco que más allá de lo interpretativo busca lo vinculante, es decir, constituye un discurso con el que el sujeto puede identificarse transformándolo como propio, como forma de posicionarse y diferenciarse dentro del espacio social en que está inserto y en el cual construye su individualidad a partir de la experiencia social colectiva, o en el caso, institucional. Al respecto S. Hall propone asimismo lo siguiente respecto de la naturaleza discursiva de la identidad en el sentido que:

Las identidades, en consecuencia, se constituyen dentro de la representación y no fuera de ella. Se relacionan tanto con la invención de la tradición como con la tradición misma, y nos obligan a leerla no como una reiteración incesante sino como «lo mismo que cambia» (Gilroy, 1994): no el presunto retorno a las raíces sino una aceptación de nuestros «derroteros». Surgen de la narrativización del yo, pero la naturaleza necesariamente ficcional de este proceso no socava en modo alguno su efectividad discursiva, material o política, aun cuando la pertenencia, la «sutura en el relato» a través de la cual surgen las identidades resida, en parte, en lo imaginario (así como en lo simbólico) y, por lo tanto, siempre se construya en parte en la fantasía o, al menos, dentro de un campo fantasmático. (Hall 18)

Es en este sentido que la identidad como discurso funciona como una narración donde el sujeto se ve integrado, con la que se identifica y de la que se explica y construye a sí mismo, que no necesariamente reposa en aspectos directos o pasados, sino que asimismo la identidad de constituye tanto de aspectos reales y fantásticos, es decir, el sujeto que se identifica sentimentalmente con un relato identitario lo hace tanto respecto de lo

que pasó y que constituyó esa identidad, así como de lo que se pensó, se dijo, se vivió y se interpretó al respecto.

Y para el caso de las universidades, la identidad tiene que ver justamente con aquellos elementos con que el estudiante o quien es parte de ella se identifica y con los cuales adquiere un vínculo fraterno, familiar y grato, entendiéndose por ello: las relaciones dentro del espacio, las instancias de participación, los lugares con valor muchas veces referidos al campus completo, las militancias políticas, las discusiones, las ideas de institución, su himno, su fachada, su escudo, su tradición, historia y memoria, y memorias de aquellos que vivieron dentro de ella, sus relatos, discursos, leyendas, traumas, decepciones, desesperanzas, y asimismo los ideales que guarda dentro de ella y que la ayudan a construirse y consolidarse como institución.

Bajo esos parámetros entenderemos lo que es la identidad universitaria y los procesos que se desarrollan con la dictadura militar, como la instancia en que justamente se evidencian aquellos aspectos por la cual la hemos definido.

Por otra parte, tal como afirmamos anteriormente, un aspecto extremadamente significativo para entender la identidad y que por sobre todo incide directamente en su construcción y reproducción es la memoria, noción muy en boga dentro de los campos intelectuales y culturales, que igualmente nos es necesario definir para las intenciones de este trabajo. En ese sentido, y obviando un recorrido bastante extenso que podría realizarse sobre los diferentes aportes que muchos teóricos han hecho sobre el concepto, considerando los aportes de Maurice Halbwachs sobre la memoria colectiva, el aporte de Pierre Nora desde los lugares de la memoria y la misma Elizabeth Jelin o Nelly Richard desde el ámbito propiamente latinoamericano, hemos preferido el concepto de memoria de Michael Lazzara, quien por lo demás, junto con Steve Stern —ambos estadounidenses— son los dos historiadores que han avanzado más allá sobre el análisis de la memoria contemporánea tomándola como discursos construidos más que enfocados a su recopilación y reproducción vinculados con el recuerdo y sus dinámicas como recuperación. Para Lazzara: “son formulaciones narrativas escritas en distintos “alfabetos” y con distintas “plumas”, historias estructuradas para diferentes objetivos y verbalizadas a través de variados prismas discursivos” (32-33).

A lo anterior habría que agregarle que la memoria, al ser subjetiva y sensible fundamentalmente, no se presenta como un sólo discurso, sino que dentro de un mismo campo social pueden encontrarse diferentes

memorias, provenientes de distintos individuos o grupos con distintos intereses, dialogando, compitiendo, mezclándose o combatiendo entre sí. En ese sentido Steve Stern habla de memorias emblemáticas, conforme:

(...) memorias individuales sueltas se transforman en memorias colectivas emblemáticas y brindan un marco de significación que organiza, filtra y reformula las memorias individuales. Luchas de memorias generan argumentos culturales sobre el significado del pasado, es decir, una batalla entre memorias colectivas dominantes y disidentes que compiten por la aceptación social. (Winn et al. 15)

A esta condición Lazzara la ha denominado como “el prisma de la memoria” conforme: “El prisma, como metáfora, evoca las refracciones (ideológicas, genéricas, o cualquiera otra) a las que están sometidas las memorias cuando son contadas. Los prismas ensombrecen; distorsionan y alteran lo que se filtra a través de ellos (Lazzara 62). El prisma opera entonces como el filtro, que se coloca entre el recuerdo mental y su ámbito discursivo (memoria), que está condicionado por elementos de corte ideológicos, sensibles por supuesto, traumáticos, históricos, sociales, políticos y claramente colectivos según el grupo donde está inserto el individuo. Por ello hablaremos de memorias en plural, que se insertan en una cultura de la memoria caracterizada por la multiplicidad de discursos que la componen.

Es a partir de lo anterior, que hablaremos de memorias como discursos, como relatos intencionados, múltiples, selectivos y por supuesto que son capaces de expresarse en una variedad de formas para abordar el tema de las universidades y la construcción de memorias desde la dictadura, las cuales, como ya hemos dicho, están fuertemente vinculadas con sus identidades, con las formas en que se construyen sus imaginarios y que por ello toman tanta relevancia a la hora de abordarlas y transformarlas.

Por ello no se puede entender a las universidades chilenas como una sola institución que se manifiesta en cada una de las instituciones en particular, al contrario, las universidades, tradicionales, parten desde diferentes construcciones identitarias, diferenciadoras entre sí, que las transforman en sujetos únicos dentro del espacio que hemos definido, donde, si bien pueden haber aspectos compartidos, en ningún caso corresponden a una única identidad. En tal sentido, es que se nos hace necesario abordar las universidades desde un ámbito particular y propio, empático incluso, pues no se puede asumir ni afirmar una existencia y

naturaleza única, desde la experiencia individual o grupal que permite construir y reforzar una identidad.

Para el caso de las universidades señaladas anteriormente la relación experiencial e identitaria son aspectos fundamentales para comprender la construcción, desarrollo y pervivencia de memorias al interior de las mismas, conforme los grupos de estudiantes que viven la experiencia la comparten a las diferentes generaciones que van pasando dentro de la institución hasta el punto de que si bien estas puede que no hayan sido ni siquiera parte de la universidad en el minuto de la instalación de la dictadura son capaces igual de lograr la identificación y volver como propio los combates, las luchas y resistencias que pasan a ser propias de la figura de la universidad y sus estudiantes. Sin embargo, no solamente atendemos a una idea de identificación reproductiva de la experiencia, sino que igualmente a la capacidad constructiva y creativa de las generaciones que se identifican con dicha memoria, y es por ello que igualmente la construcción de memorias implica un elemento imaginativo que permite que se desarrollen diferentes formas de asumir y reformar las memorias anteriores, lo cual está presente en la propuesta de Lazzara conforme: "...la "experiencia", particularmente cuando se expresa como memoria, está siempre contaminada, siempre mediada. Las narrativas de la memoria postraumática son, en efecto, intentos de "materializar" los significados del pasado en forma de "acciones y expresiones". En lugar de representar literalmente un evento exactamente como ocurrió, las narrativas de la memoria incorporan "performativamente" al pasado aprovechando modos de transmisión que convierten a la experiencia (o algunos aspectos de esta) en material inteligible para una audiencia específica y por una razón específica (Lacapra 60). Es por ello que consideraremos igualmente a la identidad, la experiencia y por sobre todo a la memoria como un proceso cambiante permanentemente, que se va desarrollando y transformando en el tiempo.

Es sobre ese marco de análisis en que se desarrolla el énfasis de nuestra investigación, definiendo ya de plano a las universidades actuales como espacios de combate más que de definición, instituciones en proceso, en construcción y desarrollo más que la visión de entidades supra sociales, intocables e inviolables como fuesen consideradas previamente a 1967. Y es en tal sentido que las universidades contemporáneas son el resultado de las identidades y los ideales que se perdieron en 1973, fecha y momento desde el cual pasaron a ser memorias, y que se enfrentaron y resistieron frente a una nueva institucionalidad impuesta por la dictadura

que entraba en un inmediato conflicto con ellas, poniendo condiciones que alcanzarían su consolidación formal, como idea de la universidad del régimen, en la nueva legislación universitaria de 1981. A partir de ello, analizaremos el proceso de transformación en base a las dinámicas que se da entre las identidades y las memorias en disputa que sirvieron para construir los actuales imaginarios universitarios.

Pero si analizamos las formas en que se desarrollan dichas memorias, no podemos obviar que hemos propuesto tres instituciones para la necesaria comparación de dichos procesos de combates de memorias y construcción identitaria. La forma en que se ha abordado el periodo de la intervención dictatorial de las universidades —cuando se ha hecho— tiende a generalizar a todas las instituciones como parte de un sólo proceso. Y si bien hasta cierto punto la perspectiva es certera, hemos considerado fundamental la individualización de cada institución dentro del mismo, pues claramente hay aspectos particulares dentro de su construcción experiencial que no deben ser obviados a la hora de analizar sus identidades pues, por algo, cada una de ellas dentro del espectro nacional, posee ciertos rasgos distintivos que la caracterizan⁷. En tal sentido, hemos definido tres formas en que se han construido dichos imaginarios identitarios a partir de una memoria para las tres instituciones que conciernen a este trabajo. Para el caso de la UMCE la hemos definido como la identidad reconstructiva, conforme su existencia identitaria como universidad se enfoca únicamente en aferrarse a su memoria y herencia como Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, significando a la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas (institución creada bajo la dictadura y que marca el fin del Pedagógico y el tránsito a la UMCE) en un trauma olvidado voluntariamente a favor de la sacralización del despojo. Para el caso de la USACH, la hemos definido como la identidad constructiva, pues si bien pasa por un proceso crítico de enfrentamiento y desmantelamiento como Universidad Técnica del Estado, asume, asimila, consolida y amplía la nueva identidad USACH bajo las nuevas condiciones y características institucionales implementadas por la dictadura, pero resignificando los aspectos la memoria social y política que marcaron su carácter como EAO [Escuela de Artes y Oficios] y UTE [Universidad Técnica del Estado] y trasladándolos a esta nueva figura institucional. Por último, la PUC aparece como la identidad obstinada, pues en su interior prima una visión de una continuidad en ningún momento tocada por los procesos, salvo en mínimos aspectos, por lo que se

⁷ Insistimos que hablamos exclusivamente de las universidades consideradas tradicionales.

sostiene con base en cierta memoria negada, oculta o subterránea, y en cuyo caso su relación con la identidad de la universidad es más bien negativa, desde el punto de vista que existe, pero se reniega o se invisibiliza pues no es el fondo ni el pilar sobre el que se sostiene una autoimagen de universidad que crece incorrupta de las problemáticas y diatribas de una sociedad en movimiento. Desde ese punto de vista, si bien la construcción identitaria se encuentra fuertemente ligada al discurso institucional, esto también cala profundo dentro del estudiantado, que, como sujetos de memoria, se impregnan, reproducen, alimentan y discuten con dichas construcciones, formando, por tanto, parte esencial de la persistencia de dichos combates dentro de cada institución.

La metodología

Considerando lo anterior, y la idea de los prismas de memoria desde las que se constituyen los imaginarios identitarios de las universidades, el foco principal de la investigación, en torno a las fuentes, se tradujo en que, metodológicamente, el trabajo se enfocará hacia el análisis de múltiples formas de materialidad de la memoria y es por ello que reposa en la transdisciplinariedad como necesidad básica.

A partir de ello una de las principales fuentes que se consideró fue el testimonio, tanto oral como escrito, de parte de los actores, ya sean académicos, directivos, estudiantes o funcionarios, que formaron parte de los procesos de luchas de memorias al interior de las instituciones señaladas entre los años 1970 a 1990, e incluyendo en ello los múltiples testimonios publicados en forma de libros y recopilaciones, tanto los que provienen de publicaciones personales o grupales como los derivados de políticas institucionales de memoria. En ese sentido, la investigación contó con una serie de entrevistas realizado a actores que tuvieron lugar dentro de los procesos, poniendo especial énfasis en la búsqueda de aspectos que no se encontraban en los documentos o testimonios escritos, que respondían particularmente a las condiciones en que se desenvolvía la cotidianeidad dentro de cada institución y los gestos y luchas estudiantiles que se dieron en ese contexto.

Igualmente se consideraron las publicaciones o noticias de época y que buscaron denunciar los procesos que se llevaban a cabo dentro de los planteles, como el caso de artículos aparecidos en revistas de oposición. Cabe explicitar que los diferentes testimonios y fuentes directas sobre el

periodo no solamente se consideraron desde los datos, hechos y procesos que puedan quedar evidenciados a través de ellas, sino que se aplicará un análisis del discurso y deconstructivo, tanto en forma como contenido de los mismos, a fin de identificar la sensibilidad presente en ellos y las formas discursivas en que dichos relatos aportan a la identificación y construcción de la memoria sobre la época.

Junto a ello se echó mano de fuentes oficiales e institucionales, como las derivadas tanto desde el mismo gobierno y ministerios de la dictadura de Pinochet, como de las instituciones y sus gobiernos delegados, a fin de identificar los aspectos en que se construyen dichos discursos y la visión de universidad que busca instalar desde el campo de lo netamente académico como de la visión que tiene del estudiantado y su desarrollo dentro de la universidad.

También y junto a lo anterior también se utilizó como fuente de análisis la bibliografía y literatura producida por las mismas universidades y sus actores antes, durante y después de la dictadura, de modo de identificar las transformaciones e intenciones dentro de la construcción de dichos discursos históricos y también consigo la construcción del conocimiento que se produce en cada una de ellas a fin de reflejar el rol de la universidad dentro de las memorias e imaginarios en disputa.

Dentro de las fuentes también se consideraron diversas fuentes audiovisuales e iconográficas del periodo, por lo que se hará uso de la producción cultural en el plano de lo visual o sonoro.

Pero no solamente nos basamos en fuentes testimoniales, sino que considerando la visión y propuesta sobre la memoria no podemos dejar de lado el estudio del espacio dentro del cual se desarrollan las luchas de memorias en los campus, por lo que se abordaron las transformaciones espaciales, tanto en los elementos que permanecen en su interior como las nuevas construcciones y elementos como parte de discursos políticos y de memoria que buscan instalarse en ellos, considerando también los grados de permanencia que tienen los actores con dichos cambios y transformaciones, por lo que estamos atendiendo a una fuente arquitectónica e incluso estética como discurso y parte de las luchas a las que nos hemos referido.

A partir de lo anterior, se desarrolló el análisis de las memorias y los imaginarios que compiten y se mezclan dentro de lo que es la construcción de las actuales identidades en la UMCE, USACH y PUC, esperando lograr abarcar la mayor cantidad de material disponible en para la investigación.

En ese mismo sentido e intentando evitar un estudio parcelado de cada institución en particular, hemos estructurado el trabajo con base en cuatro periodos de gran significación dentro de la transformación de las identidades de las universidades en cuestión durante el periodo de la dictadura militar, que contribuyeron directamente a la transformación y construcción de los imaginarios actuales reinantes sobre dichas instituciones.

El primer capítulo estará centrado en las ideas de universidad que marcan el periodo inmediatamente anterior al golpe de Estado de 1973 a fin de identificar las formas y discursos por los que se ha pensado y construido la universidad en Chile. Dentro de ello abordaremos las identidades conformadas sobre las instituciones en cuestión, considerando su tradición institucional y por supuesto los procesos de reforma ocurridos desde 1967, donde asimismo colocaremos especial énfasis en la idea de universidad enfrentada durante dicha época, y que marca también las formas en que las identidades comienzan a transformarse hasta el golpe de 1973.

El segundo capítulo considera el periodo de la Unidad Popular, poniendo énfasis en las dinámicas bajo las cuales las universidades viven dicho complejo momento y cómo estas influyen dentro de las condiciones de tensión entre las identidades que disputaban los espacios institucionales previo al 11 de septiembre de 1973.

En un tercer capítulo nos centraremos en el golpe de Estado de 1973 y el quiebre que significa dentro de cada institución, desde las memorias sobrevivientes y producidas respecto de ese día en que inicia el trágico recorrido por el proceso de transformación y transgresión de las identidades universitarias anteriores.

Posteriormente, en un cuarto capítulo, nos enfocaremos a la década del 70, posgolpe, dentro del Pedagógico, la PUC y la UTE, poniendo especial énfasis en las características distintivas que marcan la intervención de la dictadura sobre cada institución, el quiebre dentro de la identidad transgredida y los mecanismos por los cuales logran resistir frente al embate marcial, considerando en ello igualmente, la vigencia de los ideales universitarios enfrentados en la reforma de 1967.

En el quinto capítulo abordaremos la nueva universidad de la década de los 80 a partir del proceso de reestructuración y transformación por parte de la dictadura a través de la nueva legislación universitaria, las formas en que se ven afectadas cada una de las instituciones y el quiebre completo que implica dentro de sus identidades el proceso de transfor-

mación prácticamente total de cada institución y del sistema en términos generales. Como instante inmediatamente anterior al momento actual que vivimos y donde justamente las dinámicas entre la imposición dictatorial y la resistencia de las identidades previas provocan la constitución de los imaginarios contemporáneos.

Para finalizar, haremos presente al lector, nuevamente, que el trabajo que presentamos a continuación es fundamentalmente propositivo, con miras a la posibilidad de desarrollarse en el tiempo como una investigación mayor que sea capaz de abarcar todo el espectro universitario nacional de lo que hoy llamamos universidades tradicionales y avanzar hacia entregar mayores luces de lo que hemos construido al respecto. El título *La universidad que fue y será* lo hemos escogido con la misma intención, un análisis que no culmina, sino que constituye un aporte para comenzar a mirar críticamente aspectos que nos son invisibles como sujetos sin memoria y, quién sabe, aún sin una identidad, perdida en las gruesas capas de traumas aún sin solución aparente.

Capítulo I

La universidad, su identidad y sus ideas previas al golpe militar

¿Cómo abordar las identidades de las universidades desde la dictadura? ¿Cómo dimensionar el impacto del golpe en sus aulas y campus? ¿De qué formas calificar los procesos que sufrieron durante 17 años de dictadura y los procesos que continuaron después de 25 años de democracia recuperada? La pregunta es desde dónde pensamos las universidades, desde dónde construimos sus memorias y qué aporte pueden ser dentro de un replanteamiento de las instituciones hoy en medio de condiciones problemáticas o críticas.

Tengo junto a mí un libro de fotografías publicado el año 2012 por el Archivo DGA de la Universidad de Santiago de Chile, donde se recopilan una serie de imágenes históricas de la institución desde sus tiempos como EAO y UTE hasta la actual USACH. El archivo fotográfico es extenso, bellissimo, comenzando con una fotografía de 1900 donde aparecen los estudiantes de la Escuela de Artes y Oficios en medio del antiguo edificio hoy ubicado en el corazón de la extensa universidad, como un recuerdo palpable, visible y expreso de la historia y memoria que tiene la institución.

Pero el libro no es inocente, es decir, no es una mera recopilación, al contrario, forma parte de un proyecto, tiene financiamiento y cuenta con el apoyo y la visa institucional por parte de la misma rectoría de la universidad quienes reconocen los esfuerzos del trabajo a través de las palabras que el Dr. Juan Manuel Zolezzi, rector hasta el día de hoy, aporta dentro de la presentación del texto:

Este libro, “EAO / UTE / USACH / 1900-1985 / FOTOGRAFÍAS”, nace en el contexto de un proyecto Fondart adjudicado por la Universidad, gracias al cual ha sido posible conservar y difundir el material fotográfico de esta institución, recomponiendo la historia de esta casa de

estudios que, por distintas razones (sociales, políticas y económicas), ha cambiado de nombre, de perfil académico, ha perdido sus sedes, pero que siempre ha sabido estar al servicio de lo que el país necesita: formar profesionales comprometidos y competentes desde 1849 hasta nuestros días, más de un siglo y medio después.

(...) La importancia patrimonial que tienen estas fotografías, testigos de nuestro pasado, son prueba de las distintas facetas que ha asumido esta institución. (...) Vaya a quienes han colaborado en este proyecto nuestros agradecimientos, porque nos permite entregar un valioso registro histórico de nuestra Universidad, al que podemos acudir para recordar el pasado en el presente y futuro...

Si nos fijamos, el rector habla de que la obra permite recomponer la historia, ser testigo del pasado y las facetas de la institución, dejar registro, con valor patrimonial de lo que la universidad fue. ¿Pero por qué es necesario recomponer la historia? ¿Tanto impacto provocó la dictadura? ¿Tanta es la transformación y devastación que propino la dictadura a la USACH? El libro lo hace manifiesto a través de sus fotografías, donde en lugar de un mero recorrido por curiosidades e imágenes de la institución se puede percibir a simple vista el discurso y la orientación que tiene la publicación. Sus primeras imágenes, de la EAO, muestra a sus estudiantes, todos pobres, con vestimenta casi militar como se usaba en la época al estar dentro de un casi internado, cómo funcionaba la EAO desde su creación. Se pueden vislumbrar también sus talleres, muestras claras de la intención que acompañaba la época en términos económicos y en torno a un proyecto modernizador, así como fotografías de las grandes figuras que pasaron por las aulas y altos cargos dentro de la institución. Junto con ello también se pone énfasis en lo arquitectónico, en lo tradicional y magnífico del edificio, demostrando su valor patrimonial, y más significativo aún el imaginario que rodea a la Escuela: las actividades estudiantiles, los festivales, las ferias que van in crescendo conforme pasa de la EAO a la UTE, donde el énfasis, claramente, está en las actividades que se desarrollan dentro del campus. Se pueden ver carnavales, carreras de automóviles, carros alegóricos, partidos de fútbol y sus porristas, clases, amistades, teatro y presentaciones, grandes visitas dentro de un espacio político álgido y participativo donde tampoco faltan las imágenes de la institución comprometida y marchando por las calles de Santiago con sus lienzos donde claramente se puede leer el motivo por el que se

marcha y, por supuesto el nombre de la universidad a la que pertenece. Todo un pasado glorioso y atractivo en desarrollo, la universidad en directo, la memoria gráfica de los momentos que vale la pena recordar. Pero de pronto el relato se entrecorta, las imágenes se acaban, en medio del clímax de la fiesta donde se muestran imágenes de cuando Allende visitó la UTE junto a Enrique Kirberg, primer rector electo democráticamente por los estudiantes y miembro del Partido Comunista, paseando por el campus dando sus célebres discursos y cuando Fidel va a la universidad que lo recibe con vítores.

El año 1973 es la fecha de quiebre, que de hecho se expresa de manera explícita en el libro, dedicando una hoja negra entera (página 379) que es fácilmente visible entre las hojas que componen el libro incluso cerrado. Desde ahí todo parece acabarse, como si se cortasen las luces de la fiesta universitaria y se terminase todo, y lo que sigue a 1973 son fotografías diferentes, que incluso vuelven parco, lúgubre o triste lo que queda de recorrido.

A partir del quiebre se siente un espacio de decepción, de ruptura, de seriedad seca, manifiesta en el cemento que aparece repetitivamente dentro de las nuevas imágenes. En ellas se ven algunos de los rectores designados, nada más que en fotografías casi institucionales si es que no lo son completamente; la construcción del planetario que adorna la actual entrada de Estación Central en una tediosa seguidilla de imágenes que resultan casi idénticas entre sí, acompañadas de la visita a salas de computación donde se pueden ver a los alumnos ocupando los que probablemente hayan sido los primeros Mac de Apple en llegar a Chile. Después de eso, el corte es aún más abrupto, terminando las fotografías de la institución hasta 1985, para luego pasar en la página 403 a las fotografías de Antonio Quintana, reconocido fotógrafo chileno, quien murió en 1972 y no mantuvo una mayor relación con la EAO o la UTE, sino que principalmente con la Universidad de Chile, pero que se entiende como parte del proyecto conforme se encontró dentro de la recuperación.

La pregunta que queda es qué ocurrió después de 1973, y de hecho, como lector, nos quedamos con la duda de si es que las fotografías posteriores a eso son las únicas que existen dentro de la universidad o si fueron seleccionadas dentro de un gran montón con la intencionalidad manifiesta, pues no cabe mucho en la cabeza que de los años 70 y 80 no haya memoria fotográfica que mostrar más que el planetario y la tecnología seca, quizás en referencia al “progreso” material que caracteriza a la

USACH de los 80. Pero el espectador queda con gusto a poco, con ganas de más. De saber qué pasó.

¿Tanto así es la ruptura? ¿Tan potente es el trauma?, de hecho, sí, y es conocido por cualquiera que sepa un poco de la trayectoria universitaria nacional y principalmente capitalina. De entre los que somos y fuimos universitarios, el quiebre que significó 1973 es aceptado como un momento cúlmine, donde se puede establecer claramente, y con propiedad, un antes y un después, un instante en que cambia todo y desde donde se dibuja el actual panorama. De hecho, como manifestación de dicha identidad quebrada que es conocida por la generalidad de los universitarios, la página web “No es la feria” dedicada al recreo viral —que no por ello es menos significativo intelectualmente— publicó el año pasado una caracterización⁸, con la que muchos nos sentimos identificados, donde se hacía un paralelo entre las universidades y el país con el que era más cercano en el globo. Más allá de la gracia de la propuesta, se evidenciaban las formas en que permanecían las memorias identitarias y los imaginarios que operan dentro del campo universitario principalmente santiaguino:

La USACH (Rusia) aparecía señalada como:

Oh, gigante de Europa Oriental y la Asia indómita. Oh, gran país sumido en el descontrol y la pobreza. Qué fue de esos años gloriosos en que eras la UTE (Unión Soviética), y con tus sedes regionales por todo el mundo eras la patria del proletariado y una potencia sin precedentes... El país que Lenin Kierberg pensó para que los trabajadores se desarrollaran y así el día que el triunfo alcanzaran, ni esclavos ni hambrientos hubieran. Desde que cayó el muro y las naciones que te integraban se independizaron, el libre mercado hizo estragos en ti. Hoy estás a la sombra de las grandes potencias, y solo quedan ruinas de un pasado glorioso como el planetario, testimonio de la carrera espacial contra EEUU. El estadio que antes acogía selecciones que disputaban mundiales, hoy es utilizado a veces por Santiago Morning, y pocos rastros quedan de tu floreciente actividad cultural con Víctor Jara Tchaikovsky y el Coro del Ejército Rojo (“Inti Illimani”, en quechua).

El actual mandamás Juan Manuel Putin-Zolezzi intenta volver a la palestra mundial disputando el liderazgo al resto de las potencias, pero el

⁸ Por Richard Sandoval y Mario Arredondo en “Descubre qué país es tu universidad en el planeta de la educación”, publicado el 3 de septiembre de 2014 por equipo noesnalaferia y disponible en: <http://noesnalaferia.cl/geopolitica/descubre-que-pais-es-tu-universidad-en-el-planeta-de-la-educacion/>

destino de la otrora patria socialista sigue siendo impredecible. Pese a todo, la ex Plaza Roja —hoy Foro Griego— sigue siendo un atractivo turístico para miles de ciudadanos de otros países que los viernes van a conocer las bondades de esta deprimida nación de bajos costos.

La UMCE, por otro lado, era significada con las siguientes palabras:

UMCE (Pedagógico): COREA DEL NORTE

Amenazante y encerrada en sí misma, esta universidad es de esas que puede estar en toma nueve meses durante todos los años y nadie lo nota, pues es parte de su cultura hermética. El país no es muy apropiado para el turismo, pues cualquier visitante externo corre el riesgo de ser tildado de “sapo” por sus habitantes devotos de una extraña variante de pensamiento de izquierda, y los incidentes fronterizos en el paralelo de Macul son una cuestión de todos los días. Se ha acusado al Peda de utilizar armamento nuclear en las escaramuzas contra fuerzas de la OTAN que resguardan los pozos petrolíferos Shell ubicados a unos metros de sus límites.

Una vez al año conmemoran el nacimiento de su líder supremo con una tarde de cuecas, que es la única ocasión en que el país se abre a occidente. El resto del tiempo esta nación se mantiene aislada. Quienes la han visitado dicen que la tecnología está atrasada 20 años comparada con el resto del mundo, y los ciudadanos visten uniformados en dos variantes: tenida de guayaberas, chalas y charango al hombro, o completamente de negro, polerón con capucha, banano gigante y mirada sospechosa.

Y por último la PUC que era comparada con Inglaterra:

La rancia aristocracia y la pomposa realeza eran las características de este alguna vez poderoso imperio, que compite palmo a palmo con la España [U. de Chile] de Pérez por el control del mundo y los mejores puntajes PSU. Al igual que la vieja nación ibérica, ya perdió la gloria de los viejos tiempos, pero sigue siendo una de las voces más importantes en la diplomacia internacional.

Una de las características históricas recientes de este país es haber reinventado a la derecha política. Todo partió en 1967, cuando integrantes

del IRA colgaron un lienzo gigante atacando a un gran medio de comunicación y se tomaron edificios públicos. Una joven Margaret Thatcher, conocida por su chapa “Jaime Guzmán”, desalojó a los revoltosos y se convirtió en la nueva referente para el fascismo mundial, dejando de lado a los viejos conservadores para fundar el gremialismo. Hoy sus descendientes como Pablo Longueira Cameron siguen levantando su legado, no exentos de problemas mentales.

A partir de la caricatura anterior y a pesar de todo el sentido humorístico y exagerado al que apunta, también se refleja el imaginario, se manifiestan las identidades y las memorias conocidas sobre cada universidad y su “perfil” dentro del medio. La USACH aparece roja, caracterizada por lo que fueron sus años como UTE, en parte la misma manifestación del compromiso y actividad política que tanto a través de sus memorias institucionales y por supuesto dentro del imaginario estudiantil se sostiene como memoria de su pasado dentro de la Unidad Popular, que culminase con la batalla que se desarrolló el 11 de septiembre dentro del campus; la universidad que fue y se perdió, que sigue en pie, pero con altos costos, intentando mantenerse dentro del medio bajo el rectorado de Zolezzi, en competencia permanente y persistentemente por ubicarse o mantenerse entre las tres mejores universidades chilenas frente a la Universidad de Chile y la PUC. Mientras tanto la UMCE, que de hecho es notable que coloquen el nombre Pedagógico entre paréntesis para que pueda ser identificable, aparece justamente como la universidad cerrada en sí misma, detenida en el tiempo, pegada en lo que fue su pasado y manteniendo las mismas convicciones políticas y mecanismos de acción que practicaba hasta antes de la dictadura⁹. Universidad pobre, atrasada, atemporal incluso, traumatizada en la resistencia, que de tan resistente que es, se resiste a todo por el todo —valga la redundancia—; desvinculada y extraña dentro del momento, sin contacto, lo cual en realidad no es tan lejano de la práctica que se vive dentro de la institución, y justamente de las memorias que se han construido desde ella. Y por último está la PUC, una de las dos grandes e icónicas junto a la Universidad de Chile, pero a diferencia de lo anterior tachada de conservadora, de beata, de *facha*, como cuna de Jaime Guzmán y de la Unión Demócrata Indepen-

9 A inicios de 2014, la nueva Federación de Estudiantes del Pedagógico electa declaró abiertamente a través de su presidente, Felix Calderón, que eran pro Corea del Norte, lo que, si bien generó una cobertura mediática por parte de los medios más cercanos a la derecha, no pasó de ser una mera curiosidad. La noticia puede verse en: <http://www.theclinic.cl/2014/01/14/federacion-de-estudiantes-pro-corea-del-norte-del-ex-pedagogico-este-es-el-triunfo-de-la-izquierda-consecuente/>

diente (lo que no se le perdona), y a partir de ello como la universidad que sirvió a Pinochet. Antes muy conservadora y cristiana, antes muy elitista, hasta que dentro del espacio aparecieron universidades con una tendencia aún más conservadoras y elitistas¹⁰, pero siempre importante e influyente.

Lo anterior nos invita a reflexionar al respecto, en el sentido de que un imaginario universitario sobre dichas instituciones¹¹ está patente y al parecer es de conocimiento público, pero cabe detenerse en el porqué de dicho imaginario y más que si es que realmente se parece a lo que son dichas instituciones —pues evidentemente es muy cercano en su caricaturización—. Cabe la pregunta sobre las formas en que dichas instituciones, sus estudiantes y el medio en que están insertas, han generado discursos que permiten y contribuyen a que dichos imaginarios sean consolidados, por lo que la invitación es explicar y entregar luces sobre dichas identidades que a pesar de su existencia y conocimiento siguen envueltas en nubosas brumas de memorias y olvidos.

Podríamos escribir este capítulo desde el origen de las universidades y sus ideas, o mejor dicho desde el origen occidental, desde las famosas bases medievales, pero consideramos que perderíamos el rumbo, pues en realidad no es tan simple pensar a las universidades chilenas y de América Latina con base en Europa. Sinceramente, para términos de la presente investigación, no abordaremos a la universidad medieval y los inicios de algunas instituciones modélicas tan antiguas como Bolonia, París, Oxford o Salamanca, tampoco la universidad napoleónica de la que hablaba Scherz o la universidad “pública” alemana de la que recientemente habla Brunner para justificar, con base en la comparación, la existencia y profundización de las universidades como negocio con el argumento que las universidades chilenas nunca han sido públicas, lo que claramente, manifestado en la calle, no es la universidad que queremos. Por el contrario, consideramos que si hay algo que nos falta aún, no solamente en el pensamiento universitario nacional, sino que como sujetos latinoamericanos en general, es pensarnos a nosotros mismos en relación a nuestros espacios y procesos propios, sin obviar evidentemente la raíz y herencia europea que nos construyó como sujetos mestizos, pero evitando que dicha herencia se transforme en esa suerte de línea interpretativa de continuidad con Europa, que sabemos es bastante desigual como para

¹⁰ Dentro de ese espectro se encuentran la Universidad de Los Andes o la UAI.

¹¹ En realidad, eran varias las que aparecían en el listado (Universidad de Chile, UTEM, UPLA, UAI, UAHC, Universidad de Concepción, UDP, UNAB y UANDES).

considerarnos parte directa de dicha historia. De ello ya hemos tenido suficiente y si seguimos leyéndonos bajo dichos cánones no queda más que recitar el decadentismo propio con que se ha escrito la historia de los ideales occidentales en América Latina por su “fracaso” o “atraso” de quien se sube por detrás al bus en marcha. Nos haremos eco de lo que planteaba don Andrés Bello en su discurso de instalación:

La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, i leerla en sus guarisimos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, converjen a un centro: la Patria. (*Anales de la Universidad de Chile* 147)

Por ello, fundamentalmente, el análisis de las ideas universitarias e identidades que marcaron a las instituciones que nos interesan lo hemos circunscrito al instante inmediatamente anterior al golpe de Estado, con un especial énfasis en los proyectos universitarios en confrontación hacia 1967¹² cuando la consolidación de una nueva idea vino a transformar las condiciones en que se pensaban y creían las universidades chilenas.

Pero hablar de ideas en conflicto no es una noción nueva dentro del análisis de las condiciones en que se han desarrollado las universidades chilenas, aunque si bien está un tanto olvidada u obviada en beneficio de una sola “idea” o “noción” de universidad en la actualidad, desde el mismo instante en que las universidades fueron creadas se desarrollaron discusiones sobre lo que esta es o debe ser para con la realidad en la que está inserta y el rol que debe tener dentro de la construcción de sociedades.

En torno a lo anterior, un autor ineludible a la hora de hablar respecto de ideas dentro de las universidades en Jorge Millas, filósofo y profesor universitario quien, en su serie de artículos publicados bajo el nombre de *Idea y defensa de la Universidad*, proponía ya en 1967 un debate en torno a estas.

12 Insistimos en dicha fecha principalmente por el impacto, nivel de la movilización y resultados en que derivó, pues a pesar de que los movimientos de reforma universitaria pueden ser fechados a inicios del siglo xx, con 1918 con el “Grito de Córdoba” en América Latina o incluso antes si pensamos en Lastarria y la generación del 40, fue durante esa fecha y a partir del movimiento por la reforma de la universidad donde efectiva y formalmente se derivó en un ideal diferente del modelo tradicional, que a pesar de sus anteriores crisis se mantuvo dentro de las instituciones.

Millas reconocía dos ideas de universidades en enfrentamiento total al interior del debate en desarrollo en el marco del proceso de reforma que asumieron todas las instituciones desde la toma de las Universidades Católicas de Valparaíso y Santiago. Fundamentalmente, el enfrentamiento para Millas estaba dado por la amenaza de una idea sobre la otra, conforme de primar una de ellas, tan distante y repelente entre sí, provocaría la anulación completa de su contraria. Y es dentro de dicha dialéctica involucrada, que Millas caracterizaba a cada una de ellas como la idea absoluta, para la universidad verdadera en su función y naturaleza, y la idea relativa, refiriéndose a la universidad condicionada por su medio y tiempo, una representante del ideal universitario más tradicional mientras que la otra directamente relacionada con las demandas por parte de los estudiantes sobre la necesidad de una mayor apertura y democratización (Millas).

¿Pero qué es una idea de la universidad y por qué se manifestaban tan repelentemente desde los escritos de Millas? Principalmente nos referimos a ideas de la universidad desde la propuesta que entrega el historiador Alfredo Jocelyn-Holt, uno de los pocos que ha vuelto a hablar de universidades después de más de una década sin publicaciones, quien (centrándose en el caso específico de la Universidad de Chile y su Escuela de Derecho) propone que la idea de universidad integra “algo más que un conjunto de edificios, una función social, una instancia de acreditación de saberes, un cuerpo de profesores y estudiantes, o incluso una tradición” (Jocelyn-Holt 27). En esencia estamos entendiendo una noción completa de universidad, una posición, un rol y una forma de ser de las instituciones. Es decir, bajo la óptica anterior, la idea de la universidad incluso funcionaría como un marco interpretativo que organiza, condiciona y encamina el quehacer universitario bajo los fundamentos que esta considera inherentes al ser universidad, es decir, a su naturaleza en sí misma, por lo que cualquier elemento que pretenda cambiar parte de dicho ideal necesariamente se entiende como una amenaza a la institución. Si se ubica bajo la lógica bartheana, la universidad vendría a ser el significativo que requiere que la idea le dé significado.

En el caso de Millas se pone de manifiesto de que, si bien existen diferentes ideas de universidad, también hay compromisos y militancias con ciertas visiones que resisten a otras, pues si bien el autor asume la existencia de diferentes ideas sobre la universidad compitiendo dentro de un mismo espacio (pues la discusión entre ideas generalmente se hace sobre una misma institución), las ideas que manifiesta en conflicto no

están en igualdad de condiciones. Al contrario, lo que Millas defendía durante la época era justamente la pervivencia de una idea que él consideraba como única y real frente a una que consideraba una desviación negativa del ser universidad, pues dentro de su argumentación la idea real y única de universidad que debía de mantenerse, como suprainstitución, fuera de las condicionantes que le imponía su medio y su tiempo (Millas 32-33), los cuales, caracterizaban a la otra idea (o accidente). Entonces Millas en realidad no defendía a la universidad, sino que defendía su idea de universidad. Lo anterior queda más claro a partir de los siguientes argumentos de Millas que pronunciaba en un congreso latinoamericano sobre la reforma que se había tomado gran parte del continente:

Comienzo, pues, afirmando la preeminencia de esta cuestión de la esencia de la universidad sobre la otra del accidente de la universidad, para expresarse en términos de técnica filosófica. O mejor, comienzo afirmando la preeminencia del problema de comprender la universidad como función de la vida humana antes que como función de la vida humana según ella se da en un tiempo y en un medio. (33)

La discusión de Millas acerca de las dos visiones de universidades que se encontraban durante la época de la reforma definían el rol que jugaba la universidad respecto de la sociedad, si esta debía involucrarse con los cambios que esta sufría o si debía mantenerse al margen o por sobre estos al ser una institución con un rol definitorio de transmisión y enseñanza, para lo cual Millas la significaba como:

Lo que la universidad no puede dejar de ser como tal, es una comunidad de maestros y de discípulos destinada a la transmisión y al progreso del saber superior. Ustedes ven. La fórmula no tiene nada de sorprendente ni de alambicado; es directa y simple, y no hace sino ponernos a la vista de algo que todos explícita o implícitamente sabemos. Pero lo poner ahora de un modo dinámico, en función del problema que nos estamos planteando. Y, sobre todo, pone la esencia de la universidad ante nuestros ojos como un desafío a pensar el problema de la universidad a partir de ella misma. La universidad, quiero insistir en ello, no puede dejar de ser bajo ningún pretexto una comunidad de maestros y de discípulos destinada a la transmisión y el progreso del saber superior. (34)

Las palabras de Millas tampoco eran nuevas, al contrario, lo que defendía era una idea ya establecida como parte de la tradición del ser universidad en Chile, desde que don Andrés Bello inaugurase la Universidad de Chile en 1843. Las palabras del primer rector proponían lo siguiente:

Si la propagación del saber es una de sus condiciones mas importantes, porque sin ellas las letras no arian mas qe ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a qe se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias acen beneficios esenciales a la ilustración i a la umanidad (...) Esta propagación del saber, las Academias, las Universidades, forman otros tantos depósitos, adonde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas, i de estos centros es de donde se derraman mas fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. (Bello, *Anales de la Universidad de Chile* 144-145)

La relación queda más clara con la siguiente declaración de Jorge Millas:

Antes que nada la universidad tiene que ser el baluarte del conocimiento inspirado en la verdad y en la libertad y regulado por la discusión crítica y si, a pretexto de cumplir otras misiones que se proclamen exigencias de la época, la universidad traiciona ésta, se destruye a sí misma. Se alcanzarán, posiblemente, otros fines; pero entonces querrá decir que hemos de renunciar a la universidad. (37)

El saber superior es la única medida de la esencia y existencia universitaria. Cuando negamos esa fórmula no nos abocaos al dilema de elegir entre una universidad de tipo tradicional y otra más moderna, sino al de tener universidad realmente o no tenerla en absoluto. (51)

En otras palabras, que la universidad como función de su medio y de su tiempo, tiene que ser ante todo una universidad en el sentido que este nombre designa una institución que antes de determinarse por las circunstancias relativas del medio y del tiempo, se determina por el hecho de ser una institución espiritual del hombre civilizado. (33)

Es a lo anterior a lo que llamaremos idea tradicional de la universidad, conforme parte y se mantiene desde el inicio con sólo algunos cambios sustanciales que tocan el fondo de la idea.

La visión de Bello, replicada en Jorge Millas, y en otros como Barros Arana, Juan Gómez Millas, era de una universidad puesta por sobre la sociedad, una institución sabia, custodia y acumuladora del conocimiento “superior” que garantiza el progreso de la humanidad (o la civilización), por ello la universidad no debía de estar bajo las disposiciones de la sociedad cambiante, al contrario, debía de mantenerse lejos de ella, dedicada a sí misma y a su misión, para garantizar el avance que emanaría desde sus aulas. *Alma mater*, la madre de la sociedad, su guía, su faro, ilustrada en la escultura de la EAO que recibe a sus estudiantes que entran por Estación Central y ubicada en el centro de la EAO en su versión original, donde la madre —qué más ilustrativo que ello— apunta con gesto firme al libro sobre el yunque para que el niño a su lado —desnudo, bajo (llega hasta su cintura)— reciba de parte de ella la ilustración que necesita, y su nutrición, pues, como en muchas representaciones similares donde la figura femenina representa un ideal o una institución, tiene sus senos casi al descubierto para dar de mamar a la humanidad y aportar a su crecimiento.

Millas entonces era uno de los principales íconos en la defensa de dicha idea, amante de la universidad tradicional intocable e intachable, no politizada, no sabotada ni instrumentalizada por las condiciones sociales a la que se enfrentaba o que habían asumido sus estudiantes. Una torre de marfil que debía de mantenerse en pie conforme: “El saber superior es la única medida de la esencia y existencia universitaria. Cuando negamos esa fórmula no nos abocamos al dilema de elegir entre una universidad de tipo tradicional y otra más moderna, sino al de tener universidad realmente o no tenerla en absoluto” (Millas 51). En esos términos era que Millas militaba y creía en su idea como absoluta: se mantiene la universidad o simplemente se acabó.

Esta idea primigenia y mantenida a lo largo de más de un siglo de desarrollo universitario (y a pesar de los intentos por reformularla) se replicó en diferentes instituciones que surgieron con posterioridad a la Universidad de Chile, pero con diferencias claras que remarcarían sus perfiles e imaginarios. Incluso en el Instituto Pedagógico, el que, si bien se desarrolla dentro de la Universidad de Chile, sigue manteniendo ca-

racterísticas propias que lo transformaban en parte como una institución dentro de otra¹³.

El Instituto Pedagógico fue fundado en 1889 como parte de la Universidad de Chile que seguía en un proceso de crecimiento permanente desde su fundación a mediados del siglo XIX, enmarcado en el proceso de modernización general y configuración de una política nacional dentro de los gobiernos liberales, específicamente el de Balmaceda.

Bajo el ideal de Valentín Letelier, el Instituto Pedagógico comenzó sus funciones dotado en su mayoría de profesionales extranjeros (principalmente alemanes), quienes tuvieron la misión de organizar y desarrollar las actividades propias de una institución educativa, que tendría en sus manos la misión fundamental de crear a los nuevos profesores que marcarían el progreso de la república. En palabras de Letelier:

Todo arte, todo oficio, toda profesión requiere una preparación especial del que se consagra a su ejercicio; y de ordinario la aptitud educada sistemáticamente rinde en menos tiempo mejores frutos que la simple habilidad empírica. ¿Por qué la enseñanza, que es una de las artes más completas, podría prescindir con ventajas de esta educación previa?

(...) En Chile es creencia general que cualquier ingeniero puede hacer un buen profesor de matemáticas, que todo médico es competente para enseñar las ciencias naturales, y que la enseñanza de las humanidades se pone en buenas manos cuando se la encomienda a los abogados. Es éste un gravísimo error, porque lo más propio para aquilatar la idoneidad de un profesor no es su saber, es su didáctica. Muy a menudo grandes sabios han escollado en la enseñanza por falta de preparación pedagógica, y no hay inconveniente para que el más renombrado literato quede en ridículo al dar la primera lección de retórica. Si es verdad que no puede ser gran profesor el que no posee mucha ciencia, ello es que pierde menos el que disminuye sus conocimientos que el que desmejora sus métodos".
(19-20)

Bajo la visión de Letelier, la necesidad de una institución superior que formase docentes era urgente, debido a la falta de ellos y a la baja calidad

13 Lo anterior es válido prácticamente para cada una de las facultades al interior de la Universidad de Chile, que alimentan sus propios imaginarios según las dinámicas al interior de cada campus. En tal sentido, es posible incluso desarrollar un trabajo como el presente que considere las memorias que se han desarrollado dentro de la universidad colocando énfasis en sus construcciones según la facultad que se aborda.

de quienes provenían de instituciones clericales y normalistas, pero también era darle a la pedagogía el grado universitario y la importancia que merecía, por lo que el Instituto Pedagógico era en parte la muestra más clara de la consolidación de dicho ideal dentro de la misma Universidad de Chile, adoptando, al estar bajo su alero, la visión, posición, garantía y respaldo que esta le podía entregar frente a la sociedad chilena.

Esta condición del Instituto Pedagógico, que rápidamente terminaría por reemplazar a los fundadores alemanes con profesores provenientes desde sus mismas aulas, es la que lo consolidó como una institución icónica dentro del espectro universitario nacional, de la cual egresaron grandes intelectuales y artistas que serían parte del panteón nacional y que también formarían parte de los premios nacionales en diferentes campos del saber. Por ello, autores como Rolando Mellafe, quien fuese estudiante, posteriormente profesor y premio Nacional de Historia, le otorgan una importancia fundamental conforme:

Después de la Universidad de Chile y del Instituto Nacional, es sin lugar a duda, el Instituto Pedagógico la institución que mayores aportes ha hecho al desarrollo y engrandecimiento de Chile en el ámbito de la cultura, al haber liderado la educación y conseguido irradiar, en todo el país, un sentido de identidad durante casi un siglo. (Mellafe y González 69)

De tal forma, se vislumbra también la idea de institución-faro de la sociedad, conforme no solamente la Universidad de Chile como universidad nacional por excelencia sería un foco de progreso y desarrollo, sino que el Pedagógico, como institución, en sí misma irradiaría y ayudaría a consolidar y construir la cultura y la identidad nacional. Bajo estas condiciones, cada una de las facultades de la Universidad de Chile era una *alma mater* en sí misma, que educaba a la sociedad, siguiendo las ideas de Millas, quien hablaba desde el Instituto Pedagógico donde se formó y en el cual ejerció como profesor, en la misma posición por sobre ella como centro del saber.

Así la identidad de la universidad se fue consolidando y constituyendo con base en una tradición institucional fuertemente académica, como un centro de saber y de cultura, marcado por ser la cuna y el lugar desde donde salían algunos de los más grandes intelectuales de la nación. Aspecto que quedó grabada en la memoria de sus protagonistas, quienes se formaron bajo una fuerte exigencia que valoraban como un elemento

propio del ser universitario. Sergio Villalobos, varios años después, lo recordaba con las siguientes palabras:

En cualquier consideración es indispensable tener en cuenta el alto nivel académico que tuvo el Instituto Pedagógico, desde la época de los profesores alemanes hasta convertirse en el principal centro de la vida intelectual nacional en las décadas centrales de este siglo. A manera de ejemplo, puede mencionarse a los profesores del departamento de Historia en las décadas señaladas: Guillermo Feliú Cruz, Ricardo Donoso, Eugenio Pereira, Mario Góngora, Hernán Razmirez, Néstor Meza y los discípulos de ellos. (Villalobos 118)

Ser parte del Pedagógico en ese sentido era ser parte de esa identidad vinculada con la calidad académica, como un sello glorioso de una gran formación, pero no sólo como centro intelectual, sino que también como espacio de desbordante desarrollo cultural. En tal sentido el investigador Miguel Espinosa recuerda que:

Desde el primer día, desde el día de la recepción a mi curso, tuve la sensación de entrar a una etapa superior en que la cultura se abría para mi joven espíritu. Nos recibieron con un recital de poemas leídos ni más ni menos que por Pablo Neruda, María Maluenda y Roberto Parada. Un día inolvidable. Todo un símbolo¹⁴.

El perfil identitario de un gran espacio de saber y cultura también se podía encontrar, con diferente énfasis, en la Universidad Católica, quien tomando como ejemplo a la Universidad de Chile también construyó para sí una institución basada en la idea tradicional de universidad y construyendo una identidad en búsqueda de la excelencia académica como centro del saber.

La Iglesia, cuna de la cultura y maestra por excelencia, siempre había concedido especial importancia a la educación. Ella sembró entre los bárbaros las semillas de la cultura superior. Ella llenó a la Europa medieval de escuelas monacales y catedralicias. Ella creó también la Universidad, “fruto primoroso i esquisito del huerto del catolicismo... Concebida por la idea religiosa, solo pudo nacer al abrigo de la escuela del Convento

14 En entrevista con Radio Universidad de Chile, disponible en: <http://radio.uchile.cl/2014/04/30/a-125-anos-de-su-creacion-ex-alumnos-y-docentes-reivindican-legado-del-instituto-pedagogico>

o de la Catedral. Modesta pero hermosa desde su nacimiento, se ha desarrollado bajo los auspicios i la solicitud activa y cariñosa del Obispo o del sacerdote católico; i a semejanza del grano de mostaza que llega a formar un árbol corpulento... de la Universidad Católica han salido las águilas potentes que han remontado su vuelo a las alturas donde no alcanza la vista del hombre. (Krebs 25)

Con tales palabras, el historiador Ricardo Krebs, escritor de la única historia institucional de la Universidad Católica publicada en 1997, cita al abogado conservador José Clemente Fabres, uno de los fundadores de dicha universidad para referirse a la naciente institución en 1889, al mismo tiempo que era fundado el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

La Universidad Católica fundada un año antes, por iniciativa del arzobispo de Santiago, monseñor Mariano Casanova, había nacido ante la necesidad de mantener un modelo educacional por parte de la Iglesia frente a la seguidilla de instituciones laicas que se habían tomado el panorama educacional durante el siglo XIX y que para la época ya se encontraban claramente consolidadas, quitándole a la Iglesia una de sus áreas casi monopólicas dentro de la sociedad chilena desde la colonia.

En esencia la Universidad Católica era la alternativa directa frente a la Universidad de Chile, como la institución que debía velar por un saber acorde a los principios cristianos, los cuales, para un católico convencido, eran la verdad y luz para la humanidad y su recto desarrollo, elementos que claramente estaban siendo marginados dentro de la institución fundada en 1842. Por ello, la Universidad Católica debía de consolidarse y ubicarse al mismo nivel de la Universidad de Chile, de modo de funcionar no solamente como una institución que desarrollase y construyese el conocimiento a la par que la institución nacional, sino que defendiese posiciones claras desde el cristianismo que estaban siendo puestas en duda dentro de una sociedad bajo los lineamientos del liberalismo.

En tal sentido es que, en la cita del texto de Krebs, el perfil que buscaba la nueva institución estaba claro, pues la Universidad adquiriría para sí la misma misión y posición que la Iglesia llevaba por años dentro de la humanidad, la de “civilizar” a la población tal cual como lo llevaba haciendo toda una historia.

A diferencia de la Universidad de Chile, la Universidad Católica dependía directamente del Vaticano, y por ende era parte de la Iglesia católica chilena, como una institución servil a los intereses evangelistas de

la misma sobre la sociedad chilena. En torno a ello, la idea tradicional de la universidad también se hacía patente en dicha institución, pues como educadora, la Iglesia proponía la Universidad (que explícitamente es recalcada como creación de la Iglesia en la cita de Krebs) como la institución encargada de que dicho conocimiento pudiese ser irradiado a la sociedad en la que se encontraba. Es decir, la Universidad Católica estaba, tal cual la institución de la que provenía, por sobre la sociedad en su rol de civilizar al “bárbaro”, o incluso más allá, pues tanto la Iglesia como sus universidades estaban, en su rol de educar y guiar, encima de la humanidad completa. Esto queda aún más claro con las siguientes afirmaciones, todos publicados en los *Anales* de la Universidad Católica, una fuente de sus principios y directrices, publicados desde el momento mismo en que fue fundada la universidad:

La Universidad Católica aspiraba, en primer lugar, a cumplir el precepto divino de enseñar la verdad cristiana y de colaborar en la misión de la Iglesia de llevar al hombre “a la plenitud de edad, a la medida del hombre perfecto”.

La Universidad Católica aspiraba, en segundo lugar, a servir a la patria. “Chile es un país en que hai todavía bastante que hacer por la cumplida ilustración de sus hijos. La población se desarrolla, i crece en las familias i en la juventud la aspiración al saber. La Universidad que va a fundarse será un factor más, i esperamos que no será insignificante, para promover la cultura intelectual en nuestros compatriotas.

La Universidad Católica tenía la gran misión de unir “la fe i la ciencia” con el fin de servir a Dios, a la Iglesia, y a la patria”. (Krebs 35)

Las afirmaciones anteriores son tanto de Joaquín Larraín Gandarillas y Mariano Casanova, el primero rector de la Universidad desde su fundación, acompañadas de las afirmaciones de Krebs quien claramente también militaba y mantenía los principios que dieron como resultado la fundación de la Universidad Católica. Su rol dentro de la sociedad que justamente dan cuenta de la visión tradicional que imperaba dentro de la institución, desde el punto de vista eclesiástico, reproducía la visión de una universidad cuidadora del conocimiento y que le enseña a una sociedad ignorante, que para el caso también involucra el elemento peca-

minosos y blasfemo como aspectos a erradicar de la barbarie en que están insertos sin Dios y la universidad.

Con lo anterior, empujado por el enfoque institucional practicado y consolidado desde su creación, también se constituyó en la universidad esa identidad como centro de saber, pero con un énfasis distinto, transformando en un elemento central la orientación religiosa de la institución. En tal sentido, lo católico de la Universidad fue una base ineludible desde donde consolidar y remarcar una identidad propia que la diferenciase dentro del contexto, en términos incluso sociales, pues los estudiantes que ingresaron y que comenzaron a nutrir dicha universidad no solamente lo hacían por buscar el carácter confesional de la misma, sino que asimismo lo hacían buscando un espacio mucho más cómodo respecto de sus valores y convicciones marcadas por el conservadurismo y con ello una tendencia política específica. Este último aspecto resultó en un par de ocasiones y para un cierto número de estudiantes un tanto problemático, pues para muchos que ingresaron a la Universidad Católica a lo largo de su historia, más allá de su identidad como centro de saber enfocado a la excelencia, también traía aparejado la incómoda condición de parecer un colegio privado, enfocado a cierto tipo de población, fundamentalmente la élite, que pretendía mantenerse enfocada en lo exclusivo al estudio y al margen de los problemas sociales que marcaban a las demás instituciones. Estudiantes como Eduardo Frei Montalva, quien estudió Derecho dentro de la Universidad Católica, justamente daba cuenta de ello, siendo enfático también en el dominio de la derecha dentro de la universidad y lo elitista del entorno, buscado, reforzado y garantizado por el rector Casanova (Frei 87-88).

Cada uno de estos elementos que marcan hasta el día de hoy a fuego la identidad de la Universidad Católica fueron también los que han provocado asimismo sus crisis internas, a la vez que han condicionado las formas en que esta se ha enfrentado a los cambios y procesos que ha pasado en los más de 100 años de historia.

Y el último caso que nos interesa es la Universidad de Santiago de Chile, sustancialmente diferente a los dos anteriores, pues la USACH no nace como universidad o como facultad dentro de una universidad, al contrario, su origen es la Escuela de Artes y Oficios, una escuela de artesanos a la usanza francesa, pero que igualmente tenía características de una institución de Educación Superior.

La Escuela de Artes y Oficios (EAO) fue una institución casi tan antigua como la Universidad de Chile. Fue fundada en 1849 bajo el go-

bierno de Manuel Bulnes (1841-1851), y a diferencia de la Universidad, la Escuela tenía fines declaradamente distintos, los cuales son señalados por Eduardo Castillo Espinoza, quien publicó el último de muchos libros que se ha dedicado a recuperar la historia de la institución original que dio paso a la USACH: “Desde sus primeros tiempos, una de las dimensiones del proyecto educativo de la EAO radicó en el afán gubernamental de “civilizar” al pueblo, en el contexto, de un nuevo país con una alta población rural, mínima alfabetización e incipiente vida urbana” (Castillo 14), lo anterior queda aún más patente con las afirmaciones del propio Manuel Montt, quien declaraba respecto de la necesidad de su creación:

No basta con desarrollar la inteligencia de los ciudadanos con las escuelas primarias, es preciso desarrollar también o aumentar sus medios de bienestar (...) es preciso que a la instrucción primaria siga una instrucción de aplicación que proporcione medios de subsistir a los que la adquieran. Dificultades se presentan sin duda para la creación de establecimientos de esta clase, por la falta de hombres aptos para dirigirlos, i porque multiplicados, como sería preciso, consumirían fondos considerables, reclamados también por muchas necesidades. Sin embargo, como aquellos son imperiosamente exigidos por la conveniencia pública, i cada día con mas urgencia, el Gobierno trata de crear en Santiago una Escuela de Artes i Oficios, que a mas de llenar su objetivo principal, pueda suministrar con el tiempo maestros idóneos para plantear en toda la República escuelas del mismo jénero. Mirada esta con relación a la instrucción, ejercerá una influencia saludable sobre la moralidad del pueblo i los progresos de la civilización; mirada con relación al bien material del país, sus ventajas para la clase trabajadora, i por consecuencia para la sociedad entera, son incalculables. (Montt cdt en Castillo 38)

Con ello se remarcaba justamente la naturaleza que tenía la creación de la Escuela, como institución que formaría a los artesanos encargados de expandir su enseñanza a lo largo de la nación, es decir, si la EAO mantenía justamente una idea de institución superior que se encontraba por sobre la sociedad, que se puede ver en el *alma mater*, las formas en que dichos conocimientos eran traspasados a la misma eran expresos y directo, pues sus estudiantes, formados en sus aulas tenían como misión justamente el entregar, de forma local, lo que la Escuela enseñaba.

Igualmente se puede constatar lo anterior con el aspecto nuevamente civilizatorio que Bulnes le entregaba a la institución, a diferencia de la Universidad de Chile está enfocada directamente a las clases populares, quienes serían las principales beneficiarias de la creación de la Escuela.

En tal sentido, la EAO venía a ser parte del proyecto educativo general del Estado durante el siglo XIX, como entidad preocupada por crear chilenos para Chile, donde la universidad, tanto la de Chile como la Católica, estaría enfocada a formar a los profesionales, artistas e intelectuales, mientras que la EAO lo haría desde los oficios para las clases más desposeídas de modo que estas también pudiesen insertarse dentro del proyecto modernizador general.

Pero la EAO iba mucho más allá, pues si bien las universidades y sus facultades aparecían como centros de formación desde el conocimiento y la sabiduría contenida en sus aulas al que los estudiantes entraban para recibir por parte de los profesores especialistas su sapiencia, la EAO, como escuela, era mucho más estricta dado que los estudiantes que recibía eran en gran medida mucho más jóvenes que las universidades. Funcionaba más como internado que como institución superior dedicada exclusivamente al conocimiento, pues era formadora desde cero, es decir que no solamente entregaba el saber como en las universidades, sino que enseñaba también disciplina y comportamiento era directo (Castillo 14), no dudando en usar el garrote desde el ideal portaliano en caso de que la sociedad a la que formaba lo necesitase. Esta condición solamente sería abandonada después de que la cantidad de estudiantes superase con creces las posibilidades de la institución para mantenerlos en un régimen de internado.

La EAO aparece justamente como un proyecto diferente respecto de las ideas de universidades propiamente tal, pero adoptando en el fondo las formas y bases desde donde se pensaba y desarrollaba la Educación Superior en Chile. Es por esto que mientras la Universidad de Chile y sus facultades y asimismo la Universidad Católica desde su inicio fueron manteniendo un tránsito hacia el crecimiento y la consolidación institucional, el crecimiento de la EAO será mucho más lento, pues deberá, primero, construirse como universidad para alcanzar el espacio dentro del panorama propuesto.

Tal como lo hemos propuesto, la idea de universidad tradicional, como idea completa de lo que debía de ser la universidad, también se traducía en ciertas prácticas dentro de la misma sostenidas con base en un estatuto legal que contaba con la aprobación tanto el Estado como

del Congreso, donde se hacía patente la posición de la universidad por sobre la sociedad y su funcionamiento esencialmente como un elemento autónomo frente la misma¹⁵, que luego serían consolidados aún más con la libertad de cátedra. En términos de vida y jerarquías dentro de las universidades e instituciones de Educación Superior, su mandato estaba a cargo de una figura de autoridad, ya sea el rector o el director en el caso específico de la EAO, quien era nombrado por medio del patrono de la universidad, el Estado en el caso de la Universidad de Chile o el Vaticano directamente a través del arzobispo de Santiago en el caso de la Universidad Católica, quienes pondrían en el puesto a un sujeto de su confianza apoyado por una terna conformada por altos miembros de la universidad. En el caso de la EAO su director era escogido directamente por el presidente de la República así como todos los cargos dentro de la Escuela. Para el caso de las universidades, el rector sería el encargado de nombrar asimismo a sus decanos, quienes administrarían cada una de las facultades dentro de la misma, donde se colocaba el Instituto Pedagógico¹⁶. Con ello la base administrativa de la universidad y la EAO se establecía como una jerarquía inamovible e intocable por parte de quienes ingresaban a estudiar, pues no podían participar en ningún aspecto dentro de la elección de cargos o acceder a alguno de ellos sino hasta que formaban parte de esa misma jerarquía, pues, insistimos, se mantenía también con ello la visión de que los más aptos, lo que se han desarrollado en conjunto con la Universidad y que son como ella tan altos a nivel intelectual o cultural son quienes deben guiar a la sociedad sin capacidad de guiarse a sí misma.

Entonces, ¿cuál era la identidad de la EAO dentro del esquema? Claramente no era la de universidad, pues si bien también manifestó una sólida formación de sus profesionales que reconocían en la Escuela un cuerpo docente significativo y asimismo tomó muchos de los elementos característicos de la idea tradicional de universidad, no consolidó ni

15 Autónomo en términos de que no obedecía a ningún partido ni tendencia política, que no dependía administrativamente del Estado y sus vaivenes, así como tampoco de las condiciones sociales en que se encontrase el país dentro de un momento determinado.

16 Sobre el reglamento general de las universidades en cuestión, pueden ser consultados en la página web memoriachilena.cl así como también han sido publicados en los *Anales* de la Universidad de Chile para el caso de la misma universidad, del Instituto Pedagógico e incluso de la EAO, mientras que en el caso de la Universidad Católica pueden ser consultados también en sus *Anales*. Igualmente, existen obras que han ocupado dichos reglamentos y que pueden ser consultados a través de ellas, tales son el caso de la *Historia de la Universidad de Chile* de Rolando Mellafe, *Historia del Instituto Pedagógico* del mismo autor, *La Universidad de Santiago de Chile* de Juan Muñoz y varios autores, o la *Historia de la Pontificia Universidad Católica* de Ricardo Krebs, todas señaladas en la bibliografía de la presente obra.

cultivó en lo institucional ese perfil. Más bien mantuvo su carácter de escuela-internado por defecto, enfocado a lo técnico y a la manufactura más que a la búsqueda y construcción del conocimiento, o el cultivo de lo más alto del saber. Esta condición también le otorgó un elemento diferenciador e identitario frente a demás instituciones en Santiago y que en el tiempo se profundizaría como elemento basal desde donde se construye y concibe la institución.

La Universidad de Chile y Universidad Católica habían cultivado una identidad universitaria basada, desde la idea tradicional académica, en el cultivo del saber y las ciencias, pero claramente ese cultivo no era para todos, por el contrario, su identidad se sostenía en buena parte en la selectividad del estudiantado, lo que provocaba que, en un Chile como el de mediados del siglo xx, la universidad siguiese siendo un espacio extremadamente elitista y al que muy pocos podían acceder. En la EAO, por otra parte, era todo lo contrario. En ella no se encontraban los grandes apellidos ni las grandes fortunas, su identidad se forjó conectada con lo popular y al servicio de ella, lo que la transformó en un espacio de transformación social, una suerte de universidad para los pobres, sin ser universidad, una alternativa para aprender una carrera que garantizase la posibilidad de alejarse de la miseria. Dicha identidad, de institución al servicio de la sociedad popular y de sus necesidades —en términos reales pues todas las universidades en alguna u otra forma decían estar al servicio de ello— se consolidó como una marca institucional a fuego, que dentro de la débil fortaleza institucional que luego tendría la UTE sería uno de los aspectos más altos y más desarrollados dentro de la nueva institución. Su tradición, de tal forma, se construyó como sinónimo de lo social, no enfocada en lo académico como en la Pontificia Universidad Católica, la Universidad de Chile, y por supuesto y en buena parte el Pedagógico en sus años más tradicionales.

Pero como señalamos en algún minuto, la característica fundamental que tiene la identidad es que en ningún caso es inmutable, sino que se construye y se transforma en la experiencia, por lo que el surgimiento de una nueva idea de universidad vendría a transformarla significativamente casi en su totalidad en 1967, cuando aquellos que estaban marginados dentro del gobierno universitario y sus directrices: sus estudiantes. Enmarcados dentro de una sociedad chilena que exigía mayores niveles de integración y democratización. Estos desarrollaron el llamado movimiento de reforma universitaria, que terminaría por tomarse los diferentes planteles de Educación Superior en Chile existentes hasta esa fecha.

Pero la reforma universitaria, si bien estalló con fuerza en 1967 y remeció las bases mismas de la idea tradicional de universidad, llevaba bastante tiempo en gestación dentro de la juventud que ingresaba a estudiar dentro de ella. Incluso en lo inmediato a su propia creación, donde profesores que compartían con Bello y que habían sido parte de la primera planta de la Universidad de Chile, como Ignacio Domeiko, ya hacían críticas al modelo universitario jerárquico y por su lugar sobre la sociedad¹⁷. El siglo xx no hizo más que profundizar dichos cismas dentro de un momento histórico bastante álgido marcado por el surgimiento de alternativas ideológicas frente a la política tradicional, que se tradujeron también dentro de las universidades en una mayor actividad por parte del estudiantado, que derivó, de entre otros logros, en la formación de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile [FECH], que luego sería replicada en todos los planteles del país. Por lo tanto, la reforma universitaria de 1967 estaba marcada por ser el momento climático de todo el proceso recién nombrado, tal cual como ocurría con el proceso propio de la sociedad chilena cercana al inicio de década de los 70.

El ingeniero y académico Luis Cifuentes Seves, quien fuera estudiante y dirigente dentro de la Universidad Técnica del Estado, publicó en 1997 un libro compilatorio que recogía diversas experiencias sobre la reforma de 1967 desde sus protagonistas, y donde justamente se puede constatar las características que consideraba esta nueva idea de universidad. En las palabras de Miguel Ángel Solar, uno de los protagonistas de la toma de 1967 en la Universidad Católica de Santiago planteaba: “(...) el propósito de nuestra Reforma era abrirse. Apertura más que entregar un saber. Yo nunca he compartido mucho eso de que la universidad es la consciencia crítica de la sociedad, como un espacio de convivencia superior” (Cifuentes 38) con lo que quedaba claro que directamente se estaba atacando a la idea tradicional de universidad, mantenida por más de cien años hasta 1967.

Es que una de las visiones que conformaban la idea de universidad dentro de la reforma era hacia una universidad conectada con lo social, participe directa dentro de los procesos que marcaban a la sociedad chilena de la época, a sus convicciones e intereses como motor potenciador de las transformaciones requeridas, lo que en varios términos implicaba una crisis dentro de la construcción identitaria de las instituciones hasta el momento. Por esto, la reforma de 1967 no solamente debe ser entendida como un momento de crisis en términos sistémicos e instituciona-

¹⁷ Véase al respecto la *Historia de la Universidad de Chile* por Rolando Mellafe.

les, sino que directamente fue la primera instancia de transformación crítica de las identidades universitarias. Volodia Teitelboim, abogado de la Universidad de Chile y político del Partido Comunista de la época y estudiante dentro de la universidad tradicional, proponía en favor de la reforma:

La universidad se proyecta a todo Chile, la universidad va a los lugares de trabajo, a las minas, a las fábricas, es decir, respira un aire nuevo. Porque la Reforma Universitaria también plantea la necesidad de vincularse con el resto de la sociedad y ponerse al servicio del país y al servicio también de ese derecho sagrado que tiene cada ser humano, a educarse. Y a educarse conforme sus capacidades para llegar a los más altos niveles, no sólo limitarlo a la escuela primaria para que luego algunos de ellos se conviertan en analfabetos por desuso. (cdt en Cifuentes 31)

La nueva identidad buscada para la nueva universidad era que esta debía salir de sus campus, dejar sus aulas, dejar de dedicarse exclusivamente al conocimiento y buscar a la sociedad que la necesita y no esperar a que esta llegue a sus puertas pidiendo conocer y aprender.

Pero los ideales de la reforma iban mucho más allá, por ello fundamentalmente la consideramos una idea, pues abordaba cada una de las dimensiones del quehacer y deber ser universidad.

Luis Scherz, filósofo y asiduo defensor de la reforma universitaria, los enumeraba de la siguiente manera en 1982:

¿Cuáles eran esas críticas que se le dirigieron a la tradicional casa de estudios cuyo cometido se confundía con la formación para las profesiones? En primer lugar se le censuraba su carácter profesionalizante, o sea, su unilateralidad. Y ¿cómo se conducía esta universidad y qué juicio merecía esta modalidad? En el caso de las públicas la conducción era oligárquica, es decir, un pequeño grupo de viejos catedráticos manejaba los asuntos universitarios, siendo el rector, en el caso de la Universidad de Chile, designado por el Presidente de la República, algo similar acontecía con cada Decano. En el caso de la Universidad Católica la conducción era monárquica, ya que la autoridad eclesiástica lo designaba con plenos poderes, lo mismo a los decanos y directores de escuelas. Este tipo o modalidad de conducción merecía también censura. Era además una universidad que no tenía sitio para el qué hacer científico (...) Frente a cada una de esas falencias o defectos señalados, a la luz de la crítica se

empezaba a esbozar una utopía o un “deber ser”, una virtual universidad del espíritu de reemplazo. Ante la exacerbación profesionalizante se realzaba la necesidad de buscar desinteresadamente la verdad. Ante la conducción monárquica u oligárquica se promovía la democracia a cargo de una comunidad que debía constituirse. Ante la falta de ciencia, se propugnaba abrirle generoso espacio para su desarrollo. Más aún, se buscaba robustecer su autonomía y que jugara un papel orientador, desde su plano, de los cambios sociales. Así también su máxima apertura a todos los jóvenes, sin distinción de clases, que golpearan a sus puertas. Todo esto y mucho más fue asumido como tarea por la Reforma. Con resultados promisorios. (Scherz 49-50)

Con lo anterior quedaban claras las directrices en que iba encaminada la reforma, los aspectos que consideraba problemáticos y que evidentemente eran parte de la idea tradicional que hemos comentado anteriormente, por lo que se puede considerar que la reforma buscaba incluso una refundación completa del modelo universitario chileno y la reorientación de las perspectivas en que este se desarrollaba, hacia las condiciones de su espacio y tiempo, aspectos que recordemos, eran los que Jorge Millas combatía durante la época.

La reforma universitaria y su movilización comenzaron con la toma de la Universidad Católica de Valparaíso en junio de 1967, desde donde los estudiantes de la Escuela de Arquitectura procedieron a ocupar sus dependencias apoyados por docentes quienes solicitaban, frente a las autoridades de la casa de estudios, el cogobierno universitario y la eliminación de los cargos designados por la Iglesia Católica dentro de la jerarquía con que funcionaba la universidad. Proceso y demandas que luego se traspasarían a la Universidad Católica de Santiago durante el mes de agosto del mismo año y desde el cual todas las universidades chilenas de la época (Universidad de Chile, Universidad de Concepción, UTE y UTFSM) terminarían por plegarse y comenzar sus propios procesos al año siguiente.

Para el caso específico de la Universidad Católica de Santiago, el movimiento de reforma trajo consigo un potente mensaje que justamente fue el que se expandió a las demás instituciones, que en el minuto inmediatamente de la toma de la Universidad Católica declaraban que ello era innecesario en sus casas de estudios (Estrada 152). La toma que inició en la Universidad Católica era histórica, pues en un espacio donde la protesta universitaria se había transformado en un elemento propio

de las universidades públicas como la UCh y la UTE, la UC, que para los mismos reformistas funcionaba más como un colegio privado que una universidad, era una institución alejada de dichos problemas, por lo que fuese la cuna del movimiento en la capital entregó a la Universidad Católica el protagonismo que nunca había tenido como universidad en Santiago en términos políticos y sociales. La toma se desarrolló por parte de la FEUC bajo la Dirección de su presidente Miguel Ángel Solar, quienes llegaron a dicha medida de presión ante la negativa por parte de la Dirección de la universidad, bajo el rectorado del cardenal conservador Alfredo Silva Santiago. Como la Universidad Católica no dependía del Estado sino de la Iglesia católica y el Vaticano particularmente, le tocó al arzobispo de la época Raúl Silva Henríquez la misión de buscar una salida positiva al movimiento, el cual por lo demás era bastante amigable tanto él como el gobierno DC de Eduardo Frei, quienes incluso funcionaron como un sólo bloque frente a las demandas de los estudiantes y posibilitando una salida que significó el triunfo del movimiento reformista (Estrada).

En las palabras de Solar:

Termina la toma, la ganamos; a nosotros nos interesaba sobre todo elegir un prorector, este fue Fernando Castillo Velasco. Nosotros lo conocíamos y fue un éxito que él fuera el rector, sin ninguna duda. (...) Este proceso de quiebre de una universidad tradicional, de apertura de la universidad al ámbito social, a una perspectiva ideológica, a una sensibilidad de país, fue producto de un movimiento de gran amplitud, y eso fue lo que hizo posible y lo que lo ha hecho durable. (cdt en Cifuentes 43-44)

El triunfo del movimiento en la Universidad Católica gatilló el estallido en las demás universidades, que prontamente comenzaron sus propios procesos de reforma bajo los mismos ideales.

En la Universidad de Chile, frente a la toma de la Universidad Católica, se planteó dentro del rectorado de Eugenio González la modificación del Estatuto Orgánico en vigencia desde 1931, con participación de los diferentes estamentos dentro de la universidad, pero el movimiento de reforma al interior de la casa de estudios comenzó a radicalizarse al no confiar en las autoridades del régimen tradicional en la conducción de dicha reforma. Ello sobrevino en la demanda de la renuncia de dichas autoridades, por las que González fue reemplazado por Ruy Barbosa como rector interino según recuerda Alfredo Jadresic (ctd en Cifuentes

47-48). De tal manera la Universidad de Chile comenzó su proceso de reforma, orientado, al igual que en el caso de la Universidad Católica, hacia una mayor democratización y participación por parte del estudiantado dentro de la elección de cargos en la universidad, al igual que garantizar la libertad e independencia del pensamiento y la expresión, lo que debía materializarse en una autonomía respecto del ámbito académico del administrativo. Asimismo, la universidad debía ser expresión de la crítica, el debate y la discusión respecto de la realidad en la que estaba inserta la institución, acorde a los mismos planteamientos que se definían en el caso de la Universidad Católica, junto con una reorganización en torno a los Departamentos que conformaban la universidad como espacios desde donde podrían garantizarse los esfuerzos tendientes a la investigación y extensión universitaria.

Una diferencia entre la Universidad Católica y la Universidad de Chile es que sus procesos de reforma contaban con un espectro político más amplio desde el cual se desarrollaban, conforme si la toma de la UC había sido levantada y sostenida por miembros de la Democracia Cristiana que después formarían parte del MAPU, y que se enfrentaron principalmente con el gremialismo dentro del proceso, en la UCh se encontraba con gran presencia no solamente la DC durante el gobierno de Frei, sino que la presencia del PS, del PC y del MIR que se había creado tan sólo un par de años antes, le otorgaron una mayor radicalización al movimiento y asimismo un tinte político más declarado y militante con los proyectos revolucionarios que iban ganando terreno frente al reformismo de centro del gobierno de Frei. Por ello, si bien en la Universidad de Chile como rector terminó siendo electo con participación estudiantil Edgardo Boeninger, quien provenía de la DC, en otras facultades como el Instituto Pedagógico, que claramente se podrían considerar de las facultades donde primaba la izquierda más revolucionaria, el decano que resultó del movimiento reformista fue el historiador del PC Hernán Ramírez Necochea.

Esta situación provocaba que en ciertos aspectos la memoria respecto de la reforma en la Universidad de Chile sea vista como un proyecto que terminó desvirtuado en la politización que marcaba el fin de los años 60 y los inicios de los 70, donde la reforma pasaría a un segundo plano en medio de la intensa agitación que marcará los tres años del gobierno de Allende.

Mientras tanto, otra realidad era la que se vivía en la EAO, que en realidad ya había desaparecido durante la época transformándose en la

Universidad Técnica del Estado en 1952 bajo el gobierno de Gabriel González Videla, que reunía a la Escuela de Artes y Oficios, con la Escuela de Ingenieros Industriales y el Instituto Pedagógico Técnico.

La UTE era una universidad nueva, sin tradición universitaria propiamente tal y que empezaba tardíamente un proceso ni siquiera de consolidación, sino que de construcción de universidad. Enrique Kirberg, estudiante formado en la EAO y en la EII y luego profesor y precursor de la idea comentaba al respecto lo siguiente: “(...) nos sentíamos en desventaja. No veíamos aún que era necesario innovar, levantar alternativas en vez de copiar” (cdt en Cifuentes 51) al igual que: “A partir de su fundación, en 1952, yo diría, que la caracterizó una sensación de ser segundona, de no estar a la altura” (cdt en Cifuentes 108). Por ello el clima de una reforma universitaria que también se intensificó en la UTE¹⁸ se enmarcaba en un complejo panorama institucional, donde el estudiantado había logrado una consolidación e identificación con la universidad antes que la misma institución¹⁹, para la UTE, la reforma significaba también la posibilidad de construir una nueva institución bajo los ideales y perspectivas del nuevo momento histórico que significaba la UP.

Sobre los resultados y alcances reales de la reforma en términos políticos e institucionales, se ha escrito bastante y en general en términos negativos, pero trayéndola en específico al tema que nos interesa, a nuestro juicio, la reforma universitaria enriqueció en varios sentidos la identidad institucional, en ningún caso destruyéndola o desvirtuándola, sino que potenció vínculos que ya estaban presentes al interior de cada universidad.

A partir de la reforma, la universidad se consolidó como un espacio político, comprometido con lo social, animado y entretenido, marcado por la discusión, la lucha de ideas y las manifestaciones ideológicas; además de ello también consolidó la identidad de la universidad abierta, conectada con el espacio de acción inmediato, no fuera de la sociedad ni encerrada en sí misma, sino que atenta y participe directa de los procesos sociales que ocurrían fuera de sus puertas. Ello provocó que el imaginario sobre las instituciones se ampliara y se volviese incluso más atractivo para la sociedad y el estudiantado de la época, que no solamente la escogía buscando un espacio de garantía académica que le ofreciese una enriquecedora experiencia formativa, sino también en búsqueda de

18 Incluso en 1961 ya se habían producido movimientos estudiantiles con tendencia a una mayor participación.

19 Se puede vislumbrar en el grito de la universidad que hasta el día de hoy sigue vigente.

experiencias y dinámicas propias de la cotidianeidad que fortaleció los vínculos territoriales como espacios de lucha dada la agitación de los tiempos venideros hasta 1973. Quienes fueron parte de dichas universidades recuerdan con cariño ambos ámbitos dentro de las universidades en cuestión, que luego como memorias servirían para diferenciar lo que realmente era parte de la identidad universitaria y lo que no era frente a la intervención dictatorial. En palabras de Humberto Giannini sobre el Pedagógico:

Si alguien tenía la intención de seguir carrera como esta [Filosofía], no había más opciones. La Universidad de Chile, en el ámbito de las humanidades, tenía los mejores profesores de filosofía que había en el país. Eran un lujo, la gente incluso abusaba porque la carrera se terminaba en cinco años, pero todos nos quedábamos un poco más, tomando ramos. Seguíamos entusiasmados con los temas y autores. Yo de hecho, no pude salir nunca más de la Universidad de Chile, hasta ahora, aquí estoy.

La escuela de filosofía era un espacio maravilloso, incluso después, en las épocas más duras, no diré en la época siniestra de la dictadura, sino antes, esa época previa conflictiva que vivimos a principios de los años 70, cuando se politizó el ambiente de una manera extrema, por muchas razones que había que analizar. Había muchas discusiones, a viva voz, sobre casi cualquier tema, sin embargo, era hermoso todo eso. Había un dinamismo, un deseo de vida, de transformación. Yo creo que la experiencia de Cuba unos años antes fue la que desató en toda América esta necesidad de cambio, incluso esa exasperación por el cambio. Y eso, claro, fue duro en la Universidad de Chile, generó un ambiente muy tenso. Pero incluso en ese momento era hermoso. (Giannini 124)

Capítulo II

La universidad convulsionada

La Unidad Popular y el gobierno de Salvador Allende es uno de los periodos más relevantes dentro del tránsito de la historia de Chile durante el siglo xx, pues, con todo lo que pasaría después, se perfila como el clímax de un proceso social de crisis vivido a lo largo del siglo y que por ende marca y desborda a todos quienes llegaron a dicho instante convulsionado, incluyendo en ello por supuesto a las universidades y sus identidades. El historiador Alfredo Jocelyn-Holt lo define con las siguientes palabras:

(...) tiendo a pensar que es un momento especialmente denso, espeso, cargado de capital histórico acumulado. Quizás lo más extraordinario del periodo de la Unidad Popular es su capacidad de encapsular todas las tensiones y contradicciones de nuestro país. Todos esos conflictos latentes y arrastrados que esperaban definición. No estoy diciendo con esto que hacia allá necesariamente íbamos, sino más bien que hasta allá, para bien o para mal, llegamos, querámoslo o no. (154)

Considerando la anterior caracterización, es bajo esta premisa que el conflicto entre las ideas e identidades de universidad en desarrollo y que estalló en 1967 tuvo también su momento crítico durante la Unidad Popular, enfrentando a las dos visiones aún más allá de lo que pudieran haberlo estado antes, esperando una definición que finalmente no llegaría dentro de su disputa, sino que, y por el contrario, solamente quedaría en la lucha dramática que culminaría con el golpe de Estado y la intervención y colocación de una nueva identidad a la fuerza sobre las instituciones que hemos abordado.

Es por ello que la Unidad Popular toma tanta relevancia dentro del tránsito que hemos propuesto sobre las identidades de las universidades

chilenas, porque a través de los tres años de gobierno de Allende y al unísono de la polarización política que se alcanzó durante el periodo, las ideas y proyectos de universidad en disputa también alcanzarían los mismos grados de división y radicalización, eliminando los posibles puntos comunes que se tuvieran hacia 1967 y transformando a ambos polos en identidades repelentes y conflictivas. Entre una universidad volcada a lo académica y fuertemente jerárquica frente a una universidad volcada hacia lo social y desbordada por el momento histórico al que se venía arrastrada.

Asimismo, como lo ha hecho Jocelyn-Holt en la cita anterior, Tomás Moulian también ha caracterizado al periodo de la Unidad Popular, definiéndolo en torno a tres conceptos: fiesta, drama y derrota (cdt en Pinto 5) que justamente caracterizan a las memorias en torno a las universidades durante el periodo. En general, a través de los relatos, la Unidad Popular dentro de las universidades es vista, por algunos, como el momento de mayor actividad al interior de sus campus. La fiesta desatada, donde el estudiantado principalmente es quien toma las riendas de una actividad política abierta e incontenible, que avanza por la reforma profundizando cada vez y conectando a las instituciones con el ámbito social del cual había estado tan alejada desde su constitución académica exclusivamente, y por supuesto transformándola asimismo en un escenario desde donde se lleva y ayuda al gobierno de Salvador Allende, o en caso contrario, desde donde se realizó una oposición tenaz en contra de las transformaciones planteadas por la UP. Es también el periodo de la gran actividad extrauniversitaria, el momento en que los jóvenes se sienten parte de un proceso general de revolución de las estructuras sociales que ataban a Chile en la injusticia, donde se produjo un aumento explosivo de la participación en marchas y enfrentamiento a favor o en contra del gobierno, pero también de los trabajos en terreno, al interior de los campamentos, poblaciones y zonas rurales donde los más desposeídos pedían a gritos una transformación que mejorase sus condiciones de vida. Igualmente el momento en que el arte y la actividad cultural son un foco esencial con el cual acompañar la fiesta de la vía chilena al socialismo, por lo que las peñas y encuentros no se harán esperar en cada una de las universidades, reivindicando la idea de una universidad abierta hacia la comunidad de la que es parte. Sin embargo, también es el drama de quienes viven la polarización política al interior de los campus y sufren las consecuencias del fanatismo militante por parte de los dos bandos en disputa, que, por lo demás, ya se habían implicado a favor de la revolución (ni siquiera

respecto de Allende) o en contra de ella. Es asimismo el drama de quienes, en defensa de la universidad intelectual y volcada al trabajo académico, fueron testigos de una actividad interrumpida conforme avanzaba el conflicto dentro del proceso y asimismo la disputa y la polarización que marcó el periodo, quienes tuvieron que abandonar las instituciones debido a lo complejo del momento, o quienes no encontraban lugar ya en un espacio tan convulsionado. La Unidad Popular en las universidades fue fiesta y drama, según las condiciones de cada institución, y la derrota... la derrota vendría dramáticamente un par de años después, el 11 de septiembre de 1973.

Un primer instante, extremadamente simbólico entre la relación de las universidades con la Unidad Popular se vivió un día después de realizadas la “elección de Chile”, donde el candidato ganador, Salvador Allende, dio su primer discurso como presidente electo, aún con las dudas y tretas de quienes estaba dispuestos a no reconocer, hasta el final, su triunfo. Para ello, Allende escogió el edificio de la FECH, desde cuyos balcones se dirigiría a una gran masa de adherentes que se mantenían aún expectante frente a la tardanza de los resultados, y que habían salido a la calle para manifestar su apoyo al candidato socialista, quien según los cómputos que se sabían hasta el minuto, había alcanzado la mayoría relativa por lo que tuvo que ser ratificado por el Congreso Nacional.

Alejandro Rojas, presidente de la FECH electo en 1969, a eso de las 10 de la noche según cuenta en su testimonio, recibió el llamado de Allende para realizar el pronunciamiento de su discurso de victoria y ratificación. A pesar de que dentro de la universidad a la que representaba la Federación habían diferentes sectores políticos que contaban con notoriedad dentro de las facultades y que no estaban a favor de Allende y mucho menos estaban contentos con su victoria, el entusiasmo le ganó y permitió que desde esa tribuna el recién electo presidente, quien en su juventud como estudiante de Medicina en la Universidad de Chile había logrado llegar en 1930 a ser el vicepresidente de la FECH se dirigiera ante la masa.

Con profunda emoción les hablo desde esta improvisada tribuna por medio de estos deficientes amplificadores.

¡Qué significativa es, más que las palabras, la presencia del pueblo de Santiago, que interpretando a la inmensa mayoría de los chilenos, se congrega para festejar la victoria que alcanzamos limpiamente, el día de

hoy, victoria que abre un camino nuevo para la patria, y cuyo principal actor es el pueblo de Chile aquí congregado! ¡Qué extraordinariamente significativo es que pueda yo dirigirme al pueblo de Chile y al pueblo de Santiago desde la Federación de Estudiantes! Esto posee un valor y un significado muy amplio.

Nunca un candidato triunfante por la voluntad y el sacrificio del pueblo usó una tribuna que tuviera mayor trascendencia. Porque todos lo sabemos. La juventud de la patria fue vanguardia en esta gran batalla, que no fue la lucha de un hombre, sino la lucha de un pueblo; ella es la victoria de Chile, alcanzada limpiamente esta tarde.

Allende le daba una significación enorme a la juventud, como fuerza política y, asimismo, a través de la FECH, a la juventud universitaria, quien conformaba uno de los principales bastiones desde donde se había forjado y consolidado un apoyo social importante que en esa ocasión le valió el triunfo presidencial. Para Allende, el balcón de la FECH era también el balcón del gran edificio de la juventud que le ayudaría a transformar el país y construir un nuevo Chile, sentimiento que también compartía Alejandro Rojas, quien respecto de dicho momento tan potente señala:

Nosotros ya reventábamos de alegría y con los cientos de miles de chilenos acogimos la invitación de Allende: “Esta noche tomaremos la patria por la cintura para bailar una cueca larga hasta el amanecer”.

El orden, la civilidad y la calma con que la gente celebró ardiente la victoria esa noche, no anunciaban las dificultades que se nos vendrían encima...

En la Universidad nos lanzamos a todo valor con la consigna “A construir la Patria Nueva”. Nos parecía que el triunfo del gobierno popular crearía las condiciones de transformación estructural de la sociedad chilena que permitirían llevar a cabo a fondo los principios de la reforma universitaria. Más que eso, sentíamos que un mundo de posibilidades, ilusiones y creatividad se abría ante nosotros. seríamos protagonistas del nacimiento de algo nuevo. La vida se cargaba de inmenso sentido. (cdt en Bordsky 135)

Para quienes estaban a favor de la Unidad Popular, tal cual como se percibe en el testimonio de Rojas, la reforma universitaria tomaba nuevos bríos y posibilidades con el triunfo de Allende, pues, en un clima de efervescencia, la llegada de la Unidad Popular al gobierno significaba en cualquier caso el instante más revolucionario que Chile había tenido hasta el momento, y asimismo la primera vez que la revolución posible y real era vista como un objetivo viable dentro de todo. Sin embargo, lejos del entusiasmo que mantenía Rojas y la FECH que estaba a favor del gobierno, las condiciones al interior de las universidades no eran del todo favorables para dicha misión que el gobierno había encomendado, pues al mismo tiempo que se producía la férrea oposición contra Allende por parte la Democracia Cristiana y la derecha, también comenzaban a instalarse las distancias entre los proyectos revolucionarios dentro de la misma Unidad Popular una vez superadas las elecciones de 1970, tomando distancia movimientos como el MIR quien no compartía la vía institucional del gobierno sino que se mantenían militantes con la idea de la revolución por la vía armada y asimismo el PS que ya comenzaba a caminar hacia una postura más radical respecto de la posición y plan del gobierno. En las universidades este proceso que caló también en las diferentes facciones políticas que disputaban el escenario estudiantil vino a complejizar aún más el difícil y caldeado panorama que se vivía desde 1967 y a generar nuevos flancos de tensión no solamente entre los estudiantes, sino que asimismo entre las identidades y visiones que se tenían respecto de las universidades y su misión.

Desde 1967 y las tomas de las Universidades Católicas de Valparaíso y Santiago, la reforma avanzó bajo un tránsito difícil dentro del contexto en que se acercaban las elecciones de 1970 y asimismo se radicalizaban las posiciones frente a las demandas. Eso condujo a que el liderazgo demócrata cristiano inicial en la Universidad de Chile y en la Universidad Católica fuera decayendo se vieron rebasados por las demandas y asimismo por la oposición de los demás partidos políticos que comenzaron a empoderarse dentro del contexto, en el cual, por lo demás, ya no había demasiada cabida para sectores medios “reformistas”.

En la Universidad Católica de Santiago, iniciadora de la reforma después de la Católica de Valparaíso, Fernando Castillo Velasco, quien fuera nombrado prorrector una vez que Silva Santiago dejó el cargo, fue electo formal y democráticamente rector en dos ocasiones (1967 y 1969) a través de un Claustro pleno transformándose así en la cabeza del proceso de reforma y a través de su persona pasarían los cambios y demandas em-

plazadas por el movimiento estudiantil de 1967. Sin embargo, la misión de Castillo no era nada de fácil, pues si bien el movimiento de reforma había tenido éxito al cumplir con sus primeros objetivos una vez terminada la toma de la Casa Central, ahora quedaba el gran desafío de alinear a los diferentes actores en pro de la transformación hacia la nueva universidad, considerando en ello a un gran número de académicos importantes dentro de la Institución que rechazaban al movimiento y por ende no estaban demasiado dispuestos a entregarse a las nuevas disposiciones del rector. Uno de ellos fue Ricardo Krebs, quien durante el periodo fue incluso uno de los oponentes frente a Castillo dentro de las elecciones de rector, y uno de los principales representantes de la visión conservadora respecto de la universidad y, más allá, un declarado defensor de la antigua Universidad Católica. Al respecto Krebs recuerda:

La reforma se inició con la toma de la Universidad en agosto del año 1967. El Cardenal Raúl Silva Henríquez firmó un acuerdo con la directiva estudiantil de FEUC, marginando al entonces legítimo rector de la universidad Alfredo Silva Santiago, quien posteriormente presentó su renuncia. Yo era en ese momento Decano de la Facultad de Educación y por lealtad al rector presenté mi renuncia. Así se lo comuniqué al nuevo Rector. Al día siguiente de haber presentado yo la renuncia, Fernando Castillo me llamó. Tuvimos una larga conversación en la que me pidió que yo continuara como Decano. Me explicó que la creación de la Nueva Universidad no significaba la liquidación de la universidad antigua, sino su renovación, para lo cual era necesaria la colaboración de los académicos. Se expresó en forma muy elogiosa sobre mi persona y me señaló la importancia de que los académicos que tenían cierta posición en la Universidad cooperasen; lo contrario significaría simplemente empobrecer la Universidad y sería imposible realizar el nuevo proyecto. Lo pensé bastante y llegué a la conclusión de que, pese a todo, existía la posibilidad de realizar una tarea en la “nueva universidad”. Yo había estado muy comprometido con la Universidad Católica desde hacía tiempo y me había compenetrado de su gran tradición. Desde entonces colaboré lealmente con Fernando Castillo, haciéndole ver cuando no estaba de acuerdo, pero cooperando en el ámbito académico donde yo veía un planteamiento inteligente que significaba soluciones positivas a los problemas pendientes. (cdt en Cruz 55)

La posición de Krebs respecto de la reforma desde sus inicios queda mucho más clara con la cita anterior, incluso considerando legítimo a Silva Santiago, lo que también refleja que su posición respecto del poder y las jerarquías dentro de la universidad. Pero más allá de la posición de Krebs, queda evidenciada la forma en que Castillo comienza a conformar un bloque de apoyo frente a la iniciada reforma, consciente de la necesidad de contar con el apoyo académico para desarrollar las transformaciones e incluso más allá buscando alinear a los sectores más distantes e incluso opuestos. Cruzada que claramente logró en el corto plazo, y que en buena parte permitieron el avance del proceso de reforma desde el ámbito de la modernización académica dentro de la universidad, y, principalmente, sobre la necesidad de abrirla a los nuevos tiempos y a la realidad chilena contemporánea.

Al respecto, la universidad obtuvo logros importantes, logrando establecer, a través de un Plan de Desarrollo, nexos con universidades en el extranjero como la Universidad de Chicago —que sería clave en la definición del nuevo perfil neoliberal instalado por la dictadura posteriormente— al igual que se accedió a financiamiento por parte de instituciones como el BID o fundaciones estadounidenses, lo que ayudó enormemente al crecimiento y desarrollo del campus San Joaquín que habría comenzado su construcción en 1963. Asimismo se crearon nuevos centros y departamentos que significó una mayor amplitud de temas y miradas dentro de la UC, como el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) y el Centro de Estudios de Planificación Nacional (CIEPLAN), que permitió el ingreso de nuevos docentes y de entre ellos algunos “jóvenes” como Manuel Antonio Garretón, quien se posicionó desde la sociología como figura destacable en CEREN; lo mismo ocurrió en la carrera de Historia de la Universidad Católica, donde a través del Departamento de Historia económica y social ingresaron nuevas perspectivas y docentes quienes marcaron un grupo bastante significativo con profesores como Gabriel Salazar, quien para la época ya mantenía una cercanía mayor con la izquierda dentro de la cual luego se volvería militante del MIR en 1970, o Carmen Castillo, hija de Fernando Castillo y quien también se volvería mirista. Otro aspecto igualmente importante fue la creación y desarrollo de DUOC-UC, el Departamento Universitario Obrero-Campesino, que surgió justamente como un proyecto por parte de estudiantes al interior de la Universidad Católica con el fin de acercar la Educación Superior a los sectores más desposeídos que permanentemente habían estado fuera de la universidad, y aún más fuera

si se hablaba de la UC. A través de DUOC, la Universidad Católica dio el espacio para el desarrollo de carreras técnicas, cursos de capacitación y/o especialización para los sectores populares, haciéndose parte también de ese mayor acercamiento de la universidad a las necesidades y problemas nacionales, y por sobre todo de la clase popular y la necesidad de transformar y ayudar al desarrollo nacional del país desde abajo. De tal forma, la Universidad Católica comenzó un proceso de modernización y en parte buscó cumplir con las propuestas de la reforma estudiantil de 1967 en términos de una universidad preocupada por lo contingente y asimismo volcada hacia nuevas áreas y discusiones, que se vieron también ayudadas por la gran inversión y producción en términos de investigación y desarrollo. Bajo tales aspectos, la Universidad Católica, desde lo académico, no se vio afectada por la reforma, por el contrario, se encontró un punto de cooperación por el cual la idea de una institución capaz de posicionarse como una de las grandes universidades del país y manteniendo su espíritu cristiano caminó hacia un proceso de renovación necesario. Con lo anterior, el rectorado de Castillo, con el apoyo de parte de los académicos dentro de la universidad, logró uno de sus primeros cometidos respecto de la transformación dirigida que se realizó en la PUC, sin embargo, lejos de los resultados positivos que se tuvo en el ámbito académico, la reforma por parte de la participación estudiantil se transformó en el escenario de conflicto y batalla dentro de la Universidad en buena parte marcada por las convulsiones que caracterizaron al periodo de la Unidad Popular.

Una vez lograda la toma de la Universidad, la renuncia de Silva Santiago, la colocación de un rector elegido democráticamente y la consolidación de un programa de transformación para la Católica, la FEUC de Miguel Ángel Solar se vio asimismo convulsionada por la tendencia general que marcaba a la juventud demócrata cristiana hacia fines de la década de los 60 y comienzos de los 70, respecto de una postura mucho más radical y reformista que la que defendían los grandes patriarcas de la DC como Eduardo Frei Montalva o Patricio Aylwin, por lo que también se hicieron parte del movimiento de ruptura que terminó por quebrar a la Democracia Cristiana y conformar el MAPU. Bajo estas nuevas circunstancias, en la Universidad se constituyeron dos frentes poderosos dentro del estudiantado, el primero comandado principalmente por el MAPU, con gran presencia desde el movimiento de reforma y un segundo bloque demócrata cristiano que permaneció dentro del partido y que ahora se había posicionado dentro de la oposición a la Unidad Popular,

al igual que el partido lo hizo a nivel general (Fermandois 496). Bajo esta disputa política surgió un nuevo grupo encabezado por Jaime Guzmán y cercano a la derecha más conservadora y autoritaria, que ya antes se había enfrentado con los reformistas en medio de la toma y habían declarado públicamente su apoyo al cardenal Silva Santiago, aludiendo a la afrenta que se estaba haciendo en contra de su persona, al manejo político que había detrás, a la influencia ideológica de izquierda dentro de ello y al terrible daño que estaban haciendo a la Universidad Católica como institución al intentar modificar sus principios (Estrada). Esencialmente, el grupo militaban con la idea tradicional de la Universidad, e incluso más allá, eran acérrimos defensores de la imagen tradicional de la Universidad Católica, en el sentido que para ellos esta debía de mantenerse elitista, conservadora, extremadamente jerárquica y ultracatólica en su quehacer intelectual, académico y cultural. El gremialismo de Guzmán contó con un importante apoyo académico de quienes no compartían los ideales de Castillo Velasco y de quienes se habían manifestado en contra del proceso de toma y reforma, y dada la popularidad que alcanzaron en el tiempo fueron consolidando un bloque que se transformó en una fuerza política significativa al interior de la Universidad (Fermandois 497), que los llevó a alcanzar la presidencia de la FEUC en 1968 desplazando a la DC y permaneciendo en sus manos hasta bien entrada la década de los 80.

Esta situación provocó una disputa significativa al interior de la Universidad, pues la FEUC gremialista quebró las relaciones con Castillo Velasco y se transformaron en lo inmediato, amparados en el importante apoyo estudiantil que mantenían en conjunto con el sector académico, en una fuerza de tope frente a los cambios referentes al ámbito estudiantil. Con ello, mientras se establecían transformaciones en torno al ámbito netamente académico, las transformaciones desde el punto de vista de la participación y democratización se hicieron casi imposibles para el rector y su equipo, buscando mantener con ello el esquema estudiantil de una universidad fuertemente jerárquica e incluso muy conservadora y autoritaria. Con la politización reinante dentro de la institución hacia la década del 70 y durante los años de la UP la radicalización por parte de los grupos gremialistas también se tradujeron en el rechazo completo y total hacia cualquier tipo de modificación de los parámetros clásicos dentro de la Universidad Católica e incluso transformando, desde el discurso, a la reforma universitaria en una cruzada casi exclusiva de la izquierda (o de los DC más izquierdosos) y que, por tanto, al atentar contra la Uni-

versidad debía de ser frenada y eliminada, lo que ayudarían a hacer una vez instalada la dictadura.

Respecto de lo anterior, Guzmán afirma:

El gremialismo brotó y creció en ese periodo como un rechazo primario y natural de gran parte del estudiantado universitario a la instrumentalización política de sus organizaciones gremiales y de las universidades en general. Pero nuestro aporte más importante consistió en darle a ese sano sentimiento una base conceptual sólida, convirtiéndolo en un ideal de validez intrínseca y permanente. Evitamos así que él se redujera a una simple reacción, meramente contestataria.

El alumno que rechaza la politización de las universidades y de su tarea académica responde a un impulso correcto y valioso. Detrás de la defensa de “una universidad para estudiar y no para hacer política”, se trasunta el sentido común con que la mayoría de las personas llegan a juicios acertados. (46)

Para Guzmán, que en esa época ya era profesor de la Facultad de Derecho de la PUC y un fanático antimarxista, la reforma, sus demandas y sus posibles transformaciones formaban parte de dicha politización e instrumentalización por parte de la izquierda, quienes penetrando la Universidad la habían desviado de su camino que debía de ser lo académico y como espacio exclusivo para el estudio. En la idea de Universidad de Guzmán, tradicional y academicista, no había cabida para la política dentro de los campus... salvo que esta fuese gremialista.

Bajo la disputa política que marcó a la PUC durante el periodo de la UP es desde donde se desarrolló un proceso completamente diferente al iniciado en 1967, pues en la PUC la reforma fue llevada a cabo por los académicos quienes se hicieron cargo de ella y rechazada por una mayoría del estudiantado que luchaba por mantener el perfil tradicional. Así, la PUC se transformó, desde el sector del alumnado fundamentalmente, en un bastión de oposición en contra del gobierno de Allende, realizando paralizaciones y asistiendo a marchas en contra del gobierno, pues el MAPU, en medio de la vorágine de una izquierda tampoco del todo cohesionada y con una DC también en oposición, nunca más pudo recuperar su lugar dentro de la Universidad.

Esta situación de avance extremadamente limitado o mejor dicho de una transformación dispar, en los términos que se manifestaban y de-

mandaban las transformaciones durante la toma de 1967, genera que entre los estudiantes de la PUC, como Sofía Correa o Cristián Gazmuri, no se sienta un espacio de transformación o quiebre entre la Universidad Católica previa y posterior a la reforma, ni tampoco un cambio demasiado significativo entre lo que significó el proceso dirigido por Castillo a la PUC previo al golpe militar. Al contrario se siente una institución que permaneció, que no tuvo grandes cambios ni grandes transformaciones salvo las señaladas anteriormente. De hecho, Sofía Correa recuerda la realización de claustros durante el periodo, a los cuales ellos, como estudiantes de primer año, no eran invitados, pero si tenían conciencia de lo que se debatía.

Bajo estas condiciones, la UC vivió el gobierno de Salvador Allende y el periodo de la Unidad Popular, desde la oposición, conforme se mantuvo permanentemente un dominio estudiantil del gremialismo y de la DC, frente a la izquierda debilitada dentro de sus campus, lo que asimismo provocó que, al transformarse la reforma en discurso propio de la izquierda gracias a la demonización que el gremialismo hiciese de ella, los logros de la misma fuera poco considerables o siquiera percibidos, pues, después de todo y frente al panorama dominante a nivel general, cualquier tipo de cambio o transformación era visto como una amenaza al sistema en riesgo. En el caso de la universidad ayudó a la sobrevivencia y mantención de la identidad más tradicional de la Universidad Católica, que justamente permaneció gracias a la tensión nunca resuelta y más polarizada entre las ideas y visiones de reforma. Luego, gracias a la misma tensión, la dictadura reforzaría la visión tradicional de la UC, a través del rectorado de Sweet y una vez que la reforma y los reformistas fuesen extirpados de la Universidad.

Un panorama completamente distinto fue el que tuvo la UTE durante el mismo periodo, en su lugar la Unidad Popular fue un periodo significativo dentro del reciente proceso de consolidación y fortalecimiento que mantenía la joven institución.

En marzo de 1968, Horacio Aravena Andaur renuncia a su puesto de rector, después de las paralizaciones que también se habían desarrollado dentro de la institución en el marco general de las movilizaciones estudiantiles que demandaban el desarrollo de la reforma universitaria y, frente a ello, desde el sector académico y estudiantil, Enrique Kirberg asumió el cargo de rector interino para, al igual que en el caso de Castillo, oficiara como cabeza para el desarrollo del proceso de reforma dentro de la Universidad Técnica.

El sector estudiantil en la UTE, que fue el principal propulsor de la reforma y su aplicación dentro de la Universidad, estaba dominado por sectores de izquierda, quienes asimismo contaban con una importante mayoría dentro de la Universidad (sin que por ello no existieran otros sectores, fundamentalmente DC, quienes también mantenían cierta presencia dentro del panorama), lo que ayudó enormemente a Kirberg dentro del puesto que asumiría formalmente en dos ocasiones más a lo largo del periodo de la UP, pues, siendo el único rector comunista, contó en muchas ocasiones con el apoyo irrestricto del sector estudiantil para el desarrollo de su programa. Sin embargo, al igual que en la UC, el sector académico no necesariamente era de izquierda y mucho menos estaba alineado con las intenciones de la reforma, sino que, al contrario, Kirberg también debió de lograr constituir un bloque entre los profesores que le ayudaran y respaldarían, necesitando en ello también a los docentes menos cercanos a su postura, lo que no trajo pocas dificultades al rector, pero que lograron ser superadas estableciendo un proceso general de construcción de una nueva institucionalidad universitaria. Por esto la reforma en la UTE tomó su curso bajo los mismos lineamientos que en las demás instituciones, es decir, una democratización, la participación en la construcción del conocimiento y la garantía sobre la libertad de pensamiento y expresión, asimismo la necesidad de fortalecer la investigación y por supuesto, el colocar a la universidad dentro y al servicio de la sociedad en la que se desarrollaba (cdt en Cifuentes 88). Según la visión de Hernán Vega Campos y Arsenio Fica Ortega, ambos ingenieros formados en la institución, la reforma se apuntó varios logros, en que los que se destacaban la estructuración de la universidad en facultades y departamentos en lugar de escuelas, aspecto que en parte ayudaba a igualar a la UTE con otras instituciones universitarias a la vez que se flexibilizaba el currículum y se perfeccionaba al cuerpo docente, como fue la creación de un Departamento de Ciencias Sociales que hacía clases en conjunto con los departamentos de Ingeniería a los futuros profesionales de dichas carreras, con el fin de que tuviesen dentro de su formación un aspecto humanista que los acercase aún más a la lectura crítica respecto de la realidad social y económica del país durante la época (Samaniego); también se invirtió en investigación que era un aspecto casi ausente dentro de la universidad y se crearon los institutos técnicos a partir de ella, a la vez que se inauguraba la carrera de ingeniero en Ejecución y junto a ello se desarrolló un programa de educación obrera que permitía que trabajadores dentro de CUT y de diferentes sindicatos pudiesen cursar

carreras profesionales en la universidad, y con ello quedaba manifiesto su compromiso social (cdt en Cifuentes 89-90). En tales sentidos, la reforma ayudó significativamente a la UTE a modernizarse, fortalecerse y consolidarse como universidad propiamente tal, de modo que la nueva idea era la que ubicaba institucionalmente a la universidad en lugar de la idea tradicional que nunca logró cuajar. Este proceso alcanzó un gran clímax con la aprobación y posterior firma del nuevo Estatuto de la UTE que prácticamente modernizaba a la universidad bajo los ideales reformistas en 1971.

A diferencia que en la Universidad Católica, en la totalidad de los testimonios recogidos y recuperados respecto del periodo, hay un total conocimiento y acuerdo en los alcances y logros significativos desarrollados al respecto durante los rectorados de Kirberg, lo cual en buena parte es real conforme la Universidad Técnica, siendo joven y teniendo un desarrollo extremadamente temprano respecto de otras instituciones de Educación Superior, fue durante esta época en que alcanzó una identidad universitaria propiamente tal. A través de sus nuevos lineamientos, enfoques y objetivos, pues al no existir una tradición demasiado fuerte —la EAO y su figura no bastaban para levantar una universidad propiamente tal— tampoco se dio la tensión que sí se mantuvo dentro de la Universidad de Chile y la Universidad Católica entre la vieja y nueva universidad, al contrario, la UTE logró condensar sus esfuerzos hacia el desarrollo de un ser y conciencia universitaria que alineó a una parte importante de cada uno de los sectores hacia la nueva figura que se consolidaba rápida y confusamente dentro de la época: la UTE de Kirberg, quien sería la que enfrentaría el golpe de Estado y la dictadura.

Y decimos confusa pues el periodo en que se produce el desarrollo de la propuesta de Kirberg, al unísono que en otras instituciones, también provocó convulsiones al interior de la Universidad por mucho que el rector fuese comunista y estuviese alineado con los intereses y objetivos del gobierno de Allende, pues a medida que avanzaba la Unidad Popular y se volvía cada vez más complejo el panorama dentro y fuera del gobierno, el sector estudiantil también comenzó a fragmentarse y radicalizarse frente a las formas y mecanismos en que se llevaba a cabo la reforma. Al respecto, Luis Cifuentes recuerda:

La extrema polarización política que desgarró al país a comienzos de los 70 afectó también a la universidad. Todas las corrientes doctrinarias fueron culpables de sectarismo e intentos de exclusión de sus adversarios.

Esto redundó en un empobrecimiento del debate a partir de 1971 y en un descenso de la participación de la comunidad en las tareas de dirección de la universidad, dado que la problemática política pasó a primer plano y absorbió la casi totalidad de las energías de todos los grupos protagónicos.

(...) Algunos sectores del movimiento reformista se vieron quejados de una fiebre democraticista. Las autoridades unipersonales, elegidas con procedimientos democráticos y transparentes, eran acosadas con exigencia de “consultar al claustro” antes de tomar decisiones menores. Esta deformación, a parte de causar una gran pérdida de tiempo en discusiones inútiles, condujo a muchas autoridades a la vacilación, cuando la dinámica de los acontecimientos exigía decisiones (sic) día a día. (Cifuentes 102)

A lo anterior habría que sumarle quienes pretendieron establecer los parámetros para una nueva reforma (que no alcanzó a pasar más allá de las nuevas demandas que propuso), el quiebre con muchos académicos debido a las posturas irreconciliables que se produjeron entre ellos con el mismo estudiantado, y asimismo el desborde del contexto nacional que dio como resultado el que por largos periodos de tiempo la actividad académica y estudiantil se viese suspendida dentro de la Universidad en favor de la defensa o ayuda al gobierno de Allende, en la que la UTE fue un bastión importante de apoyo hacia el presidente y asimismo un escenario desde donde se desarrollaban actividad significativas en el marco del proyecto de la Unidad Popular. Si bien no puede asumirse que la Universidad entera era de izquierda, no es menos cierto que en buena parte las actividades institucionales y/o que contaban con apoyo institucional sí estaban a favor del gobierno y en apoyo del proyecto de Salvador Allende. Ejemplos significativos de este último aspecto, son los documentales que se desarrollaron bajo el amparo de UTE TV durante el periodo, en los cuales se deja registro no solamente de las actividades que se desarrollaron al interior de la universidad, como la visita de Allende y asimismo la de Fidel Castro, sino también el desarrollo de múltiples piezas audiovisuales, algunas de ellas realizadas por Fernando Balmaceda, que a través de películas de género documental relataban o daban cuenta de aspectos y diagnósticos problemáticos dentro de la sociedad chilena, y que debían de ser urgentemente solucionados, lo que, desde el proyecto de la UP, estaban completamente considerados y partiendo de las mis-

mas premisas. Algunos documentales que se desarrollaron bajo ese alero fueron *El Sueldo de Chile* o *Compromiso con Chile*, quienes conforman un amplio catálogo de material en conjunto con otro tipo de producciones del periodo²⁰.

Lo anterior no debiese sorprender, pues es parte del desborde del momento histórico en que se desarrollaba la universidad en medio de la Unidad Popular, pues no se podía estar indiferente a lo que significaba el proyecto de Allende, y, al no haber sectores imparciales o indiferentes frente a la coyuntura, es bastante lógico y forma parte también de la disputa política local de los movimientos y opciones políticas construir material y defender a los intereses y proyectos que se enfrentaban. Bajo el mismo marco se pueden colocar el surgimiento y consolidación de grupos musicales como Inti Illimani, quienes justamente nacieron y tuvieron su alero dentro de la UTE y que mantenían una postura política clara, al igual que Quilapayún en la Universidad de Chile, así como tantos otros que ayudaron a construir un panorama cultural rico y complejo, que estalló a través de la lucha por el proyecto político de una revolución posible, pues atendían a que de producirse un cambio este también debía de ser cultural y popular, por lo que, frente a una sociedad iletrada. Por ejemplo, Inti Illimani gravó durante la época el célebre disco *Canto al Programa*, la alternativa musical que pudo llegar a los oídos de todos quienes quisieran enterarse y unirse al proyecto que traía consigo Allende y la Unidad Popular. Y lo anterior sin duda marca un espacio significativo dentro de la construcción identitaria de la Universidad, pues a través del desarrollo de producciones y actividades culturales se abrió hacia afuera y se transformó también en un escenario importante desde donde no solamente construir lo cultural, sino también recogerlo e invitarlo a formar parte o a tomar espacio dentro de las instituciones y sus campus, ayudando con ello a la idea de la universidad reformada o a la nueva universidad que no solamente se abría hacia lo social a través de lo político y su implicancia en los debates y proyectos que se desarrollaban, sino también abriéndose a la comunidad y su cultura. Por ello, para muchos, la universidad en la Unidad Popular trajo consigo una gran fiesta, llena de música, arte y creación.

La UC y la UTE eran escenarios distintos, e incluso ubicados, por su tendencia mayoritaria entre el estudiantado, a una u otra vereda de la Unidad Popular, pero la Universidad de Chile era una realidad comple-

20 El material audiovisual fue puesto a disposición del público en general por el Archivo DGA de la USACH, y puede ser consultado a través de su página en YouTube: <https://www.youtube.com/user/archivodga>

ja, pues, dado su carácter como la universidad más importante del país ello también significaba que la variedad en su interior, y asimismo la necesidad de hacerse de ella como un bastión político era una cruzada imperiosa, que conllevó la disputa encarnizada en su interior, muchas veces en igualdad de condiciones y número entre sus tendencias, y en la cual cada facultad era un campo de batalla en disputa, y asimismo, cada campus que la constituía era una ciudad independiente que debía de ser ganada por los partidos y movimientos políticos.

Hacia inicios de la reforma en la Universidad de Chile, la FECH estuvo en manos de la Democracia Cristiana, quienes comenzaron y encabezaron el proceso al igual que se había hecho dentro de la PUC, sin embargo la tensión con la izquierda, no solamente desde el estudiantado sino también fuertemente en el sector académico, precipitaron los hechos de manera insospechada, provocando con ello que la reforma se viese dividida entre las acciones e intereses de las fuerzas en disputas e impidiendo con ello la posibilidad de llegar a un punto medio de acuerdo que permitiese comenzar un proceso de transformación. De hecho, antes incluso de que se realizasen movilizaciones generales a nivel de universidad, como había sucedido en la PUC y en la UTE, la Facultad de Filosofía y Educación, parte importante del Instituto Pedagógico, había desarrollado en mayo de 1968, movilizaciones y paralizaciones, en favor de la elección democrática de su decano, lo que terminó con la elección del historiador Hernán Ramírez Necochea, miembro del Partido Comunista y uno de los principales promotores de la reforma dentro de dicha facultad. Frente a ello se produjo una crisis significativa, pues la facultad había actuado no solamente de forma independiente a la rectoría y el Consejo académico de la Universidad, sino también independiente de la FECH demócrata cristiana. Frente a la crisis y la paralización que se desarrollaba en Filosofía y Educación, el rector Eugenio González decide renunciar, provocando la acefalía de la Universidad y seguido inmediatamente ese gesto por una toma de la Casa Central de la Universidad, ubicada en Alameda con San Diego, por parte de los miembros DC que dominaban la FECH y la paralización general de las diferentes facultades que componen la institución, lo que para muchos significa el inicio real del proceso de reforma dentro de la Universidad de Chile.

Frente a la situación general en la Universidad, el profesor Ruy Barbosa asume la rectoría de forma interina, en medio de la tensión estudiantil entre la FECH demócrata-cristiana y los grupos de izquierda al interior de la Universidad, que solamente logró disminuir cuando la

Democracia Cristiana se decide a luchar por el co-gobierno universitario (cdt en Brodsky 124) y se decide en conjunto con el rector la conformación de Comisiones de Reforma en cada facultad en torno a un Comité Central de la reforma, en junio de 1968, cuyo objetivo sería recopilar las propuestas y visiones para constituir un programa de transformación general. Ante ello, la Facultad de Filosofía y Educación entra también dentro de dicha dinámica y con ello se derogan los cambios producidos en mayo de 1968.

Si bien el co-gobierno se había transformado en el objetivo común de los sectores reformistas en tensión al interior de la Universidad, las visiones respecto de la “nueva universidad” eran bastante distintas, tal cual como recuerda Alfredo Rojas, quien ya en 1969 formaba parte de la FECH ahora dominada por la izquierda, empoderada frente a la crisis del estallido reformista y el actuar de la DC, y asimismo apoyada por las tendencias que se tomaban el escenario político general hacia fines de los 60 e inicios de los 70. Según Rojas (cdt en Brodsky 126-127) la izquierda universitaria, conformada fundamentalmente por los grupos PC, algunos sectores del PS y posteriormente el MAPU, la reforma y transformación de la universidad significaba una base desde donde poder desarticular la superestructura ideológica del sistema, que sería aún más potente de logra alinearse con los sectores y movimientos tanto obreros como campesinos, por lo que la conquista del poder universitario era un objetivo para la izquierda dentro de su proyecto de transformación general. Para la izquierda universitaria, la idea detrás de dicha visión era la de la “universidad comprometida”, sin embargo, para otros sectores dentro de la misma izquierda como el MIR y algunos miembros del PS, la idea de la “universidad militante” era la que se debía perseguir, en el sentido que la universidad y su transformación no significaría nada sin la toma necesaria del poder del Estado como medio real de provocar la revolución, por lo que su postura era una universidad entregada a la lucha abierta y directa en contra del Estado, acorde a la visión de revolución socialista que proponían frente al proyecto de la Unidad Popular. En palabras de Rojas: “Este sector, en rigor, nunca llegó a tener una propuesta de universidad reformada. La universidad debía ser “una cantera de cuadros para la revolución socialista” (cdt en Brodsky 127). La Democracia Cristiana también en competencia, mantuvo la postura de la “comunidad universitaria”, en el sentido de una reestructuración y reorganización de la universidad, que le entregase más posibilidades de construir una comunidad a través de la eliminación o disminución de la impersonalidad

con que se vivía al interior de las facultades y departamentos, así como también la eliminación de la burocracia que ahogaba a la Universidad de Chile, una mejor utilización de sus recursos y una modernización general de la universidad con aspectos como la mayor investigación, interdisciplinariedad y diálogo entre las disciplinas, flexibilidad curricular, y una reorganización geográfica de la misma. La propuesta de la DC, mucho menos revolucionaria y más reformista respecto de las dos posturas anteriores, se entiende dentro de los lineamientos originales que habían configurado las demandas estudiantiles del movimiento reformista de la PUC, respecto de una renovación de la Universidad en sí misma y frente a las necesidades también inmediatas de ellas como institución, pero dicha opción quedó relegada frente a las propuestas más militantes de las primeras, sobre todo una vez que la UP llegó al poder y que la DC se transformó en la oposición frente al gobierno de Allende. Aun cuando el rector que resultó ganador en las primeras elecciones dentro de la Universidad de Chile, el profesor de la Facultad de Economía Edgardo Boheninger, fuese militante DC y también mantuviese una actitud más menos amigable con la reforma y sus demandas en términos generales, no logró desarrollar grandes transformaciones dentro de la institución, sino que estas se desarrollaron principalmente e nivel local dentro de las facultades e Institutos, en los cuales algunos tuvieron avances significativos en los términos en que se proponía la reforma de manera general como la Facultad de Medicina, y en otros logros menores como en el Instituto Pedagógico, donde la actividad y disputa política tendió a desbordar y a dejar en un segundo plano los proyectos de transformación académicos.

Cabe decir que si bien el gremialismo y los sectores de derecha también tuvieron una influencia y cierto poder dentro de la Universidad de Chile nunca lograron, al menos en el periodo, constituirse como un bloque significativo que les permitiese ganar el poder de la FECH, no obstante si se mantuvieron como un bloque contrario a las transformaciones y por sobre todo como un bastión de lucha directa que entraba a las discusiones entre las tendencias, las cuales muchas veces terminaban a puñetazo limpio.

A partir de la tensa y compleja situación en que la reforma se llevó a cabo en la Universidad de Chile, las condiciones que comenzaron a darse a partir de ella y que se profundizaron durante la Unidad Popular provocaron un clima estudiantil y académico difícil, pues la tensión y la disputa política, acompañada de la intensa polarización, terminaron por

transformar los espacios en escenarios de conflicto abierto, y que al poco tiempo serían similares en cada una de las realidades universitarias a lo largo del país. Humberto Giannini recuerda al respecto:

Yo no tenía claro hasta dónde iba la UP, si iba a resultar todo esto. Yo era bastante crítico. No era posible entenderse. No había ni siquiera unidad en cuanto a los propósitos inmediatos de las propias fuerzas políticas. Yo viví en un lugar bastante conflictivo: la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. Todos contra todos. Los socialistas no se miraban con los comunistas. Estaba Rivano y otra gente, enemigos encarnizados de los comunistas. Había una persecución al Partido Comunista dentro de la misma Unidad Popular. Entonces uno miraba, yo miraba con un poco de terror esta imposibilidad de entenderse”. (74)

Asimismo, recuerda Alejandro Rojas la tensa situación que se vivía dentro del estudiantado:

¿Qué decir de la práctica masiva, permanente y extendida a todas las universidades, de no dejar hablar a fuerzas políticas minoritarias? En la Universidad Católica, los estudiantes derechistas “cazaban” a los comunistas y miristas. En el Instituto Pedagógico, los comunistas “cazaban” a los derechistas, a los miristas y a los anarquistas. En la Universidad de Concepción, los miristas “cazaban” comunistas, demócratacristianos y derechistas. En otras universidades, los demócratas cristianos “cazaban” a los izquierdistas. ¿Qué tenía que ver esto con democracia universitaria? No demasiado y a pesar que esto no era la tónica todos de todos los días, dañó suficientemente el ambiente universitario para que después del Golpe los militares terminaran por cazar, expulsar, torturar y encarcelar a miles de estudiantes, académicos y trabajadores no-académicos... (cdt en Bordsky 145)

Lo anterior provocó que muchos profesores se fueran de las universidades debido a la compleja situación, como el mismo Giannini, quien prefirió irse a la Facultad de Medicina cuando en el Instituto Pedagógico ya no se podían hacer clases, al igual que Ricardo Krebs, quien fue uno de las víctimas de los llamados “juicios populares”, donde los estudiantes, generalmente de izquierda, amonestaban a los profesores que eran considerados “fachos”:

Fue un año perdido para la vida universitaria y para muchos jóvenes. En medio de todo este desorden, me tocó vivir una experiencia especialmente dura. Un día el Centro de Alumnos del Departamento de Historia del Instituto Pedagógico citó a los profesores y se nos hizo un juicio. Había un acusador que formulaba cargos a determinados docentes. Como resultado de este juicio, todos los profesores marxistas quedaron absueltos y se elogió su comportamiento. Todos los profesores no marxistas, en cambio, fuimos condenados como malos docentes.

En la Universidad de Chile. Fue la experiencia más amarga, porque siempre he podido mantener buenas relaciones con los alumnos, y en general los estudiantes me han tenido cierto cariño y aprecio. A raíz de estas experiencias amargas llegué a la conclusión de que en la Universidad de Chile ya no había posibilidad de trabajar. Como lo único que sé hacer y que he aprendido a hacer en mi vida es enseñar historia y dedicarme a ella, me retiré.

Por otra parte, también tengo un recuerdo amargo de la primera clase que hice en el Instituto de Historia de esta Universidad, la Universidad Católica, después del triunfo de Allende. Inicié la clase diciendo que se había producido un acontecimiento decisivo en la historia de Chile y que recaía una enorme responsabilidad sobre quienes habían apoyado a Allende, porque se iniciaba realmente una etapa nueva en este país. Se paró un alumno y dijo “usted tiene toda la razón, los cambios que se inician a partir de ahora van a ser revolucionarios. Por el momento, nosotros, los alumnos revolucionarios lo vamos a admitir en la Universidad, pero llegará el día en que usted tendrá que salir”. (Cruz 58)

Pero el drama no solamente era desde la izquierda para la derecha, sino que dependía de quien dominase el escenario universitario del que hablamos, pues al igual que Krebs, otros docentes, al igual que estudiantes, dentro de la UC, dominada por el gremialismo, también hubo docentes y estudiantes acosados y denunciados por su filiación marxista (y en ocasiones incluso religioso), lo que termina por componer un estado convulsionado general que marcó la época previa al golpe militar.

Bajo estas condiciones, las universidades no estaban en su mejor momento para enfrentar una tormenta como la que vendría después de aquel 11 de septiembre de 1973, al contrario, se encontraban debilitadas, divididas entre sus docentes y estudiantes, incluso a nivel de sus

facultades. En casos como la Universidad de Chile, mientras el Instituto Pedagógico mantuvo, por mayoría, una postura cercana y amiga con el gobierno de Salvador Allende, tenía su contraparte directa en la Facultad de Derecho, la cual, dominada por la DC y también con un sector de derecha, constituían un bastión de la oposición contra el gobierno y asimismo dentro de la universidad. Frente a ello, las identidades en diálogo y en oposición también se transformaron en identidades en conflicto, entre una universidad que ya no era reformista, sino que militante o contrarreformista, frente a una universidad tradicional que se sentía atropellada e impedida por las condiciones y el contexto en que se desarrollaban los tensos tres años dentro de sus campus. Frente a la tormenta, su división y combate les pasaría la cuenta, no logrando sobrevivir del todo bien paradas ninguna de las dos.

Capítulo III

La universidad golpeada

El golpe militar sorprendió a muchos aquella mañana del martes 11 de septiembre de 1973, pues si bien se sabía y manejaba la posibilidad —como una crónica de una muerte anunciada que estaba por venir para el gobierno de la Unidad Popular— la persistencia del imaginario sobre un Chile excepcional sin dictaduras largas ni inestabilidades políticas significativas en comparación con los países latinoamericanos y vecinos inmediatos del Cono Sur, ayudó a consolidar entre un grueso de la población chilena un ideal democrático intachable, que debía de mantenerse aún a pesar de las complejas divisiones existentes al interior de la realidad nacional. Si se resolvía el conflicto en el corto plazo, este debía ser por vía democrática, noción que compartía el presidente Salvador Allende, quien buscando alternativas dentro de dicha mentalidad ese mismo día anunciaría en la UTE —que se prestaba a inaugurar su exposición “Por la vida siempre, contra el fascismo y la guerra civil”, como llamado a la sociedad ante los rumores circulantes— la realización de un plebiscito que definiría su continuidad en el gobierno²¹. Ese día, y como muchos otros durante los 60 y 70 la universidad era un escenario principal desde donde se desarrollarían los hechos.

Junto a la UTE, el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y asimismo la Universidad Católica, también abrieron sus puertas como todas las mañanas, recibiendo a los funcionarios, académicos y estudiantes para iniciar la jornada académica, pues, hasta el minuto el ambiente era de total normalidad y solamente sería quebrado una vez que fueron conocidas las noticias del alzamiento de la marina en Valparaíso, y el inminente golpe contra la Moneda. A partir de ahí, y en palabras de Os-

21 Autores como Joaquín Fernandois en su libro sobre la Unidad Popular, ha puesto en duda que Allende fuese a anunciar dicho plebiscito en la Universidad, no obstante, casi por generalidad dentro de la literatura y asimismo según cuentan los muchos testimonios respecto de ese día, se ha instalado y reafirmado de manera constante que se iba a realizar dicha declaración.

car Hanh: “Una suerte de apocalipsis se ha desatado sobre Chile, sin la grandeza del Nuevo Testamento, pero con todo su horror” (163).

Y no deja de ser significativo el concepto apocalipsis para referirnos al golpe militar desde las memorias que se han construido al respecto, como momento de fin total y absoluto, un quiebre o cierre de un proceso. Una sensación de ruptura con el pasado dentro del instante presente que divide dos espacios temporales extremadamente diferentes entre sí de una misma línea temporal, nada de lo que había sido volvió a ser, y lo que comenzó a ser no tenía nada de lo que había sido.

Dentro de las universidades el golpe de Estado se vivió en directo. Al poco tiempo que fue rodeada el Palacio de La Moneda, también se apostaron militares alrededor de los campus, principalmente de aquellos que representaban un problema para los golpistas por su vinculación con la izquierda, como algunas facultades de la Universidad de Chile, entre las que el Instituto Pedagógico era uno de los objetivos principales, y la Universidad Técnica del Estado. Para el caso de la PUC, dominada por el gremialismo y al conscientes de la posibilidad de un golpe contra Allende, la vigilancia —si es que hubo— fue poca, incluso desapercibida dentro de un espacio urbano controlado por militares en cada esquina. Fueron pocos los estudiantes que llegaron a sus diferentes campus, los cuales en general no eran más que despistados buscando clases a quienes los guardias enviaron a sus casas a ver las noticias. Prontamente conocidas las noticias la Universidad Católica cerró sus puertas, y sólo los directivos se mantuvieron reunidos para esperar las noticias que vendrían.

En el Pedagógico y en la UTE las cosas fueron bastante diferentes. Atendiendo al llamado dado algunas semanas antes por los partidos y movimientos de izquierda en favor de Allende, donde ante cualquier posible golpe de Estado se debía concurrir a las fábricas, poblaciones o casas de estudio, desde donde se organizaría la defensa del gobierno popular²², aquella mañana, recién sabidos los movimientos de tropas en Valparaíso, los estudiantes, funcionarios y académicos comenzaron a llegar a los campus, conscientes de lo que ocurría y dispuestos a parapetarse en las universidades para resistir el embiste por parte de los sublevados. Las esperanzas estaban puestas en Allende y su capacidad política, en la fidelidad de los militares y en las fuerzas de la resistencia revolucionaria,

22 El discurso revolucionario ensalzado por la izquierda y aprovechado ampliamente por la derecha, suponía la existencia de armas dentro de los partidos y movimientos cercanos a la UP ya fuese para impulsar la revolución armada o defenderse ante las amenazas de cualquier tipo de intervención. Finalmente, el día del golpe de Estado quedó demostrada la fantasía construida y la debilidad de la izquierda frente al monopolio de la fuerza de las FF. AA., quienes, de todas formas, aprovecharon el discurso para fundamentar la violencia con que actuaron.

un golpe de Estado no pasaría, y el proyecto seguiría por democracia en pie hasta 1976 al menos. En varios sentidos se puede afirmar incluso que las identidades construidas hasta antes del golpe empujaron a los estudiantes y profesores a concurrir a sus centros de estudio esa mañana de día martes. Tanto era el vínculo que no prefirieron quedarse en sus hogares o en cualquier otro lugar, sino que fueron al espacio al que sentían que pertenecían, sintieron incluso en muchos casos que debían ir a defender la universidad, a resistir e incluso a contratar de ser necesario, como universitarios, parte de una institución.

María Eugenia Horvitz, directora del Departamento de Historia en el Instituto Pedagógico, comunista, y comprometida con el gobierno de la UP, fue una de las que asistió a las dependencias de la Facultad, donde se encontró con los profesores, Fernando Ortiz Letelier, Graciela Uribe y el decano de la Facultad de Filosofía y Educación, Hernán Ramírez Necochea. Desde ahí escuchaban las noticias sobre lo que ocurría en Valparaíso y principalmente en La Moneda, donde el entonces esposo de la directora, miembro del GAP²³, acompañaba al presidente en su puesto. Al mismo tiempo en la UTE se recibían las noticias entre el contingente de personas que se encontraban en sus dependencias, encabezados por Enrique Kirberg, rector de la Universidad, quien mantenía al tanto a la comunidad universitaria de las noticias que llegaban desde La Moneda y la PDI con quienes se había comunicado por un atentado contra la antena de la radio de la universidad, una advertencia de lo que se estaba produciendo ese día. Por todo el campus había estudiantes y profesores, quienes compartían la tensión del golpe que se avecinaba y cuyo principal escenario estaba a unas cuantas cuadras de Estación Central. Una vez iniciado el movimiento de tropas que encerraron rápidamente al palacio presidencial, tanquetas, metralletas y soldados rodearon al Instituto Pedagógico y a la UTE, que vivirían localmente sus propios golpes de estado.

Lo que siguió es fundamental para entender lo que ocurrió con las identidades, las memorias y de luchas de memorias en las universidades dentro de la dictadura militar, pues es el instante mismo en que comienzan a construirse los discursos de memorias que posteriormente servirán para mantener viva la identidad de la universidad hasta 1973. Pues la intervención militar implicó un nuevo conflicto en la identidad de las instituciones universitarias chilenas, no solamente a través del uso de la fuerza y el proceso de reestructuración al que se verá sometida, sino

²³ Grupo de Amigos Personales del presidente Allende.

considerando también la instalación de un nuevo imaginario de lo que estas debían ser dentro de las lógicas que la dictadura pretendía para la sociedad chilena, que chocó inmediatamente con las identidades pre-existentes dentro de las universidades. Es decir, el golpe es el inicio de una visión de universidad de parte de la dictadura, que entiende que debe intervenirlas, limpiarlas y devolverlas a sus cauces naturales, según su visión sobre dichas instituciones. Es frente a dicha intervención e instalación de nuevas lógicas que las memorias que surgieron desde quienes sufrieron dichas intervenciones se transformó en lo inmediato en un combate contra la nueva lógica, aún a pesar de las diferencias que se comenzaron a desarrollar ese mismo día dentro de cada institución frente al golpe.

Los sentimientos que marcan a las memorias resistentes que se construyen frente al golpe de Estado son en general el de muerte y de despojo de un ser y sentir como universidad, el desarraigo de un espacio, y el término de formas de convivencia y sociabilidad propias de las instituciones llamadas universidades. Junto a ello también predomina una visión decadentista sobre el tránsito de las universidades en dictadura, pues claramente, y sin ningún tipo de duda, las transformaciones sufridas por las diferentes instituciones no ayudaron a su consolidación, crecimiento y empoderamiento, sino muy por el contrario, las debilitaron al introducir en ellas lógicas de desfinanciamiento, endeudamiento, competencia, represión, exoneración y censura que la acompañarán hasta entrada a la década de los 90 e incluso hasta hoy. Pero sobre ello ahondaremos más adelante, por el momento nos compete el quiebre y el horror de un largo 11 de septiembre.

En el Pedagógico, frente al golpe, de la resistencia se pasó a la preocupación y el temor, pues al poco rato era evidente que no tenían capacidad de resistir en ninguna medida el embiste de los soldados y tanquetas que rodeaban la Universidad. María Eugenia Horvitz recuerda que incluso por algún breve momento desde dentro de la facultad se pensó en responder, con lo que se dirigieron al Departamento de Química a fin de encontrar algo que poder usar como armas, opción que fue rápidamente desechada ya que las molotov no serían absolutamente nada contra la lluvia de balas y cohetes que los militares estaban dispuestos a lanzar a la primera señal. Soledad Bianchi, ayudante del Departamento de Castellano, también refleja ese temor dentro del campus, consciente de que cualquier tipo de provocación hacia los militares podía desembocar en un ataque: “Empezó el susto de que los cabros le gritaran a los milicos y

nos dispararan. Era el caos... Muchas cosas se me han borrado... hasta que empezamos a ver los aviones que bombardearon La Moneda...". Ya con eso la suerte estaba echada, no cabía más que, por seguridad y lógica, parlamentar frente al pelotón, misión que tomó la misma profesora Horvitz, quien junto a los profesores y directivos dentro del campus tuvieron que conversar con el teniente a cargo a fin de negociar una posible tregua que salvase las vidas de los ocupantes:

Cuando vimos que empezaban a poner ametralladoras en los edificios colindantes, nos reunimos y decidimos evacuar el Pedagógico para evitar una masacre... Como los jardines son muy abiertos, constituían un alto riesgo. Así es que hicimos un trato y salimos por la puerta de lo que era la Escuela de Periodismo que daba a Juan Gómez Millas, la pequeña calle que lleva el nombre del exrector; esta sale a Doctor Johow, la que lleva a Plaza Ñuñoa. (cdt en Mönckeberg 67)

Los relatos señalados anteriormente dan cuenta del cómo sucedieron los hechos dentro del Instituto Pedagógico, marcados por el temor como sentir general frente a lo que se desarrolló, pero también por un claro sentimiento de decepción e impotencia, pues esa mañana igualmente se hizo manifiesta la nula resistencia con que contaba la izquierda, la ineficacia del llamado de los partidos, o peor aún el hecho de que sólo había contribuido a exponer a la población frente al golpe y sus dinámicas. El Instituto Pedagógico había sido entregado a los militares, porque en realidad no quedaba nada más que hacer sino inmolarse, lo cual tampoco habría cambiado en nada su destino. Las pancartas, documentos y demás elementos vinculantes con la izquierda y los movimientos dentro de la facultad fueron quemados ahí mismo, y las personas que se encontraban en su interior se fueron a sus casas a esconderse o a prepararse para escapar a un largo exilio en el mejor de los casos. El escritor Roberto Ampuero justamente es uno de los que recuerda con decepción el 11 de septiembre en el Pedagógico:

El 11 de septiembre salí de Luis Carrera y en la radio escuché: 'Llueve en Santiago intensamente', pero había un sol tremendo afuera. Eso era una señal, empieza el rumor de que hay un golpe de Estado en marcha. Como buen joven comunista, me fui al Pedagógico, porque había que estar en el lugar de estudio, en el lugar de trabajo. Recuerdo que detrás del edificio del centro de alumnos, que era controlado en ese momento por

la 'Jota', había una gran fogata y entonces estaban mis camaradas quemando archivos del partido, y me piden el carnet para quemarlo. Eran las 11 de la mañana. La cosa se fue poniendo seria, aparecieron los primeros soldados como tomando posiciones. No había ningún dirigente importante. Los que estábamos ahí éramos todos tropa, infantería. Eso es lo que guardo como una gran lección para toda mi vida. En el momento de los 'qui'hubo', los líderes desaparecen²⁴.

A las pocas horas de permitido el desalojo de la Universidad y en conjunto con el bombardeo y posterior toma de La Moneda, los militares ingresaron a la facultad, encontrando en ella a los pocos estudiantes que seguían dispuestos a permanecer y resistir el embate, los cuales fueron detenidos y colocados en el asfalto de Avenida Macul desde donde serían trasladados a los recién inaugurados centros de detención y tortura.

El relato del golpe en el Pedagógico llega hasta ahí, las memorias al respecto no ahondan más allá, se destaca —o recuerda mejor dicho— la labor de los directivos que se hicieron cargo de la seguridad de las personas que estaban en el campus como el caso de Fernando Ortiz, quien a los pocos días sería detenido y finalmente asesinado por la dictadura, y por supuesto de aquellos que cayeron de inmediato bajo las balas de los militares o que fueron detenidos para nunca volver, incluyendo en ellos a estudiantes secundarios provenientes del Liceo Manuel de Salas ubicado en la cercanías del Instituto. Las que quedan como memorias son aquellas memorias trágicas, marcadas por el desconcierto y la impotencia, de un día fatídico para el país y por supuesto para la Universidad. Nada después de ese momento volvería a ser como antes y el Instituto Pedagógico comenzaría su espiral de agónica decadencia marcado permanentemente por el melancólico recuerdo de lo que fue y perdió, mientras los militares hacían y deshacían con la Universidad.

Pero en otro lado y en otras condiciones, se desarrollaba el relato del golpe en la UTE, donde el inicio del golpe a La Moneda no fue más que el llamado a resistir, a permanecer en el lugar donde se debía estar en espera de lo que claramente era un destino fatal con fuerzas militares también apostadas fuera de la Universidad, pero con la convicción de que se hacía lo correcto y que no se debía dar pie atrás frente al golpe fascista, discurso que se repetía desde el rector hasta los estudiantes. Iris Aceitón Venegas, estudiante de Castellano de la UTE, recuerda en sus memorias

²⁴ En <http://www.capital.cl/poder/2013/09/11/070937-historias-de-golpe>

las palabras del rector Kirberg quien desde su oficina había tomado las riendas de una universidad fiel a Allende y a la Unidad Popular:

Se alzaron las fuerzas armadas contra el gobierno democráticamente elegido por la mayoría de los chilenos. Pronto hablará el compañero Presidente Salvador Allende. La orden del día es: Todo el que quiera retirarse del recinto universitario debe hacerlo ahora mismo. Nosotros como Universidad aquí nos quedaremos, esta es nuestra casa de estudios, nuestro lugar de trabajo. El Presidente nos escogió a nosotros para desde nuestra Universidad anunciar a Chile la realización de un plebiscito. En esta consulta el presidente preguntaría a todo el país si su gobierno era respaldado hasta terminar su mandato, de lo contrario adelantaría las elecciones como lo manda la constitución. La derecha golpista sabe que ese plebiscito lo pierde. La fuerza una vez más quiere imponerse sobre la razón. Esta es nuestra manera de decirle: Presidente Allende, estamos con usted y lo apoyaremos hasta siempre. (Aceitón 28)

Para Aceitón, las palabras de Kirberg eran un aliciente para mantenerse en pie dentro de la universidad, llamado al que los estudiantes atendieron en su mayoría, a pesar de lo peligroso del instante. En palabras de Aceitón:

Coreamos a todo pulmón el grito de guerra de los estudiantes de la UTE, como nunca sentimos el orgullo de pertenecer a esta comprometida universidad, precursora de la reforma, enquistada en el corazón de un barrio popular y obrero. Sentimos ahora más que nunca el compromiso con las clases más oprimidas de la patria. (29)

Lo anterior resulta sumamente significativo en varios sentidos, pues la UTE y su identidad son un elemento muy presente el 11 de septiembre, que define los marcos desde donde se lucha y desde donde se resistirá, reflejadas en las palabras de Aceitón: “como nunca sentimos el orgullo; sentimos más que nunca”. El hecho de estar en la UTE, con la UTE y ser parte de la UTE, demostraba los grados de pertenencia para con la Universidad, lo que considerando el tardío proceso de construcción de una identidad universitaria por parte de la UTE, es justamente a través del golpe de Estado donde queda de manifiesto el proceso de consolidación de un proyecto de universidad —Aceitón es enfática en el éxito y proyección del proceso de reforma en su interior—, un com-

promiso y una dinámica que impulsa a mantenerse en su interior para resistir, discurso por lo demás presente en todos los miembros que formaban parte de la institución, desde el rector, los directivos, académicos, estudiantes y funcionarios. Estas características y grados de pertenencia con la identidad de la Universidad, provocarán que el relato del golpe de Estado pase de lo que podría haber sido una historia trágica, marcada por la impotencia y decepción como en el Pedagógico, a una memoria caracterizada por la dignidad, por la lucha comprometida y por la resistencia indiscutida como parte de un momento heroico que se vive en la UTE, en que los actores se transforman en figuras heroicas dentro de un relato igualmente heroico que permitirá, en parte, que a través de la construcción de la memoria sobre el golpe y con esas características, la identidad de la UTE se mantenga firme frente a la intervención militar y conllevando a una Universidad de Santiago que mantiene bases y características políticas claras aún a pesar de las potentes transformaciones que sufrirá desde lo institucional.

A las noticias del bombardeo al palacio de gobierno, la muerte de Allende y la toma del poder por los militares, la ocupación de la UTE no cesa. Ante el gran número de personas en su interior (se habla de mil o más) se hizo necesaria la organización en bloques que ocupasen espacios definidos dentro del extenso campus, sobre todo considerando la defensa de los miembros de la universidad una vez que los militares se apostaron fuera de la institución. Los lugares escogidos fueron el edificio de rectoría desde donde Kirberg y otros miembros directivos se mantendrían en su lugar, comunicándose a la espera de noticias respecto de lo que sucedía afuera y que prontamente tendría que ser desalojado con el bombardeo en su contra que destruyó casi la totalidad de las ventanas que caracterizaban su diseño. Pero el núcleo fundamental en que se desarrolló la resistencia fue en el edificio de la EAO, donde la mayor parte del estudiantado se resguardó, ocupando sus casinos y demás salones. Jaime Coloma recuerda al respecto que el uso del edificio fue por un tema principalmente de resistencia, dadas sus características arquitectónicas que claramente lo transformaban en un lugar más seguro que las construcciones más modernas, pero también existe en su relato un estrecho vínculo de memoria con dicho lugar (35). Si es que la UTE iba a resistir debía de hacerlo desde las bases mismas de su identidad, desde la Escuela de Artes y Oficios.

Por ello también dentro del relato de la UTE toman mucha significación igualmente los espacios que le brindan identidad a la Universi-

dad. Sus pastos, sus talleres, edificios e hitos son nombrados permanentemente como escenarios de lucha y resistencia, e incluso parte de su historia que ese día también está presente en el relato de Coloma sobre los hechos, como es el caso del busto de Manuel Bulnes²⁵, fundador de la EAO, que se encuentra en la antigua entrada a la Escuela, y que los militares prefirieron evitar en su ingreso —aun cuando es la vía más directa a la EAO— por la vergüenza de que el general viese lo que estaban haciendo (Coloma 44).

Junto a los espacios, están los actores que se transforman en héroes durante la jornada, y que quedan como monumentos dentro de la memoria identitaria de la UTE, como los casos de Víctor Jara, quizás el más reconocido por ser un ícono más allá de lo propiamente universitario, como una de las principales figuras de la música popular chilena y víctima de la dictadura. Víctor Jara estaba dentro de la UTE donde su figura no pasaba desapercibida, pues era un ídolo de la izquierda y de la universidad comprometida, en la cual hacía clases como profesor regular. Cantó sus canciones para amenizar el ambiente y disminuir la tensión, se reunió con las autoridades, compartió con todos, y al igual que los demás fue detenido a la mañana del día 12 de septiembre, trasladado al Estadio Chile, cruelmente torturado y finalmente asesinado por los militares golpistas. Sobre él, su obra, sus ideas, su historia y las condiciones en que es detenido, trasladado, torturado y asesinado hay demasiado escrito, producido y publicado, incluso existe un documental extenso que aborda su pasión identificando a sus asesinos, donde la UTE aparece, pero fundamentalmente como escenario para una gran figura. Si nos dedicásemos a abordar el material que habla sobre Víctor Jara nos daría para escribir una obra mayor que la que presentamos, y en varios tomos, pero perderíamos el rumbo del tema fundamental, pues si bien Víctor Jara es un ícono de la UTE y su resistencia, su monumentalización ha sido tan extensa que en varias ocasiones tiende a opacar otros nombres y otras figuras de igual importancia que él, lo cual se hace patente en el actual Estadio Víctor Jara, donde de todos los miembros de la UTE que son trasladados y también asesinados por el régimen, solamente se recuerda con un sillín rojo en medio de las graderías donde estuvo sentado Víctor Jara, los demás quedan como nombres de una lista fuera de esa memoria.

Por ello nos dedicaremos en esencia a aquellos héroes monumentalizados desde la universidad y estrechamente vinculados con la memoria de la UTE, como son Enrique Kirberg, Osiel Nuñez, Gregorio Mímica

²⁵ Presidente de Chile durante el decenio correspondiente desde 1940-1950.

o Hugo Araya, quienes por su entrega, compromiso o muerte pasan a formar parte de los nombres heroicos más individuales²⁶.

Para el caso de Kirberg, desde antes del golpe era un ícono ineludible dentro de la Universidad Técnica, pues no sólo había contribuido al paso de la EAO y la EII al grado de universidad, sino que su rol dentro de la reforma terminaría por transformarlo en el primer rector elegido democráticamente con participación estudiantil. Además de ello, el hecho de militar en el Partido Comunista lo volvió una figura aún más atractiva como rector²⁷, *ad hoc* con los marcos identitarios que la UTE buscaba, pues una institución con esos grados de politización y compromiso con los proyectos revolucionarios de la izquierda chilena, tenía en Kirberg un potenciador poderoso y comprometido. Jaime Coloma, profesor en la UTE y miembro del Consejo Superior, ensalza justamente ese aspecto dentro de la figura de Kirberg conforme: “(...) catedrático de fuste y ahora conductor de la única Universidad dirigida por un intelectual comunista elegido por su comunidad. No sé si alguna vez Kirberg se hizo esa pregunta, ser el único Rector que podría catalogarse de revolucionario en América” (Coloma 16). El hecho de que Kirberg se mantuviera en la universidad firmemente y que se transformase en la cabeza de la resistencia, lo monumentalizó y sacralizó como ícono de la UTE, transformándose en el patrono de la institución y el único gran rector para el estudiantado, sentimiento que se hace patente en las palabras que Acci-tón le dedica en sus memorias:

Alguien lo dijo hace algún tiempo: ¡Qué acertada metáfora para describir en pocas palabras todos los sentimientos que abrigamos hacia usted los que tuvimos la suerte de conocerlo! “Somos los hijos de Kirberg”. No podíamos haber elegido un padre más ejemplar. Usted fue el rector más cercano que pudimos tener. El primer rector elegido democráticamente por los profesores y estudiantes (...) Don Enrique Kirberg estuvo con nosotros ese aciago día que enlutó para siempre a nuestra querida casa de estudio y al país entero. El barco se hundió con su capitán al frente,

26 Decimos particulares pues también en el relato aparecen héroes colectivos, como los profesores, funcionarios y estudiantes al interior de la UTE, que son tratados como un sujeto, que evidentemente resiste y combate.

27 Lo cual era extraño dentro de un panorama donde primaban los rectores cercanos o militantes con la DC, como sujetos no revolucionarios pero que, si podían potenciar un cambio más gradual como los casos de Edgardo Boheninger en la Universidad de Chile o de Fernando Castillo en la Pontificia Universidad Católica.

dando la cara, con su pecho henchido de orgullo, respondiendo por cada uno de nosotros. (115)

La importancia de Kirberg para la memoria de la UTE es fundamental, fue un referente para comparar los rectorados de la dictadura y del regreso a la democracia como ícono de compromiso con la universidad (que evidentemente nadie llegaba ni a sus talones para quienes lo recordaban). Su figura se enaltecó como ideólogo, constructor y defensor de la UTE, al mismo nivel de Víctor Jara, y de hecho ambos actualmente aparecen en el mural que ocupa el foro griego de la Facultad de Humanidades con el mensaje: “con Víctor y Kirberg la UTE vive”. Su detención dentro de la UTE fue sentida como un atropello a su imagen, una falta de respeto en las memorias tanto de Aceitón y Coloma, así como de otros tantos que conocieron al icónico rector, quien finalmente luego de una serie de traslados entre centros de detención y tortura que termino en Isla Dawson, partió al exilio, del cual volvería poco tiempo antes de acabar la dictadura.

Un caso similar es el de Osiel Núñez, presidente de la FEUT en 1973, quien frente al ingreso de los militares toma sobre sí la responsabilidad de evitar una masacre, intentando parlamentar con los soldados y sufriendo por ello, en lo inmediato, los vejámenes y torturas al declarar que es el representante de los estudiantes. Aceitón da cuenta de las prácticas a las que lo someten: se le golpea violenta y reiteradamente, se le insulta y se le aplican simulacros de fusilamiento ahí mismo y frente a los estudiantes que alcanzaban a verlo desde el edificio de la EAO. Pero Núñez se mantiene firme, estaba completamente comprometido con evitar que sus compañeros pasasen por las armas de los militares. Insistió en que los miembros de la EAO no tienen armas, que hay muchas mujeres, que no se justificaba un ataque en contra de ellos como pretendía el militar que comandaba el asalto que se enervaba con cada segundo que los estudiantes permanecían en el edificio. Aceitón recuerda su figura heroica frente al militar, insistiendo en una salida segura, “con el aplomo de un verdadero dirigente”: “¡No salen porque tienen miedo, están desarmados. Permita que yo les hable, estoy seguro de que me escucharán, déjeme hablarles!”, le imploró al soldado, quien finalmente permitiría que Núñez interviniese: “¡Soy Osiel Núñez, salgan, salgan con las manos en alto!” (Aceitón 122).

El caso de Gregorio Mimica es muy similar al de Núñez, con el mismo compromiso, la misma responsabilidad como dirigente, y su sacrificio

dentro de la UTE, con la diferencia que mientras Núñez es detenido y luego logra salir al exilio, el “Goyo” como le llamaban sus amigos y cercanos, desaparece y muere a manos de la dictadura. Su recuerdo es siempre enaltecido por dichas características, en cada uno de los relatos que ya hemos citado anteriormente, siendo recordado como un héroe y mártir, sacrificado por la UTE comprometida y sus estudiantes. En el mismo sentido está la imagen de Hugo Araya, el salvaje, fotógrafo de la Universidad quien cae víctima de algunos de los tantos balazos que dispararon los militares contra la población universitaria apostada al interior del campus, su muerte que se llora al interior de la Universidad por todos los miembros incluidas las autoridades, en un momento íntimo de quienes comparten un momento clave para la memoria de la institución.

Finalmente, en la Universidad no quedará absolutamente nadie, tanto los hombres como las mujeres son trasladados con violencia e insultos a los centros de detención, como el Estadio Chile, el lugar más cercano a la UTE, desde donde luego muchos de ellos pasan a los diferentes centros clandestinos regados por la capital, donde sólo algunos saldrían libres, y muchos permanecerían detenidos, serían desaparecidos o exiliados. El balance es claro, la Universidad Técnica del Estado es ocupada y mancillada, violentada por los militares quienes aprovechan el botín de personas para aplicar su violencia desatada, pero insistimos en el relato heroico al respecto, de una caída construida de forma extremadamente digna, donde si bien se perdían bases esenciales del imaginario universitario previo y con ello la vida de muchos miembros de la universidad, como lo dice Aceitón: “La UTE fue atacada por los esbirros golpistas, nuestra radio bombardeada, pisoteada la autonomía, la democracia, despojados hasta los más elementales derechos humanos. Fuimos prisioneros, torturados y —muchos— asesinados”. (115), continua siendo el relato de una resistencia, la única batalla dentro de las universidades.

La caída de la UTE es, desde la memoria institucional contemporánea de la USACH, una de las publicaciones más numerosas, considerando muchos libros testimoniales al respecto de entre los que pueden contarse los de Coloma, Gallardo o Aceitón, junto con un par de publicaciones también referidas a lo mismo que acaba de ser publicadas el presente año como “Hijos de la UTE”, donde justamente se valoran los aspectos más significativos del imaginario y la identidad de la UTE previa al golpe militar. Junto a ellos existe el libro memorial de la Universidad de Santiago, que contiene la nómina completa de víctimas de la dictadura pertenecientes a la UTE y la USACH, y que también tiene dentro de sí

el relato del golpe, como un documento basal desde donde se construye la memoria institucional de la Universidad de Santiago. Pero no sólo hay material publicado en papel, sino que la producción memorial sobre el hecho también se ha desarrollado de manera virtual y audiovisual, con múltiples páginas webs dedicadas al recuerdo de la UTE y el golpe, un par de reportajes y documentales, tanto en prensa como en televisión; una obra de teatro llamada “EAO Ocupación” y un cortometraje disponible en Youtube de nombre *Aseo General*²⁸.

Un caso bastante diferente del Instituto Pedagógico (hoy UMCE) y la Pontificia Universidad Católica, pues en el primer caso la cantidad de publicaciones o mejor dicho relatos de la memoria de ese día, está extremadamente limitada a un par de testimonios que se han repetido en diferentes instancias como el conocido caso de la profesora María Eugenia Horvitz, pues los demás relatos son limitados y, como señalamos, no demasiado minuciosos al respecto. De hecho, llama la atención que en nuestra búsqueda de ellos nos encontramos fundamentalmente con algunas publicaciones del 2013, cumpliéndose 40 años del golpe de Estado, o la interesante y fructífera recopilación presente en los *Anales* de la Universidad de Chile de ese mismo año, quien sacó su número especial con referencia a la conmemoración. Frente a ello cabe decir que la recopilación y rescate de esos relatos fueron producidos por la Universidad de Chile, y no por la Universidad Metropolitana que es una de las sucesoras directas del Instituto, pero para ello tenemos una explicación sobre la que ahondaremos más adelante.

El último caso, el de la Universidad Católica, no tiene mayores relatos sobre el golpe de Estado en la Universidad, de hecho, en la historia institucional escrita por Ricardo Krebs no hay siquiera mención al hecho en detalle, sino que se señala como el “quiebre” del gobierno de la UP (o intervención y pronunciamiento militar) para indicar el momento en que termina el rectorado de Fernando Castillo y comienza el de Jorge Swett bajo las nuevas disposiciones del gobierno militar, lo cual por lo demás se entiende considerando la postura política del autor bastante favorable a la dictadura y sus nuevas condiciones ya que, según se puede evidenciar en las formas en que se refiere al rectorado de Castillo Velasco y sus características, claramente venía a dar orden a una universidad hundida bajo la politización.

El único testimonio al respecto que hemos podido encontrar fue publicado como parte de un breve reportaje de la revista *Capital* en el

28 Disponible en: <https://vimeo.com/22319987>

marco de los 40 años del golpe, en que Jorge Awad, en ese entonces vicerrector económico de la Universidad Católica, cuenta lo que sucedió en la Casa Central, señalando que desde temprano, conocidas las noticias sobre un alzamiento en proceso, se reunieron los directivos con el rector subrogante Alfredo Etcheverry en espera de las noticias de lo que estaba por suceder:

Antes de ese día había un cúmulo de rumores a diario, pero no era otra cosa. Cuando llamaron, pensé ‘han estallado los problemas que se venían conversando’, pero no creí que iba a ser de tal magnitud. Llegamos a la universidad y empezamos a oír los efectos de los ataques a La Moneda. Había francotiradores en la Alameda, en lo que eran los edificios San Borja, por donde vivía el director de investigaciones, Coco Paredes, a quien le estaban allanando su casa.

Escuchábamos los bandos en las radios y el ruido de los tiroteos. Fue una jornada muy incierta, porque, además, hubo gente que pertenecía a la universidad que ya no pudo llegar, y después no sabíamos dónde estaban.

Ese día dejamos la universidad con el primer toque de queda, a las 4 de la tarde, pero nos fuimos con una incertidumbre absoluta de lo que iba a pasar. (Awad)

A partir del testimonio de Awad, se vislumbra que el 11 de septiembre sí pasaron cosas en la Universidad Católica, o al menos existía la preocupación entre sus autoridades de que efectivamente estaba sucediendo un hecho gravísimo y que, evidentemente, iba a afectar a las universidades, pero entonces, ¿por qué no recoger esa memoria? Si hablamos de construcción de identidades, el no tener o no hacer memoria también en una opción válida dentro del juego, según el proyecto de universidad que se busca consolidar. En el caso de la PUC, no hay publicaciones respecto de los hechos ocurridos a nivel institucional²⁹, ni antes (sobre la reforma), durante, o después (dictadura) del golpe militar. Las únicas ocasiones en que se recuerda son absolutamente contingentes, como en el caso de los 40 años del golpe, aunque se debe explicitar que últimamente, desde hace

²⁹ Existen algunas publicaciones, que siguen siendo muy escasas, de algunos autores que hablan de lo ocurrido en la Universidad Católica, donde se pueden incluir las publicaciones por parte del Colectivo de Memoria de la PUC, fundando no hace mucho y desde el interés de sus propios estudiantes frente a los velos de olvido que priman dentro de esta universidad.

un par de años, la Universidad Católica se ha atrevido más directamente a recordar y a pensar sobre su historia durante la dictadura.

Con lo anterior nos queda claro de que sea como sea, el golpe tiene una importancia fundamental dentro de la construcción de memorias e identidades, que se expresa de forma desigual según la institución a la que hemos referido. En este sentido es que Dominik Lacapra habla de lo traumático y la elaboración del trauma, que puede perfectamente ser aplicado al golpe conforme:

La elaboración [del trauma] contrarresta la tendencia a sacralizar el trauma o convertirlo en un acontecimiento fundante o sublime: un momento traumático sublime o transfigurado de percepción interna o abyección reveladora que provoca una avasallante y hasta incapacitante sensación de traición si nos apartamos de la “fidelidad” que le debemos, o al menos debemos a quienes fueron destruidos por los acontecimientos relacionados con el trauma. (169)

Aplicando la concepción de Lacapra estaríamos en presencia de tres memorias que no son capaces del todo de elaborar el trauma. Por el contrario, las formas en que definen las memorias sobre el golpe de Estado ayudaron a producir y consolidar una imagen que se repite y reproduce en los discursos y acciones que seguirán durante la dictadura militar, transformándolo en un hecho fundante que en buena parte cristaliza una dinámica de memorias e identidades inacabable hasta el día de hoy e incapaz de consolidarse del todo.

En la UTE, el trauma y el hecho traumático permitió la construcción discursiva del relato heroico, es decir, le otorgó a través de dicha concepción la condición de sublime y fundante al hecho, como instante de quiebre pero a su vez como instante de resistencia de la UTE como identidad, de modo que la fidelización que se hace respecto de dicho relato —para el caso de las memorias que hemos llamado resistentes en oposición a las impositivas de la dictadura— tiene que ver justamente con mantener un espíritu de lucha inamovible que será luego traspasado a la USACH. Por otra parte, en el caso del Pedagógico, al construir un discurso desde la decepción e impotencia se imposibilitó el avance hacia una recuperación y, quizás, la construcción de una institución levantada y recuperada, pues el sentimiento de despojo, instalado desde ese instante, se repite y reproduce como un hecho fundacional en que absolutamente todo está perdido, perplejidad que se acompañó y profundizó a través de

la política destructiva del régimen militar, que terminó por consolidar para la institución, su identidad y su imaginario, la sensación de que lo único bueno que existió y se perdió fue el Instituto Pedagógico, y que, evidentemente, no volvería jamás.

Por último, para el caso de la PUC, la negación del trauma, permite la pervivencia de una identidad que al parecer no es tocada ni amenazada por el régimen, sino que por el contrario persiste en base a dicha continuidad discursiva, que prohíbe el sentimiento de quiebre, pérdida o decepción y provoca que las memorias más críticas en tal sentido sean discursos marginales respecto de lo institucional. En buena parte es posible afirmar que en la PUC la identidad más tradicional sobrevive gracias a la dictadura y sus medidas.

De tal forma, queda claro el inicio que marca las condiciones en que se desarrollarán las luchas de memorias y de identidades dentro de lo que queda de la década del 70 y 80: la memoria constructiva de la UTE-USACH que permite que su identidad persista y se adecúe a las nuevas condiciones; la memoria reconstructiva del Instituto Pedagógico-UMCE que insiste en su sentimiento de despojo y discontinuidad que lo enfrasca en mantenerse aferrado a lo perdido; y la PUC, como la memoria continuista, pero puesta en duda durante el último tiempo.

Capítulo IV

La universidad intervenida y su resistencia

Lo que siguió al golpe de Estado en lo inmediato fue la intervención total de la sociedad por parte de la recién inaugurada dictadura militar. Todas las instituciones debieron cerrar, en espera de su reestructuración, que fundamentalmente comprendía la “limpieza” del “cáncer marxista” y la vuelta a los ideales nacionales perdidos durante la Unidad Popular que, desde el discurso ahora oficial del régimen, había empujado a la sociedad chilena a un caos social terrible y a una casi guerra civil que habría sido evitada por su heroica intervención.

Bajo la bota militar, se instalaron nuevas directrices a punta de Decretos con fuerza de Ley, donde las universidades tenían que ser intervenidas consideradas como antros de propaganda marxista y de politización insana que debían de ser devueltas al orden y a sus funciones que habían transgredido al tornarse en escenarios de la discusión y acción política. Años más tarde el mismo Augusto Pinochet declaraba que “los estudiantes van a la Universidad a estudiar, no a pensar... y si aún les quedan energías, para eso está el deporte”, manifestación más directa y clara de lo que la dictadura creía de las universidades y de la línea con que las intervinieron con el absoluto poder y control con que tenían sobre el país.

A los pocos días de realizado el golpe de Estado, la intervención se hizo efectiva dentro de las universidades, produciendo diferentes reacciones en las facultades y departamentos. Por una parte, y ante la creación de la DINA como aparato represor del régimen, muchos académicos tuvieron que salir de la universidad, ya fuese porque fueron detenidos o porque alcanzaron a escapar y partir al exilio, en lo que fue una cacería de brujas dentro de las universidades en contra de los docentes de izquierda. Otros tantos se cuadraron y dispusieron para ayudar al nuevo gobierno en lo que fuese necesario, muchos de ellos incluso —ahora con el poder y el respaldo con que los dotaba el régimen— directamente se involucra-

ron en actividades vinculadas a la identificación y acusación de colegas y estudiantes dentro de la universidad, logrando con ello alcanzar puestos que antes, estando bajo la elección de los estudiantes, les eran inaccesibles. Otros académicos se quedaron y sobrevivieron, en general por ser opositores a la Unidad Popular, pero manteniendo una postura contraria al régimen entrante, dentro de lo que permitía la seguridad propia. Ellos fueron quienes denunciaron las condiciones en que se desarrolló la transformación de la universidad chilena.

En cuanto a las autoridades de cada universidad, en general se mantuvieron expectantes frente a lo que sucedería, también muchos de ellos convencidos, como lo suponía la DC, en una suerte de gobierno provisorio que devolvería el poder a los civiles una vez calmados los ánimos y limpiada la política del radicalismo de izquierda, salvo, por supuesto, los rectores y autoridades que estaban vinculadas con el gobierno de Allende como Kirberg en la UTE, quienes ya estaban detenidos para ese entonces.

Pero en casos como Edgardo Boeninger, incluso más que expectación mantuvieron una actitud sumamente servil frente al régimen instalado, declarando abiertamente por la prensa, el apoyo y el compromiso que como ciudadanos se debía brindar a la Junta militar en su tarea de organización y pacificación del país luego del caos ideológico al que lo había sometido el gobierno de la Unidad Popular (García et al. 12). Boeninger, en general, en lo que se ha producido y publicado sobre los días posteriores al golpe, aparece señalado como un sujeto antigolpista —aunque contrario a la UP— y que hace sus mayores esfuerzos por evitar una intromisión mayor en las universidades de parte de los militares y sus lógicas, desde sus propias afirmaciones y relatos, cuyo ejemplo se puede ver en la narración que entrega en entrevista con María Olivia Mönckeberg, donde Boeninger declaró que en realidad el apoyo a una intervención y limpieza venía por parte de algunos académicos férreos opositores de la Unidad Popular en las sedes de Valparaíso de la Universidad de Chile, frente a quienes se opuso absolutamente, pues él consideraba que cualquier tipo de reestructuración debía de hacerse desde la universidad y para la universidad (Mönckeberg 72) y que en el mismo sentido es expuesto en el texto de García et al., en que sus esfuerzos enfocados a evitar la intervención sobre las universidades terminaron por llevarlo a una reunión del Consejo de Rectores que encabezaba frente a la Junta militar, donde frente a las pistolas sobre la mesa (según su propio testimonio), fue sacado de su cargo al negarse a acatar las disposiciones de los

golpistas. El gran crédito para la figura de Boeninger, es haber intentado que la reestructuración de hiciese desde ellos mismos como rectores, hecho que tanto Mönckeberg como García et al. reconocen, estos últimos llamándolo como su “último esfuerzo” (García et al. 12).

Pero la imagen de un Boeninger valiente que se opone al régimen resguardando la autonomía universitaria y respetando sus propias dinámicas —fundamentalmente académicas— es contradictoria con las afirmaciones que declaró durante todo el periodo que va desde el mismo 11 de septiembre hasta el 28 del mismo mes a través de diarios como *La Tercera* donde afirmaba:

Se trata de poner en marcha lo antes posible la universidad, para lo cual debemos reemplazar a las autoridades que de hecho hicieron abandono de sus puestos, y reemplazar a otras que deberán hacer dejación de sus cargos. Debemos terminar con el asambleísmo estéril y poner fin a los eternos e interminables debates políticos ajenos a la institución, que se habían entronizado en ella como un cáncer, producto de un esnobismo que entorpecía la labor eminentemente educacional que corresponde a una universidad (...) Estimo que debe conservarse un tipo racional de participación, para lo cual se conservarían los comités directivos básicos y los comités coordinadores provisorios. (cdt en García et al. 14)

Con lo anterior, no sólo quedaba de manifiesto la posición servil de Boeninger, sino incluso militante, pues si bien puede que no haya estado a favor de un golpe, claramente estaba de acuerdo con todas las disposiciones que vinieron después por parte de la junta: reemplazó sin ningún problema a las autoridades que dejaron sus puestos (como el caso de Ramírez Necochea, Ortíz Letelier u Horvitz) y sin ningún reparo en los motivos (injustos o infundados) por los cuales los dejaron, así como declaró sin tapujos que otros tantos deberán dejar sus puestos, sin siquiera hacerse cargo del porqué de dicha disposición. Es decir, prácticamente como rector, Boeninger no defendía a nadie y al contrario se hace cargo personal e institucionalmente de la limpieza de las facultades e institutos. Por otra parte, utiliza conceptos propios de la Junta militar, como cáncer, para referirse a la politización dentro de la universidad, y se compromete con su eliminación como aspectos que habían desvirtuado el quehacer intelectual dentro de la misma, lo que por lo demás fueron la marca del proceso del que él mismo resultó electo como rector en la reforma que él debía encabezar dentro de la Universidad de Chile.

Boeninger, en varios sentidos, traiciona tanto a los académicos como a los estudiantes dentro de la Universidad de Chile con sus declaraciones y al hacerse parte de la instalación de la lógica del régimen dentro de la misma. O se quiso hacer parte, al encabezar ahora una nueva reforma de limpieza, que claramente podría haberlo beneficiado al desprenderse de aquellos profesores y estudiantes que demandaban mayores cambios dentro de lo que era el proceso de reforma hasta 1973 comandado por la izquierda. Si Boeninger no logró mantener su puesto dentro de la Universidad de Chile fue porque los militares se lo impidieron en su afán de instalar uniformados y no civiles dentro del proceso, no porque necesariamente haya ido en contra de las intenciones de la dictadura. La salida de Boeninger marcaría lo que fue el inicio de una importante intervención dentro de la Universidad de Chile, donde el Instituto Pedagógico fue uno de los más afectados.

Por su parte, Fernando Castillo Velasco, rector de la PUC, no participó del proceso debido a que se encontraba enfermo desde antes el golpe militar y los días que siguieron, por ello en su lugar fue Alfredo Etcheverry quien, a cargo de la Universidad como rector subrogante, enfrentó el periodo en que se definían las disposiciones de la dictadura respecto de las universidades. Como parte del Consejo de Rectores entregó su respaldo a Boeninger como voz negociante frente a la Junta y tuvo que acatar asimismo la decisión de esta de que debía abandonar su cargo. Castillo no volvería a la universidad pues también en lo inmediato a su salida obligada fue exonerado de la misma.

El 28 de septiembre de 1973, la dictadura hacía público de manera oficial el destino que le guardaba a las universidades: todos los consejos, organismos, senados e instancias de decisión, administración o consultivos fueron disueltos, asimismo las federaciones de estudiantes (en realidad desde el mismo 11 de septiembre) dejaron inmediatamente de funcionar y fueron prohibidas; las facultades e institutos quedaban a disposición de la nueva autoridad universitaria constituida por rectores delegados nombrados directamente por la Junta militar, siendo para el caso de la Universidad Católica el vicealmirante Jorge Swett; el comandante en jefe de la FACH [Fuerza Aérea de Chile] Cesar Ruiz en la Universidad de Chile y el coronel del ejército Eugenio Reyes en la Universidad Técnica del Estado, quienes nombrarían también tanto a los decanos, directores y profesores de cada facultad con la venia de la Junta militar. Ninguno de los rectores había pasado anteriormente por alguna universidad, pero estaban dotados de todas las facultades habidas y por haber.

El ideal que perseguía el régimen respecto de las universidades y su transformación era publicado por el contralmirante Hugo Castro, ministro de Educación de la Junta, quien anunciaba y explicaba las medidas tomadas en las siguientes palabras y razones:

El país ha sido testigo de cómo y hasta qué extremo se han desvirtuado las universidades chilenas. Llamadas por su naturaleza a ser centros de investigación y altos estudios, donde se desarrolle la cultura y se formen profesionales y técnicos de verdadera calidad, la realidad universitaria ha ido configurándose en forma cada vez más distante de esas metas.

Muchas sedes y escuelas se han transformado en focos de adoctrinamiento y propaganda marxista, llegando incluso algunas a amparar la violencia y el armamentismo ilegal (...) Gran parte de la agitación extremista y de la prédica del odio que estuvieron a punto de precipitar a Chile a un trágico abismo, tuvieron su origen en esos centros universitarios. Por otro lado la necesidad de contrarrestar esa actividad destructora del marxismo ha obligado al resto de los académicos, estudiantes y administrativos a descuidar sus labores específicas, para sumirse en una permanente y estéril lucha por el poder. Con ella los únicos que ciertamente han perdido son los verdaderos universitarios que desean trabajar, y el pueblo chileno, que tiene derecho a exigir que las universidades que él financia, cumplan realmente con su misión.

En este marco de politización general no resulta posible aspirar a que las autoridades universitarias existentes hasta la fecha, causantes o víctimas impotentes de la descomposición señalada, pudieran dar por sí misma solución al problema planteado. La experiencia reciente así lo confirma. Ante ello, la Junta de Gobierno advirtió que era indispensable la designación de Rectores-Delegados de su propia confianza, ya que la reconstrucción nacional no puede darse el lujo de permitir que la vida universitaria se frustre en medio de la politiquería, la burocracia y el desorden.

La Junta de gobierno sabe que la gran mayoría de los universitarios chilenos desea un clima diferente, que les permita crear y desarrollarse intelectualmente en paz. Es de beneficio de ellos que el gobierno ha adoptado la medida de referencia. No se trata de destruir la autonomía de los verdaderos valores universitarios, sino precisamente de afianzarlos a través de la extirpación de quienes pretenden ampararse en esa auto-

nomía para desconocer la esencia y función de la universidad. (cdt en Krebs 707-708)

Con lo anterior, la dictadura hacía oficial las intenciones detrás de los cambios que desarrollaron dentro de cada una de las instituciones en cuestión, dando cuenta así mismo de que su intervención evidentemente estaba en la dirección de reestablecer el orden perdido dentro de las instituciones, en beneficio del estudiantado y de la nación en general. En la mirada de la dictadura, una verdadera libertad académica requería de la extirpación del marxismo, el izquierdismo y otras tendencias indeseables (Fleet 4).

Bajo las mismas concepciones, el almirante Merino, miembro directo de la Junta y cabecilla del golpe, se refería al rol que tenían las universidades dentro del país, entrevistado en 1976 dentro del documental francés *Pinochet y sus tres generales*, donde se refería en específico al tema:

Entrevistador: Los rectorados de las Universidades están ocupados por militares.

Merino: Los rectorados si y la causa es muy sencilla. Las universidades son el centro, y lo son en todas partes del mundo, de la educación e incubación política, especialmente en los países latinos no tanto los países sajones como los latinos. En este país todos, todos los hombres que tenían las calidades para ser rectores de las universidades todos pertenecían al mundo de los partidos políticos, así que mientras tanto, estando en receso los partidos políticos hemos nombrado académicos militares porque son académicos militares también como rectores, como el almirante Swett rector de la Católica, profesor de la academia naval, tiene artículos escritura, así que no son gente que han llegado del campo de batalla a sentarse ahí, no!, son todas gentes con calidades académicas muy calificadas y están ahí mientras tanto como rectores. Cuando esta situación se resuelva volverán a sus puestos y vendrán los académicos correspondientes siempre que nos den la seguridad de que las universidades no serán las incubadoras de nuevos sistemas o de nuevas ideas³⁰.

Merino pone énfasis en la capacidad de los nuevos rectores y en lo transicional de la situación, tal como Pinochet se refería permanentemente a la vuelta a la normalización de la situación del país entero, pero

³⁰ En *Pinochet y sus tres generales*, min: 1:02:48 - 1:04:20.

más allá cabe detenerse en las últimas frases que pronuncia el almirante conforme si la universidad volvía a incubar nuevos sistemas o nuevas ideas, *cuidadito, que podrían volver a intervenir*, amenaza ese amarre instaurado sobre la sociedad chilena de la transición, quedando asimismo claro el enfoque de la “universidad vigilada” de la que habla Jorge Millas, la universidad que funciona tal como al régimen le gusta.

De lo anterior también se desprende la visión de la dictadura respecto de la Universidad. Esta debía ser en esencia un centro de conocimiento (no pensamiento) y de búsqueda de la verdad en beneficio de la nación y del pueblo chileno, a través de la formación de profesionales y técnicos al servicio del país. La actividad política que había marcado la época inmediatamente anterior la había distraído de dicha labor transformándola en escenarios de lucha política y de propaganda marxista, por lo que bajo las nuevas disposiciones es la primera dimensión la que debía de reinstalarse y alimentarse bajo la prometedor figura de los rectores delegados. A partir de dichas condiciones es que la década de los 70 se transformó en un espacio traumatizante por excelencia para quienes sobrevivieron al golpe y se quedaron en ellas, pues chocó directamente con las ideas anteriores al golpe, transgrediendo imaginarios y dinámicas propias de su identidad como institución y las memorias de sus actores. Aparecía dentro del espacio universitario una nueva visión de universidad, a la que Jorge Millas llamó la “universidad vigilada” en contraposición con la universidad intelectual (la única universidad para Millas) y la universidad comprometida y transgrediendo directamente con sus lógicas a las identidades propias de cada universidad como tal.

La política de la dictadura frente a las ideas previas sobre la universidad se desarrolló en dos ámbitos claramente identificables, y evidentemente conectados entre sí. Por parte de la gestión de los rectores delegados, siendo militares en esencia, su objetivo se enfocó hacia la destrucción de cualquier atisbo y elemento propio de la idea de universidad comprometida, al apostar al restablecimiento y reforzamiento de la autoridad dentro de las instituciones y el restablecimiento del orden perdido bajo los años de la reforma y la Unidad Popular. Ese sería su espacio de intervención, instalando un aparato militar en los campus que resguardase el estado de sitio en su interior, que eliminase a los elementos subversivos y que controlase la actividad estudiantil bajo una visión de cero tolerancia frente a cualquier tipo de manifestación política, como si esta fuese un elemento completamente extraño y ajeno a la misma. Por otra parte, sobre la *razzia* intelectual, la limitación o transformación

del ámbito epistemológico dentro de las facultades corrió esencialmente por parte de los profesores de derecha cercanos a la dictadura, quienes fueron colocados en puestos de poder para poder tener todas las herramientas de transformar las mallas y plantas docentes a su antojo según sus convicciones, pero claro, al momento de llevar a cabo la acción frente a ellos debían acudir necesariamente a las autoridades militares quienes conservaban, al igual que dentro del sistema político chileno general, el poder único de la fuerza para tomar o aplicar las disposiciones. Es por ello fundamentalmente que la idea de la universidad vigilada puede ser considerada como una idea propiamente tal en los sentidos que las hemos definido, pues implicó una transformación tanto de forma y contenidos sobre las instituciones y que si bien tiene elementos vinculantes respecto de las ideas anteriores estos están resignificados o reorientados en torno a las intencionalidades de la dictadura. Bajo estas condiciones inició la limpieza de las dos ideas anteriores de universidad, la cual necesariamente conllevó un proceso de combate frente a las memorias resistentes que comenzaron a gestarse y que permitieron la sobrevivencia de las identidades anteriores.

Sobre la universidad comprometida, la intervención, como era de esperarse, fue demoledora, enfocada a eliminarla y borrarla de la mentalidad universitaria, acusada, desde mucho antes si recordamos las denuncias de Millas, como la responsable directa de la crisis, sobre la que se sostuvo la intervención militar dentro de las universidades. Incluso podríamos afirmar que el régimen claramente se apoyó del imaginario construido hacia fines de los 60 y comienzos de los 70, por parte de quienes defendían la universidad tradicional académica frente a la universidad comprometida que la transgredía, pues prácticamente el lugar enunciativo adoptado por la dictadura era el mismo, en el sentido de que una idea única de universidad (enfocada al estudio) estaba amenazada por la reforma, sus ideales y condiciones más expresamente políticas.

En este sentido, uno de los primeros mecanismos desarrollados para extirpar de la universidad dicha amenaza fue la exoneración de aquellos profesores y estudiantes vinculados con proyectos políticos cercanos a la Unidad Popular y especialmente aquellos que pertenecían al PC y el PS o a los movimientos más radicales como el MIR o el MAPU, y que desde la visión del régimen eran los claros responsables de ingresar temas políticos erróneos dentro de las universidades transformándolas en espacios de militancia y lavado de “mentes”. En cuanto a la DC, los docentes y estudiantes detenidos y exonerados en lo inmediato fueron los invo-

lucrados más directamente con el proceso y las transformaciones de la reforma universitaria, los demás quedaban bajo la vigilancia permanente del régimen y sus esbirros, atentos a cualquier tipo de acción contraria a las nuevas condiciones.

Paul Meyers describe las formas en que se desarrolló este proceso al interior de cada una de las universidades, manteniendo ciertas diferencias según la institución y sus condiciones incluso espaciales.

Para el caso de la Universidad de Chile se construyó un aparato judicial dedicado a llevar a cabo procesos de exoneración, debido a su tamaño y la heterogeneidad entre sus facultades. Dentro de este sistema se establecieron fiscales que estaban a cargo de acusar y llevar a cabo las denuncias, las cuales no tenían que ser justificadas o probadas y cuya sanción podía llegar a ser de 6 meses de suspensión. En caso de condenas mayores estas debían ser llevadas a cabo por el fiscal general, quien podía determinar la expulsión de la Universidad (Meyers 382). Si el acusado quería apelar frente a su sanción podía hacerlo frente a un tribunal constituido por miembros designados por el mismísimo rector delegado, lo que, claramente, no era más que una farsa dentro de un sistema sumamente antojadizo. Pero a pesar de la existencia de dicha institución formal, igualmente se desarrollaron expulsiones sólo por notificación, así como todas las personas que dejaron de asistir a la universidad después del golpe de Estado fueron expulsadas inmediatamente de la Universidad por considerarse que dejaban en claro su vinculación con proyectos extremistas y violentistas.

En el caso del Instituto Pedagógico, aún parte de la Universidad de Chile, la exoneración fue bastante extensa. A los pocos días después del golpe fueron convocados al campus solamente los directivos de cada una de las facultades que funcionaban en su interior, pues debían de estar presentes en el ingreso y violación que los militares hicieron de la casa de estudios. El fin del operativo era encontrar y eliminar cualquier tipo de material que fuese considerado marxista o contrario al régimen. En los departamentos de Humanidades y Ciencias Sociales los militares confiscaron una gran cantidad de libros considerados comunistas e incluso incineraron, en el de Historia y Geografía, un cuadro de Andrés Bello a quien consideraron que debía ser uno de los tantos teóricos de izquierda que eran venerados en dicho “antro de subversión”. Muchos profesores fueron expulsados en lo inmediato al 11 de septiembre y otros tantos tuvieron que salir y no volver a la Facultad por su propia seguridad. Luis Rubilar, el único profesor que ha construido un relato sobre el paso del

Instituto Pedagógico a la UMCE, cifra en al menos 140 profesores que fueron exonerados, incluido él mismo y sólo en la Facultad de Educación, entre los que se pueden nombrar a: M. Alruiz, R. Azurdia, X. Buns-ter, F. Cañete, N. Draigicevic, A. Dresner, J. Espinoza, R. Galdamez, N. Gatica, G. Gallizia, P. Godoy, N. y G. Iturra, H. Mallat, V. Mourguiat, A. Nazal, I. Nuñez, María V. Peralta, M. E. Segovia, M. Sepúlveda, S. Soto, C. Thayer, M. A. Vera, R. Vivallo, G. Zamorano, O. Zúñiga, S. Bianchi, F. Schopf, M. A. Jofré, A. Dorfman, A. Skármeta, M. Vial, N. Nómez, entre muchos otros durante los años de 1973 y hasta 1990 (Rubilar 46). La suspensión de profesores o su salida de la Universidad provocó en lo inmediato un déficit de docentes al interior de los departamentos, que prontamente serían reemplazados con profesores afines al régimen, sin importar su calidad docente o su nivel dentro del medio intelectual chileno, y que en muchos casos nunca hubiesen podido tener un lugar dentro de la universidad anterior.

En la Universidad Técnica del Estado el aparato funcionó de manera similar, implementándose después de nueve meses del golpe un sistema formal en que el rector delegado podía nombrar cuantas comisiones considerase necesario para llevar a cabo investigaciones, considerando también su volumen, las cuales, una vez entregados sus resultados, pasaban por la decisión directa del rector para su sentencia definitiva. Eugenio Reyes Tastets, declaraba en el diario *El Mercurio* en noviembre de 1973 que: “Estamos tratando de elevar el nivel de la enseñanza que se entrega; para ello hemos eliminado a los activistas, sea docentes o estudiantes y conseguido profesores de calidad” (cdt en Meyers 382).

Mario Navarro Cortés, director de la Secretaría Nacional de Extensión y Comunicaciones de la UTE, recuerda justamente aquellas jornadas:

En algún momento vino un fiscal a interrogarnos y a mí me dijo que la acusación que pesaba sobre mí era por un delito muy grave: “Usted está acusado de enfrentamientos con las Fuerzas Armadas el día 11 al interior de la Universidad Técnica del Estado. Esta es una acusación grave. Y es más grave porque yo he tenido que hacer una investigación y la de otros funcionarios de la Universidad Técnica que están aquí también”. Era un fiscal de Carabineros, o sea, estábamos asignados a una fiscalía militar de Carabineros. Continuó diciendo: “la información que dan ustedes en la Universidad es dura”. Solo eso me dijo. (cdt en Gallado 148)

La acusación en contra de Navarro la había hecho Percy Eaglehurst (dibujante y creador de *Pepe Antártico*), nombrado secretario nacional de Extensión y comunicaciones por el rector delegado Reyes Tastets, cargo desde el cual había denunciado que en la oficina de Navarro existían elementos para fabricar explosivos y varios puros traídos directamente desde Cuba. Navarro después de su interrogación por el fiscal fue dejado en libertad, dice que, porque el fiscal era buena gente, pero exonerado de la Universidad Técnica (cdt en Gallardo 149-150).

Este caso fue sólo uno de los tantos que se desarrollaron al interior de la UTE por parte de los rectores delegados y sus académicos “sapos”, que sumarían más de 4.000 profesores y funcionarios a lo largo de los años dictatoriales dentro en la UTE.

En la Universidad Católica la “depuración”, según palabras de Meyers, nunca se formalizó institucionalmente, pero igualmente fue desarrollada ampliamente por el rector delegado Jorge Swett (382), quien a través de listas construidas por miembros de la Universidad —sobre todo por los gremialistas que gustosos ayudaban a Swett en sus cacerías de brujas, o personas extrauniversitarias que tomaron dicha misión en sus manos, como agentes de la DINA, militares o “sapos”— aplicaba las expulsiones sobre la población universitaria

La relación de la UDI y su empoderamiento dentro de la Universidad Católica a partir y gracias a la dictadura no es un secreto para nadie, por el contrario, de manera reconocida muchos se vanagloriaron del renovado poder que mantenían, sobre todo en contra de quienes durante la reforma y su estallido los relegaron a un segundo lugar contrarreformista. De hecho, la FEUC era la única federación que siguió en funcionamiento, con miembros nombrados directamente por Swett, que provenían en su totalidad desde las filas de Jaime Guzmán, el cual, evidentemente, tuvo gran participación en dichos nombramientos y en general en todas las transformaciones que se desarrollaron dentro de la universidad. El 28 de septiembre del año 2010, el periódico digital *El Periodista* publicó un reportaje que abordaba justamente las *razzias* que la UDI desarrolló al interior de la Universidad Católica durante la dictadura, donde se puede nombrar la realizada en contra de todos los miembros del Frente de Trabajadores de izquierda que en 1971 habían competido con el gremialismo por la FEUC, llamada la “lista del 71”, quienes fueron en una persecución sistemática que terminó con varios exonerados y detenidos

con el paso de los años, logrando la limpieza total en 1976³¹. Personajes como Hernán Larraín, Andrés Shadwick, o el mismo Jaime Guzmán participaron de dicho “sapeo”, identificación y denuncia en contra de ellos que fueron trasladados a centros de detención y tortura como Villa Grimaldi o Londres 38.

El impacto de la “limpieza” desarrollada por la dictadura no dejó a nadie tranquilo, por el contrario, no solamente atacó directamente a la universidad comprometida al eliminar a personajes que fueron parte de su promoción y desarrollo, sino que exterminó de manera conjunta las bases mismas desde donde nacía y se potenciaba al instalar en los campus una condición de sospecha permanente que diezmó las relaciones y vínculos dentro del estudiantado y de la comunidad universitaria. Nadie estaba a salvo de una denuncia, de una interrogación y detención, pues cualquiera podía ser un “sapo” muy bien escondido bajo la apariencia de un amigo. Con ello cualquier tipo de organización política fue diezmada por el temor de que se identificase a los involucrados. Temor que por lo demás se sostenía sobre elementos reales y peligrosos, pues el “sapeo” se volvió una práctica institucional incluso, en que se vieron involucrados tanto estudiantes como profesores afines al régimen quienes establecían listas de sujetos sospechosos que eran entregadas a la misma rectoría.

En este último sentido, otro elemento transgresor dentro de la universidad y que diezmo las condiciones en que se desarrollaba y consolidaba la llamada comunidad universitaria por Luis Scherz, fue el funcionamiento de las universidades como campos de identificación e incluso detención, pues dentro del circuito de la detención y tortura en Chile, los campus eran espacios de vigilancia permanente, que permitía particularizar a ciertos sujetos dentro de la misma que según las informaciones que pudiesen llegar al respecto eran detenidos, principalmente en sus casas o en la calle para así evitar alguna reacción por parte de los estudiantes³², ya que la dictadura era completamente consciente de que las memorias de la universidad comprometida y las ansias de actividad política frente al régimen impositivo eran aspectos que estaban aún muy presentes y vigentes, a pesar de su clandestinidad, por lo que eran muy cuidadosos de

31 El artículo está disponible en <http://elperiodistaonline.cl/locales/2010/09/asi-fue-la-razzia-udi-en-la-universidad-catolica-tras-el-golpe-de-1973/4/>

32 Lo anterior puede verificarse en prácticamente la totalidad de los testimonios de estudiantes detenidos durante la dictadura, quienes eran detenidos en sus casas o dentro del espacio público una vez identificados dentro de los campus, al respecto se pueden consultar el *Libro memorial UTE-USACH, Una Luz sobre las sombras* y *Cien voces rompen el silencio*, todos citados en la bibliografía, que recogen testimonios de víctimas de la dictadura.

no traspasar límites que rompiesen el miedo que les permitía mantener el orden buscado. Por ello las detenciones se hacían afuera con el mismo sentido, pues era mucho más chocante ver que desaparecían compañeros de la sala de clase y que no volvían jamás que verlos detenidos en el campus y reaccionar ante ello. En algunas ocasiones muy particulares se desarrollaron detenciones dentro de las universidades que provocaron justamente reacciones y levantaron las primeras manifestaciones de enfrentamiento directo contra los militares en su interior.

Prácticamente cada una de las instituciones y sus campus tenían centros de detención y tortura que recibían a quienes eran identificados y detenidos. El Instituto Pedagógico alimentaba a lugares como La Venda Sexy, ubicada en el Líbano con Los Plátanos, Villa Grimaldi en Avenida José Arrieta o la casa de torturas José Domingo Cañas, donde iban a parar también los estudiantes del campus Oriente de la UC, y desde donde proviene la mayor cantidad de los desaparecidos de dicha casa de estudios. Sobre la UTE se encontraban la mayor cantidad de lugares regados por el centro y las inmediaciones a la capital, como el Estadio Chile, desde el inicio, y Londres 31. No obstante, tal como lo ha demostrado José Santos-Herceg, la lógica de la desaparición como práctica de infundir temor sobre la sociedad también se aplicó en las universidades, por lo que en varias ocasiones los detenidos, si es que sobrevivían, pasaban por muchos centros de detención a fin de que tampoco fuesen encontrados en los lugares más cercanos a cada institución y más obvios donde buscar para los familiares de los detenidos.

Pero no solamente estudiantes y profesores funcionaron como “sapos” dentro de las universidades, sino que también se desarrolló una intensa operación por parte de la DINA que directamente infiltró a sus propios militares dentro de las salas de clases y campus con el fin de “sapear”. El profesor Patricio Escorza, estudiante de Biología en el Instituto Pedagógico, recuerda justamente esas condiciones en que se desarrollaba la vida universitaria dentro de la universidad vigilada:

El pedagógico era como un campo de concentración de estudiantes. No se podía caminar en grupos de tres estudiantes, los guardias, que llamamos gurkas, se encontraban en todo el campus, vestían de azules y se paseaban entre los estudiantes con lumas en las manos. Cada vez que observaban que se armaban grupos de más de dos personas, ellos intervenían pegando bastonazos en las espaldas y piernas. De igual manera se advertía por parlantes, instalados en todo el campus, que a quienes se les

sorprenda en reuniones políticas o formado grupos serán sancionados. Los gurkas contaban con una sala que se ubicaba como en el subterráneo de lo que hoy es la administración y que en aquel tiempo era el casino de estudiantes. Cuando existía resistencia por parte de los estudiantes, estos eran llevados a dicha sala donde se le pegaba entre varios de los gurkas. La política instalada era la del miedo y el temor. El pedagógico tenía varias glorietas hermosas, las que fueron destruidas con el propósito de evitar que los estudiantes se reunieran, aún quedan vestigios de ellas frente al departamento de Diferencial.

El caso del Instituto Pedagógico se diferenció de la realidad de otras universidades, pues los “gurkas”³³ fueron un grupo prácticamente formal e institucional dentro de la facultad, que contaba con uniforme propio y con atribuciones a lo largo de todo el campus, llevando a cabo directamente las funciones de perseguir, reprimir, detener y castigar en su interior. Su existencia fue particular para la realidad de la facultad debido a las intenciones que tenía la dictadura directamente en su contra, que se evidenciarían en una destrucción casi completa que se desarrollaría con los años, y también por las condiciones espaciales que tenía, pues un brazo armado operativo dentro del Instituto sólo era posible considerando un universo limitado de estudiantes dentro de un campus y no en universidades como la UTE con un espacio tan amplio que abordar. Por otra parte, como brazo de la DINA dentro del Pedagógico, muchos de los “gurkas” tenían turnos rotativos en el Instituto, y en 1974 era el mismísimo “Guatón Romo” quien estaba a cargo de los “gurkas” dentro de la universidad. La creación de la Unidad de Administración de los Servicios Comunes en 1976 fue el departamento encargado de administrar y coordinar los esfuerzos de la represión en el Pedagógico (Rubilar 47), en funcionamiento directo con el grupo de la FACH que se hizo cargo de la facultad durante todo el régimen.

También cabe reconocer dentro del relato del profesor Escorza otros aspectos sumamente significativos que justamente estaban dirigidos a destruir la idea de comunidad universitaria y los elementos propios de la idea de universidad comprometida, conforme se limitó incluso el número de integrantes que podían caminar juntos, y se impidió cualquier tipo de reunión dentro del patio, a fin de evitar que se pudiese construir cual-

33 Los *gurkbas* son reconocidos por ser combatientes feroces y la tropa de élite de los ejércitos ingleses e hindúes. En el caso de los “gurkas” (sin h para diferenciarlos) dentro del Pedagógico estos fueron llamados así justamente por su fanatismo y violencia a la hora de aplicar castigos a los estudiantes.

quier tipo de agrupación, pero asimismo impactando de sobremanera las posibilidades de compartir entre los mismos estudiantes y alimentando con ello la desconfianza o incluso la individualidad que se pretendía imponer dentro de la universidad como un centro ahora competitivo y meramente profesionalizante (Scherz). Por otro lado, cabe detenerse en la transformación del espacio con el mismo fin descrito anteriormente, eliminando lugares de reunión y de esparcimiento dentro de los campus, como las glorietas del Instituto Pedagógico o el reconocido foro griego de la Facultad de Humanidades de la UTE-USACH, que terminó siendo transformado en una burda piscina o intento de pileta de modo que el escenario que aún se mantiene dentro de la construcción no cumpla su objetivo al no tener espacio para un público oyente.

En la UTE también se instaló un aparato similar al del Pedagógico, llamado el “Servicio de seguridad” una unidad de carabineros que cumplía las mismas funciones que los “gurkas”, es decir, reprimir, detener, torturar y trasladar, en caso de que lo ameritase, a los estudiantes sospechosos de actividades “subversivas”, que funcionaban en el edificio de rectoría y en cooperación con el rector Reyes (Insunza & Ortega 37) y junto a ellos también se procedió a la instalación de guardias dentro del campus, cuya función en esencia era limitar el acceso, al igual que en la PUC, dentro de un nuevo espacio redefinido, con entradas más limitadas y rejas extremadamente altas. La Universidad se transformó en un espacio ajeno al medio donde se ubicaba, y en varios sentidos dejaba incluso de ser público, pues ya no se podía acceder ni transitar en su interior sin el permiso que otorgaban las famosas credenciales, que antes sólo se usaban fundamentalmente para acceder al material en bibliotecas sino que se transformaron en un documento de uso obligatorio sin el cual no se podía demostrar la calidad de alumno regular del estudiante y por ende no podía entrar al campus³⁴. Alejandra García, profesora de Castellano egresada de la UTE, recuerda estas nuevas condiciones:

Me molestaba mucho que cuando entrábamos por el frontis había militares. Teníamos una tarjeta con hoyitos que le decían la IBM. Era muy desagradable porque los militares nos molestaban por la vestimenta, por los pantalones y a veces revisaban. Al principio todos los barbudos eran comunistas, todas las chicas que andaban con el bolso cruzadito eran revolucionarias. Empezaron a marcarnos por eso. Entonces era de todos

34 Hasta el día de hoy la credencial sigue cumpliendo la misma función en universidades públicas y su acceso continúa siendo controlado.

los días: la tarjeta, la revisada y como que jugaban con uno un poquito. De algunas niñas buenas mozas se aprovechaban y las molestaban³⁵.

Pero los “gurkas” en el Pedagógico y los guardias que se instalaron en todas las instituciones, evidentemente no eran el único aparato represor por parte directa de los militares, sino que en las tareas de limpieza también se apoyaron en una extensa red de espionaje y soplónaje introducidos por ellos mismos, en las filas de los académicos y entre los estudiantes, y responsables asimismo de la identificación y posterior detención de centenares de alumnos que fueron apresados, torturados y asesinados por el régimen. Los espías, en su mayoría militares o miembros directos de la DINA, mantenían nombres falsos, mientras que otros tipos de “sapos” utilizaban sus nombres de pila, confiando en que sus coartadas o actividades impedirían que se notase su verdadera militancia. La *razzia* de 1975 en el Pedagógico fue una de las tantas operaciones de detención masiva de estudiantes a cargo de dichos grupos de infiltrados, la cual fue organizada a través de una manifestación general contra la dictadura gestada por “dirigentes” de izquierda como el llamado “Lolo Marambio” o Francisco Vidal³⁶. Estos a través de dicha manifestación ayudaron a la identificación y posterior persecución de muchos militantes de izquierda y de la DC que aún permanecían en el campus, tal como Martín Pascual o Raúl Garrido, quienes tuvieron que salir del país ante la persecución del régimen. En esencia, casos como los anteriores, eran trampas que se colocaban a los militantes, quienes incluso incitados por los mismos infiltrados rompían su velo de seguridad y de bajo perfil confiando en una fuerza que los defendería. Los estudiantes que eran detenidos dentro de la misma universidad eran trasladados a espacios aptos para su interrogación, como el subterráneo del excasino en el Pedagógico o en las oficinas del edificio de rectoría en el caso de la UTE.

35 El extracto corresponde a uno de los testimonios que aparecerán en el libro digital realizada por el Departamento de Comunicaciones del Archivo Patrimonial de la USACH: *Rescate del patrimonio fotográfico UTE en el régimen militar*, que fue liberado en su página de Facebook <https://www.facebook.com/archivopatrimonialusach/>.

36 Exministro vocero de gobierno durante el primer mandato de Michelle Bachelet. Hoy en día mantiene un discurso totalmente diferente, conforme ha intentado convencer de su postura de izquierda y su transformación desde la derecha al interior del Pedagógico, a pesar de su condición como cadete retirado de la Escuela Militar y como militante de la juventud del Partido Nacional. Dentro de la *razzia* del 75, Vidal y Marambio, quienes eran cabecillas del Partido Socialista y Comunista, respectivamente, no tuvieron las consecuencias que otros sufrieron después de la manifestación, y muy por el contrario siguieron llevando a cabo reuniones y manifestaciones donde eran detenidos militantes de dichos partidos, salvo ellos.

Bajo estas condiciones, la universidad comprometida se transformó de idea a memoria, ya no quedaban más que los recuerdos y añoranzas de lo que había sido y de los logros cumplidos, marcados por la decepción y desesperanza, pues bajo la universidad vigilada las condiciones completas en que se había logrado producir un movimiento de tal magnitud (fuerte politización, espacios de reunión, posibilidad de desarrollar actividades, compromisos y convicciones, comunidad universitaria, entre otros) se habían diezmados, colocando en su lugar a una autoridad aún más autocrática y reforzada respecto de lo que había sido hasta 1967 y con menos posibilidades de flexibilizarla y mucho menos de democratizarla. La democracia era una ilusión antigua, fuera desde 1973 como hito traumático; el protagonismo social había desaparecido y con ello también el universitario como actor dentro de los procesos de cambio, que ahora correspondía, al parecer, sólo a la dictadura y sus amigos. Y ello no deja de ser significativo, pues para algunos estudiantes el periodo se vivió con normalidad, sin mayores contratiempos, por lo que mantienen silencio frente a estas situaciones, en general desconocidas por una importante mayoría que sintió con normalidad lo que se desarrollaba, pero es ahí donde se debe interpretar la paz y el silencio, pues que aparentemente no ocurriese nada dentro de espacios tan politizados y activos también es evidencia de cómo actuó e intervino la dictadura sobre esos espacios.

Y asimismo cabe reconocer dentro del proceso que muchos de los estudiantes que ingresaron a la universidad o que quedaron dentro de la misma estaban agradecidos de la intervención de la dictadura, sin necesariamente ser gremialistas, y que se convencieron de los argumentos dados por el régimen, que, insistimos, se apegaban igualmente a argumentos dados antes por profesores de renombre como Jorge Millas. Una estudiante de la Universidad Católica de Chile, claramente convencida por el discurso dictatorial, declaraba en una entrevista que le hicieron dentro del documental francés *Chile: orden, trabajo y obediencia* de 1977 que ahora se vivía una verdadera vida universitaria, sana, de estudio, diversión y conversación, sin preocupación por cuestiones políticas, y ante la pregunta del periodista sobre los jóvenes que antes agitaban la universidad y su salida, la estudiante responde que se fueron, “porque son muy malos” y “porque no son buenos elementos para estar en la universidad”, “ni en Chile”³⁷.

Al respecto también hay un punto diferenciador dentro de la postura del estudiantado en cada universidad y en cada realidad. En la Univer-

37 *Chile: orden, trabajo y obediencia*. Min 0:10:40-0:11:13.

sidad de Chile y específicamente dentro del Instituto Pedagógico así como en la Universidad Técnica, dada su historia inmediatamente previa la intervención del régimen, de manera general primó un sentimiento de pérdida, o al menos de incomodidad frente a las condiciones en que se instaló la dictadura en su interior, es decir, con fuertes exoneraciones, claras persecuciones, cierres, censura, violencia, que no dejaban a los estudiantes indiferentes, sino, por el contrario, a la permanente alimentación del terror como política institucional se respondía con silencio y obediencia pero no por ello con cercanía o gusto frente a la realidad construida, pues como un sentimiento general, los estudiantes eran conscientes de que dicha realidad no era la universidad anterior, la romántica o buscada en muchos casos por ellos que optaban por esas instituciones.

En la Universidad Católica, el caso era diferente, porque en ella, donde existía una gran mayoría opositora a la Unidad Popular y que se manifestaba en contra de ella desde la misma universidad, el cambio de una administración a otra no necesariamente se sintió como un quiebre, por el contrario, en los testimonios de Sofía Correa o Cristian Gazmuri, ambos estudiantes antes y después del golpe, se declara una suerte de continuidad, donde la Universidad Católica siguió funcionando bajo las mismas formas que ya tenía previamente al golpe y que eran parte de su ser universidad, aún con las exoneraciones y expulsiones, insistiendo en su carácter como colegio privado más que como una institución superior como podría ser la Universidad de Chile. Por tanto el caso de la Universidad Católica es un caso complejo de analizar dentro de la construcción de memorias resistentes dentro de las universidades, pues, como veremos, tanto el Pedagógico como la UTE, frente a la represión, comenzarán un proceso de construcción y consolidación de memorias que funcionarán como bases y alimento de las luchas por la recuperación de las identidades previas; pero en la Universidad Católica, salvo excepciones e intentos muy particulares, primará una sensación de comodidad con el régimen o incluso de asimilación, que le otorgará al rector delegado Jorge Swett una estabilidad casi permanente, y que lo transformó en el único que se mantuvo durante todo el régimen en el cargo, a diferencia de la Universidad de Chile o la UTE, que estuvieron caracterizadas por un desfile de designados.

El papel de Swett dentro de la UC incluso va más allá, llegando a identificarse con la institución, a considerarse como parte de ella y a ser militante en su compromiso por la excelencia. Swett se reconocía en su historia y se sentía parte del proceso de crecimiento, lo que queda explí-

cito en las formas en que se refería a la universidad dentro de sus discursos que, a diferencia de los demás rectores donde es repetitivo sobre todo durante los 70 el tema de devolverla al orden, la paz, el estudio, etc., Swett habla de una universidad que se moderniza, que se coloca en la cima, que gana fondos, que crece, que abre centros y sedes, que cuenta con el respaldo internacional y nacional, que tiene continuidad y mantiene correlación con su perfil y rol dentro de la sociedad. La relación de Swett con la UC llega hasta tal punto que se esmeró durante la década del 70 en remarcar y fortalecer aún más el carácter pontificio de la universidad, incluso llegando a exigir, y por supuesto aplicar, que el uso del nombre de la universidad completo “Pontificia Universidad Católica de Chile” fuese de uso permanente y oficial para todos los documentos, práctica que quedó en tiempo dentro del imaginario de muchos dentro de las generaciones que se formaron y titularon durante la época, quienes siguen prefiriendo decir el nombre completo en lugar de la “Católica”, “UC” o la “Cato”. Este último detalle es extremadamente significativo desde el punto de vista del historiador Ricardo Krebs, quien en su historia institucional declara que “La denominación implicaba una definición, un programa, un compromiso. La Universidad debía de ser católica y pontificia” (Krebs 771) y quien asimismo da cuenta del rectorado como uno de los más prominentes y significativos dentro de la historia de la universidad, visión tan compartida que hasta en Wikipedia se reconocen los logros de Swett en la UC. Un aspecto curioso de parte de alguien quien no tenía ninguna vinculación con la PUC antes del golpe y que, insistimos, nunca tuvo una carrera o paso por alguna universidad. El poder de Swett en la UC aumentó de manera considerable y creciente, alcanzando una posición importante frente a la mismísima Junta, pudiendo incluso cuestionar las decisiones respecto de la Educación Superior y de la UC de forma particular. La salida del cardenal Silva Henríquez del gobierno de la UC lo consolidó aún más, pues al entrar el cardenal Medina como pro-rector y compartiendo con él una visión muy conservadora de la sociedad, prácticamente ya no tenía mayores resistencias por parte de la Iglesia católica³⁸.

Con base en todo lo anterior, se fue gestando entre la población universitaria del país y en general dentro de la sociedad metropolitana, la imagen de una Universidad Católica que se transformó y funcionó como la universidad del régimen militar, sustentando en la idea de una Univer-

38 El mismo Vaticano le entregó a Jorge Swett, luego de salir del cargo de rector de la UC, el título de comendador de la Orden de San Silvestre, uno de los reconocimientos entregados directamente por el papa, en ese entonces Juan Pablo II.

sidad Católica que no sintió un quiebre, que no conocía ni se conectaba con las realidades de otras universidades en las mismas condiciones, que funcionaba como un espacio aislado tanto en lo institucional y social (Correa), que crecía y se empoderaba dentro del régimen y que por supuesto había dado claras señales de apoyo y cooperación con la dictadura desde facultades como la de Derecho con la potente presencia de Jaime Guzmán en su interior o desde Economía con los “Chicago Boys”. Pero no debemos dejarnos engañar por dicha generalización, al contrario, dentro de la UC existían fuertes resistencias que pudieron manifestarse a través de limitados espacios y breves ámbitos pero que contribuyeron igualmente a combatir desde las identidades anteriores contra la dictadura. Sobre ello ahondaremos más adelante.

Por el momento hemos dejado en claro los mecanismos por los que se buscó diezmar a las bases desde donde se construía la idea de universidad comprometida, la instalación de la represión dentro de los campus y la consecuente eliminación de cualquier tipo de relación social que pudiese darse dentro de la universidad, acompañada también de la política hacia afuera del régimen con la vigilancia que continuaba en las casas y en espacios públicos donde se hacían las detenciones. Ningún tipo de expresión política era tolerada o actividad estudiantil que no fuese controlada, pero a pesar de ello existieron formas en que la universidad comprometida logró sobrevivir y mantener viva una identidad que se confrontó directamente con la “universidad vigilada”, dentro del ahora espacio de lucha por la universidad y su identidad. Y es que, en esencia, la universidad había sido potentemente transgredida, pero en ningún caso destruida, al contrario, los elementos vinculantes sobre los que se había constituido y consolidado la identidad universitaria, tanto desde la identidad como gran centro de estudio y como centro de compromiso social, seguían ahí a pesar de todo, el Instituto Pedagógico seguía siendo el Instituto Pedagógico, la UTE asimismo también seguía en pie. Ello era un aliciente para que se desarrollase la resistencia y defensa de la identidad pisoteada, que al poco tiempo logró reorganizarse y levantarse en contra el régimen.

Pero dicha lucha no fue inmediata, por el contrario, tuvo que esperar un tiempo para recuperarse del *shock* del primer momento posterior al golpe, en lo que consideramos una etapa transicional entre el golpe, la construcción y consolidación de memorias respecto de la identidad anterior, proceso por lo demás entendible considerando el nivel no sólo con que se desarrolló el trauma, sino también del cómo se construyó y se traspasó el relato del trauma. En esencia, la construcción de memorias

obedece a la intención de quienes quieren recordar y proyectarse por medio de dicho recuerdo, lo que conlleva que las memorias del quiebre de la universidad comprometida y su destrucción vinieron por parte de los sobrevivientes del paso dramático de una identidad a otra, pero quienes en general no se involucraron directamente en manifestaciones contra la dictadura, sino que sirvieron como la base desde donde los estudiantes posgolpe, imbuidos de dichos recuerdos que transformaron en propios, desarrollaron acciones concretas. Por ello el desarrollo de una respuesta contra el régimen fue gradual y en ningún caso inmediato; se desarrolló en la medida que las memorias se consolidaban para servir como base de una lucha contra la identidad impuesta y cuya cima alcanzarían entrados ya en la década de los 80 con un cambio generacional de por medio y bajo condiciones aún más críticas dentro de la transformación universitaria.

La resistencia se desarrolló fundamentalmente en base a la reproducción de discursos, que mantenían vivo el imaginario y las identidades previas a la intervención, la visión idealizada y romántica de una universidad y un espacio universitario lleno de todo tipo de experiencias benéficas, que a su vez también contribuyeron a eliminar los aspectos problemáticos de la identidad anterior en beneficio de una imagen añorada. Los estudiantes que ingresaban lo hacían ya buscando una universidad perdida, por lo que su primera relación con la universidad no era la identificación institucional, sino la identificación con su recuperación, lo que se puede notar en acciones pequeñas como el escribir una R encerrada en un círculo en las paredes de los campus, que significaba resistencia, como clara manifestación de dicha condición considerando una resistencia que se enunciaba desde una identidad que resistía frente a una imposición considerada ajena y violenta, o la preparación de pasquines clandestinos que circulaban por los diferentes institutos y universidades (García et al. 79), y cuyo contenido fundamentalmente estaba enfocado a la denuncia de la violencia ejercida y por supuesto al llamado a la recuperación de los espacios y dinámicas de los que los habían despojados, ahora directamente como sujetos parte de una institución con memoria de sí misma aun cuando no vivieron los hechos en cuestión. A esta condición es lo que Lacapra llama trauma transgeneracional o transhistórico, conforme se mantiene en el tiempo a través, justamente, de la reproducción de sus dinámicas y narrativas (Lacapra 160).

La gradualidad del proceso también estuvo marcada por la posibilidad de retomar los espacios dentro de las reducidas posibilidades que permitía el régimen dentro de cada universidad. En el Pedagógico o en

la UTE, los permisos eran prácticamente nulos, y al no haber algún tipo de representación estudiantil se volvía mucho más difícil la posibilidad de negociar con el régimen, mientras que en la UC las actividades estudiantiles venían por parte de la Dirección de Estudios y Planificación quien tenía la exclusividad de convocarlas y realizarlas según las orientaciones de la institución y los permisos a su vez por parte de la mismísima rectoría (Krebs 765). Esto significaba que las actividades permitidas en la UC fueran de carácter exclusivamente académico, deportivo, artístico y cultural, o religioso, aspecto compartido con las otras realidades donde el ingreso de los rectores delegados, en general conservadores y católicos, también desarrollaron actividades vinculadas a la religión. Y dentro de dichas posibilidades toleradas por el régimen, lo artístico-cultural fue la ventana desde donde poder recuperar espacios de reunión y organización, en esencia porque la dictadura las consideraba actividades recreativas sin mayor profundidad ni importancia, y que por ende no significaban un mayor peligro para el orden establecido. Se toleraba el desarrollo de teatro, danza y especialmente el folclor, ya que al régimen le encantaba dado su énfasis nacionalista y tradicional, mientras que sobre la música (diferente de la folclórica) y la pintura estaban más vigiladas y limitadas pues eran vistas como medios de expresión, que podían tender a lo político, frente a los demás considerados medios de reproducción.

El profesor Patricio Escorza recuerda justamente esas posibilidades y el aprovechamiento de aquellas ventanas de reunión y organización estudiantil:

Las primeras actividades que se realizaron en el pedagógico fueron de índole artística. Solicitábamos permiso para reunirnos en un acto cultural, pero esos encuentros servían para que los grupos que iniciaban procesos de organización pudiesen reunirse. Siempre dichas actividades estaban supervisadas por el grupo de Gurkas, quienes siempre apaleaban a los estudiantes.

Con el espacio ganado y una organización esbozada al menos, surgió en 1977 la Agrupación Cultural Universitaria (ACU) con presencia en casi todas las universidades chilenas, principalmente en la Universidad de Chile y UTE, siendo fundamentalmente el Pedagógico desde donde se nutría. En la PUC era mucho más difícil mantener una actividad en ese sentido por el saqueo permanente por parte de los estudiantes de derecha que tenía cada uno de sus campus y la condición de que cualquier

actividad debía ser organizada y administrada desde la misma autoridad universitaria.

La ACU era una organización artística-cultural, nacida de la demanda de participación de parte de las diferentes escuelas y la posibilidad de desarrollar un organismo mayor que las aglutinara y a su vez fortaleciese los vínculos y esfuerzo interuniversitarios en beneficio de la lucha contra el régimen. Si bien dentro de ella se desarrollaron múltiples actividades y expresiones artístico-culturales, de entre ellas destacó el teatro como principales vertientes y manifestaciones de un resurgimiento cultural y universitario en medio de un supuesto “apagón cultural” como se le ha llamado al momento dentro del régimen. Esta nueva expresión de memoria y de recuperación de la identidad pasada dentro de las universidades era definida de la siguiente manera por sus protagonistas:

Lentamente y contra todo, empezamos a recuperarnos, a recomponer ideas, a crear, inventar y participar. Había que descubrir cómo hacerlo, nada fácil, reinaban sombras y sospechas.

Después de pequeños eventos en distintas escuelas y luego de presentaciones aisladas de algunos conjuntos folclóricos sobrevivientes, surgió la idea de invitar a estudiantes-artistas de otras facultades a un encuentro mayor... en diciembre de 1977 nació la Agrupación Cultural Universitaria (ACU); primera organización estudiantil universitaria bajo la dictadura. (LIBRACU 9)

ACU funcionó bajo la represión y logró impulsar una organización estudiantil mayor disfrazada bajo la capa de grupos meramente culturales, que incluso debían de producir material que pudiese ser mostrado y que no generase un quiebre inmediato, pero que de todas maneras debía de inculcar y potenciar la rebeldía frente a las condiciones impuestas por la dictadura. En palabras de sus integrantes:

Nuestra principal motivación (aunque no la única), era la de rebelarnos en cada gesto, en cada reunión, en cada obra de teatro, en cada festival, en cada evento. Rebelarnos y construirnos a nosotros mismos en esa rebeldía. A la amenaza opusimos inteligencia y osadía, a la persecución agilidad y desprecio. Desde el arte, la cultura y la belleza enfrentábamos al orden existente. Gracias a la existencia de la ACU, compartimos una buena vida común en tiempos de oscuridad, nos dimos aliento y con-

fianza, expandimos juntos la chata línea del horizonte universitario. Nos cantamos y encantamos unos a otros, pudimos sentir la alegría semiclandestina de esa diversidad naciente. La ACU fue lucha, descanso, oasis, desahogo.

Hicimos en la práctica nuestra propia Universidad, creamos una especie de cátedra humanista desjerarquizada en la acción, una escuela de sensibilidad social en movimiento, allí conocimos a futuros ingenieros que bailaban, enfermeras que cantaban, agrónomos que pintaban, arquitectos escultores y médicos que hacían teatro, sociólogos que escribían, veterinarios que eran músicos y profesores que hablaban del misterio de la poesía. (LIBRACU 10-11)

La ACU era la expresión de un imaginario universitario que persistía, una idea e imagen de universidad que quería ser recuperada desde los escombros a las que intentó ser minimizada. Las actividades eran las mismas, guardando las dimensiones y posibilidades dentro del espacio, de la universidad previa y muy conectada con las formas en que se expresaba asimismo los movimientos políticos de la reforma, sobre todo de la izquierda quienes habían encontrado en ella espacios desde donde poder seguir trabajando en torno a sus ideales (García et al. 90). La relación incluso era iconográficamente simbólica, utilizando en sus carteles, programas y panfletos una estética muy similar a la desarrollada previa al golpe, como mecanismos de vinculación desde la memoria que también servían para mantener vivo el sueño y el ideario de la universidad comprometida y las dinámicas propias de la vida universitaria abierta y libre.

En el Pedagógico la ACU desarrolló innumerables manifestaciones culturales y festivales universitarios, con el grupo de teatro El Anillo como uno de sus íconos al interior de la institución, así como en la UTE donde se pudieron seguir desarrollando actividades teatrales que encontraron un nuevo espacio frente a la eliminación del prestigioso grupo de teatro TEKNOS por parte de la dictadura, un ícono del imaginario previo dentro de la universidad y que lamentablemente no ha sido demasiado estudiado.

Pero la organización, su consolidación y actividades tuvieron sus consecuencias. Con el correr del tiempo la ACU potenció más allá de lo posible organizaciones estudiantiles de base, quienes quisieron dar un paso más allá del disfraz artístico cultural y comenzar derechamente a intentar recuperar los organismos de representación política estudiantil dentro

de las universidades, lo cual claramente para el régimen no fue cómodo en ningún sentido conllevando la toma de acciones directas al respecto. Dentro de dicho panorama el Instituto Pedagógico era el cabecilla más reconocible del proceso de agitación, incluso llegando a ser considerado por sus protagonistas como un “territorio liberado” dentro del sistema, donde se podía celebrar o colgar pancartas y banderas del PC (García et al. 82). En primera instancia la dictadura, tomando como ejemplo el “exitoso” y servil caso de la Universidad Católica, instaló Centros de Estudiantes y una Federación nombrada directamente por el rector para cada una de las facultades dentro de la Universidad de Chile, llamada la FECECH (Federación de Centros de estudiantes de la Universidad de Chile) en 1978, como respuesta a las agrupaciones culturales y su creciente empoderamiento dentro del contexto, que fue ocupada fundamentalmente por estudiantes de derecha o de la confianza del régimen dentro de la Universidad como Erich Spencer Ruff (1978-1979) y Eduardo Silva (1979-1980) bajo el rectorado de Agustín Toro Dávila (1976-1980). Pero claramente frente a dicho organismo de representación cautivo y servil, en lo inmediato los estudiantes resistentes comenzaron a organizar movimientos paralelos buscando como principal eje la democratización a través del desarrollo de jornadas de discusión enfocadas a ello. Dentro del movimiento surgieron dos posturas, los basistas y los centralistas, siendo los primeros conformados por miembros de la IC, de los jóvenes socialistas y el MAPU, que creían fundamentalmente en la organización y representación desde las bases de cada departamento y facultad, mientras los segundos, con la JJ. CC. y la JDC como cabezas confiaban en la necesaria reestructuración del movimiento en un organismo centralizado que comandase los esfuerzos de resistencia y recuperación del movimiento universitario frente a la intervención dictatorial universitaria que terminó por alinearse bajo el nombre de CORREME (Comité reestructurador del movimiento estudiantil) hacia fines de 1978 (García et al. 83). La oposición entre ambas líneas y las distancias que se generaron al interior del movimiento provocaron su decadencia hacia finales de la década de los 70 y su incapacidad para enfrentarse a la nueva y total intervención del régimen a inicios de la década del 80.

En la UTE se vivió el mismo proceso durante la misma época, creándose en 1977 por parte de Eugenio Reyes, rector delegado durante los 70, los consejos estudiantiles, organismos de representación del estudiantado que se preocupaban fundamentalmente de estudiar la deserción, y otras labores de carácter asistencial y deportivo (Muñoz et al. 194), los

que igualmente eran designados directamente por el rector. Pero a fines de la década el mismo proceso en la UCh comenzó a vivirse en la UTE, tal como comenta Andrea Insunza:

(...) a inicios de 1979 en la UTE se efectuó una serie de convenciones estudiantiles que eligieron representantes por cursos de cada carrera. Estos a su vez votaron por nombrar a los integrantes de sus centros de alumnos. Trece de ellos quedaron en manos de la oposición al régimen.

Dos fueron las acciones más notorias del 79. En mayo, esos trece centros de alumnos realizaron una conferencia de prensa exponiendo sus demandas y desafiando abiertamente al rector. Cuatro meses después, el 4 de septiembre, los estudiantes participaron en una marcha que partió desde la UTE, en Estación Central hasta Plaza los Héroes. Ahí conmemoraron el Día de la Democracia, a seis años del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende. (Insunza et al. 36)

Estas nuevas condiciones daban cuenta de una idea de universidad que sobrevivía, que se perfilaba ahora como una nueva cruzada y una nueva lucha, empoderada en lugar de debilitarse frente a la anulación a la que la había sometido la dictadura que por el contrario la alimentaba, como una memoria activa que servía para fortalecer aún más, como un antecedente glorioso, las luchas que se daban a fines de los 70 independientemente de su resultado. Ante eso, el régimen respondió con persecución y exoneración, represión y violencia en cada uno de los planteles, reemplazando a sus rectores delegados, pues claramente se les había “ablandado la mano”, y con miras al nuevo golpe que estaban listos para dar a la universidad, que esta vez debía transformarlas de raíz.

Y por parte de la universidad tradicional académica, de la otra gran idea que definió las formas en que se construyó la identidad previa, el golpe igualmente la impactó de sobre manera, a través de la intervención que corrió por parte de los académicos afines al régimen, quienes cooperando con los militares en la limpieza contribuyeron a formar un cerco epistemológico sobre las carreras que impedía cualquier orientación teórica o temática que pudiese ser considerada sospechosa.

En lo inmediato a producido el golpe, la exoneración de profesores afectó directamente a las plantas docentes y a la calidad de los departamentos y facultades, que perdieron figuras importantes en términos intelectuales, empobreciendo con ello las perspectivas dentro de los de-

partamentos, e incluso empantanando procesos, posturas e innovaciones, en desarrollo durante la época. En parte, el actual atraso epistemológico que sigue existiendo en Chile respecto de otras áreas intelectuales, tanto a nivel latinoamericano como mundial, es producto de dicho cerco establecido y celosamente cuidado por los académicos de la dictadura, que gradualmente pudo quebrarse a la vez que aumentaba también la resistencia frente al régimen por parte del mismo estudiantado y de la sociedad en general.

Junto a los académicos y estudiantes exonerados se cerraron muchos centros de estudios y cátedras que habían nacido a partir de los nuevos intereses durante la época de la reforma universitaria, donde la Universidad Católica es un ejemplo clave de dicha intervención con el cierre de CEREN (Centro de estudios de la Realidad Nacional) y el Departamento de Historia económica y social, cuyos académicos fueron exonerados de la institución y muchos de ellos terminaron detenidos o en el exilio. Para el caso del CEREN, sus académicos tuvieron la suerte de contar con FLACSO³⁹, que los acogió después de su expulsión de la universidad (Correa). Cabe reconocer que dentro de la intervención fueron las humanidades y ciencias sociales las que más sufrieron la purga de los militares, que las relegaron a una presencia poco importante no sólo dentro de la universidad, sino que en general dentro de la sociedad chilena.

Esto provocó sin duda un quiebre dentro del mundo docente que sobrevivió a la purga sistemática sobre los cuerpos académicos, pero que no se expresó de forma inmediata, al contrario, hubo muchos docentes que apoyaron en un primer momento e incluso fundamentaron la intervención militar sobre el régimen democrático y con ello, sobre las universidades, que claro, eliminó la fuerte politización en su interior y con ello potenció y fortaleció un ámbito exclusivamente intelectual y profesionalizante. En ese sentido es que Luis Scherz se refería a que la nueva universidad de la dictadura había recobrado varias características propias de la que hemos llamado la universidad intelectual: “Hemos vuelto a los viejos tiempos, a un circuito semejante previo al movimiento reformista” (53) pero guardando las dimensiones y elementos distintivos claramente entre una identidad y la otra.

Y una de esas dimensiones justamente estaba enfocada a la labor intelectual, pues si bien se potenció y se entregó una cierta tranquilidad para dedicarse, de manera casi exclusiva, al trabajo académico dentro de los diferentes departamentos en un espacio donde las clases se desa-

39 Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, dependiente de la UNESCO.

rrollaban con “normalidad” y periodicidad, el cerco intelectual impuesto por la dictadura comenzó a generar quiebres entre los académicos que primeramente se habían cuadrado con el régimen, al percatarse de que la supuesta “normalidad” y vuelta al orden en realidad no era más que una imposición que ya no tenía el carácter transicional que se creía durante los meses posteriores al golpe sino que estaba entrando con fuerza y por sobre todo consolidando sus imposiciones y transformaciones dentro de los planteles de Educación Superior en una suerte de espiral creciente. Ante ello, algunos académicos —evidentemente no todos pues hubo varios quienes incluso se sintieron cómodos a pesar del cerco intelectual y la represión que se desarrollaba en los campus— comenzaron, tibiamente, a oponerse a la dictadura, en un primer momento a través de llamados entrelíneas en discursos y por sobre todo en las clases, donde buscaron un apoyo por parte del estudiantado para oponerse y recuperar lo que para ellos también era, ahora, una identidad amenazada.

Un claro ejemplo de ello eran las palabras de Mario Góngora, reconocido historiador chileno, quien justamente en un primer momento se cuadró con la dictadura y su tarea de reordenar la sociedad, pero quien con el tiempo se iría decepcionando cada vez más frente a las disposiciones que adquiriría e implementaba el régimen en cuestión. En el discurso de inauguración del año académico en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile en 1976, y en su calidad de Decano, Góngora hacía el siguiente llamado:

La docencia humanística debe ser rescatada del rango subalterno a que ha sido relegada en Chile, recientemente, por obra de la inmadurez y del cientificismo, volviendo a darle su sentido de formación.

(...) Nuestra mayor ambición debe ser demostrar que las instituciones culturales chilenas están, a pesar de todo, en marcha hacia una realización excelente de sus propios fines. En rigor, tanto la enseñanza de la Filosofía como de las disciplinas humanísticas, pueden existir fuera de la Universidad y han vivido fuera en épocas en que ellas se han petrificado; pero la Universidad representa, en todo caso, una tentativa organizada para el estímulo de la vida cultural. Para realizar en la más alta medida posible esa tentativa, es que pido, al iniciar este año académico, la colaboración de todos los señores profesores y estudiantes, en un ambiente de dignidad y de libertad universitaria. (Góngora 2011)

Góngora hacía su llamado desde las humanidades, golpeadas por el régimen, por la recuperación de su dignidad e importancia, destacando también la labor de la universidad en términos culturales, aspectos que sentía igualmente sentía amenazados, terminando con un llamado a la dignidad y libertad universitaria, aspectos transgredidos, o casi inexistentes ya, luego de la intervención de la dictadura.

Aún más devastadora resultó la situación que señaló la estudiante de la Universidad Católica, Sol Serrano, en una columna publicada en la revista *HOY*, una de las pocas publicaciones de oposición y circulación durante el periodo:

Un profesor, alguna vez, entra a la sala de clases para oficiar el ritual repetido cada semana de saludar un poco en el aire, dejar los papeles sobre el escritorio, echarles un vistazo y caminar hacia el centro de la sala para comenzar a hablar. Los alumnos —unos cincuenta— lo notan algo agitado, pero eso no influye en la exposición, siempre “objetiva” e “impersonal”, aunque el mundo se esté cayendo una cuadra más allá del definido fanal de las aulas universitarias.

Pero, de repente, aquella agitación comienza a hacerse clara, evidente. Los papeles del escritorio dejan de ser un apoyo y a partir de algún momento, que nadie percibe con mucha claridad, aumenta la tensión. El fanal se resquebraja.

“Esto que ustedes creen que es la Universidad —dice— no es tal, es solo un colegio particular donde sus alumnos y profesores cumplen con sus horarios y requisitos. Aquí no hay creación y todos sabemos por qué no puede haberla. Se están perdiendo la mejor etapa de la vida y no toman conciencia de eso. No se dan cuenta de que los años universitarios son para crecer en la convivencia de lo diverso”.

Hace una pausa profunda y expectante, “era tan bonito en mis tiempos, cuando cada uno luchaba por su ideal y se enriquecía el alma”. Habla del pasado, del signo vital inconfundible que marco a cada generación que fue plenamente universitaria y de la importancia que tuvieron en la vida nacional. El tono calmo que da la nostalgia se transforma en angustiosa impotencia por el presente. “Que no digan que aquí se desarrolla el futuro esplendor de Chile”. Toma sus libros y camina hacia la puerta.

Desde allí dice su frase final: “Me cansé de no decir la verdad. Esta es mi opinión y seré responsable por ella”.

Los alumnos quedan solos. Tres aplauden, otros se desconciertan levantando las cejas y la mayoría cierra sus cuadernos y se dirige al ayudante del curso para hacer algunas consultas sobre la próxima entrega de trabajo. Uno de los que aplaudieron comenta a otro que cierra el cuaderno: “Oye, esto es insólito, qué te parece”, y el otro responde: “No sé, nada especial”. Se forman pequeños grupos y alguien opina: “Que cosa más rara, qué le pasaría”. Salen al pasillo y cada cual por su lado. (revista HOY 39)

El docente en cuestión es Armando de Ramón, uno de los pocos docentes que sobrevivieron el cierre del Departamento de Historia económico y social, y su nombre se ocultó durante la época por la molestia que provocó dentro de los demás profesores del Instituto de Historia de la UC. Sus palabras dejaban en claro el sentimiento de despojo al que habían sido sometidos, la pérdida del imaginario universitario en que creían y que se habían formado, donde la memoria de la identidad ya no era solamente el ámbito intelectual, sino que avanzaba a la constitución de una sola memoria identitaria donde se entremezclaba dentro del relato melancólico lo mejor de la universidad intelectual y comprometida. Muchos serían los profesores que hicieron gestos similares, a través de quienes resistió la identidad de una universidad preocupada y enfocada en el ejercicio libre del pensamiento y la creación intelectual y que, por supuesto, recibieron en varias ocasiones llamados de atención que derivaron, en algunos casos, en la exoneración y expulsión de la universidad.

La voz que respondió de forma más directa durante el periodo, nuevamente, en defensa de la identidad más clásica de la universidad, fue Jorge Millas, quien a los dos años desde el golpe y viviendo directamente la instalación de la dictadura en la Universidad de Chile decidió renunciar públicamente a sus clases de Filosofía del Derecho, y con ello a la universidad, a través de la publicación de su artículo capital “La Universidad vigilada” que marcó el inicio de la denuncia pública sobre las condiciones que afectaban a las instituciones y combatió, desde la intelectualidad crítica, al discurso de la dictadura, como dijimos, “en beneficio del estudiantado y la sociedad”.

Para Millas, si bien la universidad, como vimos anteriormente, se encontraba hasta antes del golpe acosada por una fuerte amenaza bajo la politización imperante desde la reforma y aumentada durante los años

de la Unidad Popular, sobrevivía gracias a la tradición y las leyes que lograban mantener a raya a las fuerzas reformistas, que incluso, desde el punto de vista del autor, hasta antes del golpe comenzaban una suerte de reconquista en base a los valores e ideales tradicionales que caracterizaban a la universidad y su esencia (cfr. Millas 97-98). Dentro de ese proceso la dictadura entró con sus lógicas a instalarse y a transformar a su capricho la estructura de las universidades. Por ello la crítica de Millas era demoledora frente al régimen y su discurso. De hecho, construyó un nuevo enemigo para la universidad (persistiendo por supuesto en su visión de una sola universidad enfrentada a elementos distorsionadores) reemplazando a la universidad comprometida como amenaza frente a un mal similar o mayor constituido en la universidad vigilada. Millas atacaba y evidenciaba a través de sus columnas y artículos el sin sentido de la intervención, lo errático y fanático de su acción y la fragilidad de la imagen que el régimen se empeñaba en consolidar a través de la prensa, transformando los argumentos de los rectores delegados y de la propia junta en una contradicción permanente frente a la supuesta naturaleza e identidad de la que se habían colgado para recuperarla y potenciarla. Si es que la dictadura se había tomado en parte de los argumentos de Millas hacia fines de los 60 y en medio del fragor de la Unidad Popular, ahora su propio autor salía a la palestra para atacarlos en su supuesta cruzada, acusando, justamente, que la identidad intelectual o tradicional se estaba perdiendo bajo la bota de la universidad vigilada. Ello queda más claro en las siguientes declaraciones de Millas publicadas como columnas en *El Mercurio* en 1976:

La universidad vigilada no es, en efecto, superior a la universidad comprometida. Tanto da para la libre investigación científica y para la acción creadora y educativa de la razón, que se asedie por el “compromiso” impuesto por unos como por la desconfianza que se empeña en comprometer a la universidad de otra manera: comprometerla, por ejemplo en la acción antimarxista. Porque en uno y en otro extremo se saca de sus quicios al pensamiento. La universidad, si ha de ser tal (y, por cierto, ella puede sobrevivir institucionalmente como un simulacro) sólo admite un compromiso: servir a la nación por medio de la ciencia, en todos los sentidos —el estricto y el lato— del nobilísimo vocablo. Este es el punto de apoyo de la palanca espiritual de la vieja institución. Todo lo demás es resultado de la potencia así conseguida. No se requiere de ningún antimarxismo programado, fomentando y metido en la universidad a macha martillo,

para que ella se defienda del secuestro marxista del espíritu. Basta con que se le aseguren las condiciones de dignidad, de paz interior, de libre expresión de inteligencia, de disciplina, de racionalidad institucional.

Con inquietante reiteración y no con menos inquietante ligereza retórica, comienza a emplearse la palabra “depuración” para dar rumbo a la acción pública frente a la universidad. (...) No siempre se sabe qué pureza se busca con las depuraciones, ni siquiera quienes son los hombres puros que las llevarán a cabo. “Depuración” es un término ampuloso y vago, aún preciso como “antimarxista”. Su indeterminada latitud puede dar alas a las peores formas del prejuicio, de la pacatería, de la intolerancia y hasta el miedo. (Millas 102-103)

Millas, como fiel representante de la visión tradicional de universidad, la seguía defendiendo frente a este nuevo embate con todos los argumentos que tenía, dirigiéndose incluso públicamente a las autoridades de las universidades a través de sus palabras, transformándolo en un ícono para el estudiantado en su resistencia y por supuesto en un problema para el régimen, que lo persiguió hasta la Universidad Austral donde se había instalado luego de dejar la Universidad de Chile, donde si bien no pudo tocarlo, por su reconocimiento intelectual y como figura pública, si pudo hacerle las cosas difíciles en su rol como profesor y decano en dicha casa de estudios, lo que terminaría por empujarlo a autoexiliarse del mundo universitario y dejar para siempre la academia.

El ejemplo de Millas impulsó a muchos académicos a tomar valor y a hacerse parte de la resistencia intelectual frente al régimen, fortaleciendo con ello también a los estudiantes que desarrollaban sus procesos por la recuperación de la participación política dentro de las universidades. Desde las dos identidades, ahora no tan divididas, pero aún guardando distancias, se fortalecía una respuesta contra el régimen y su intervención, dando cuenta de que a pesar de los años, la represión y el miedo, seguían persistiendo los imaginarios universitarios de antaño que transformaban en ajena al espacio la visión de universidad de la dictadura y que impedían su consolidación.

Incluso hubo rectores delegados que llegaron a identificarse con la universidad, como el mismo Agustín Toro Dávila, quien junto a las extensas purgas y represiones que llevó a cabo directamente, construyó en 1977 el célebre texto conmemorativo al centésimo trigésimo quinto aniversario *Imágenes de la Universidad de Chile*, una edición de lujo, que

contenía una extensa reseña histórica y una cronología minuciosa encargadas por él mismo al decano Góngora, a la que se le sumaba un extenso *set* fotográfico de cada uno de los rectores de la universidad, incluyendo a Boeninger y a sus predecesores designados⁴⁰, como instalándolos dentro de la historia de la universidad; junto a ello también se hacía un recorrido con fotografías de los diferentes decanos de cada facultad y administrativos de cada unidad, junto con los premios nacionales, los *honoris causa* y curiosamente un extenso recorrido por las facultades y sus edificios, colocando énfasis en sus laboratorios, salones, arquitectura, entre otros y más curioso aún un extenso recorrido por la extensión artística cultural dentro de la universidad, destacando teatro, danza, ballet, pintura, escultura, música, televisión (con el canal 9 perteneciente a la Universidad) y deporte. El texto era una celebración a la universidad y su ser institucional, a su gloriosa tradición. En sus páginas iniciales aparece una fotografía de Andrés Bello, el fundador, y posteriormente la foto de Agustín Toro, en su escritorio, pomposamente luciendo la medalla del rector utilizada por Bello.

Si el final de la década de los 70 constituyó la manifestación de un imaginario que resistía y de identidades que aún sobrevivían a pesar de la represión y autoritarismo implementado por el régimen, el paso a la década de los 80 trajo consigo un terremoto imprevisible. La dictadura se había hecho consciente de que la transformación e intervención de la universidad no sería tan fácil, al contrario, con su accionar se había instalado dentro de las instituciones el inicio de un álgido combate por la identidad y la memoria de la universidad. La represión había permitido la construcción y consolidación de memorias cada vez más fuertes, y que habían servido como la piedra de inicio de los proyectos y procesos de recuperación de la universidad anterior, tanto desde la universidad comprometida y la universidad tradicional. Por ello el nuevo golpe debía de dirigirse justamente a la eliminación de dichos imaginarios resistentes, a través de la transformación total de las formas y condiciones que formaban parte de la universidad previa, dentro de ella, todos los espacios problemáticos eran un objetivo a atacar, abriendo el periodo más complejo para la universidad chilena y atando las cadenas que arrastra hasta el día de hoy.

⁴⁰ Rectores designados durante la década de los 70: general del Aire César Ruiz Danyau (3 de octubre de 1973 - 24 de julio de 1974); general de Brigada Aérea Agustín Rodríguez Pulgar (24 de julio de 1974 - 30 de diciembre de 1975); coronel de la Fuerza Aérea Julio Tapia Falk (30 de diciembre de 1975 - 24 de mayo de 1976).

Capítulo V

La universidad transformada, perdida y recuperada (en la medida de lo posible)

El comienzo de la década del 80 trajo consigo un acto refundacional completo, pensado y constituido por la dictadura como el instante en que todo lo realizado durante los 70 alcanzaría una consolidación total. La intervención sobre la sociedad chilena daba paso a la preparación de las bases para una “nueva” sociedad (en realidad bastante sustentada en la sociedad tradicional) basada, por supuesto, en los valores y convicciones de los militares y que debía garantizar su pervivencia y correcto funcionamiento aún después de que el régimen saliese del gobierno.

A través de la instalación de una nueva Constitución política que reemplazaba a la de 1925, aprobada y validada a través de un dudoso plebiscito, y que otorgaba junto a ella el título de presidente de la República a Augusto Pinochet garantizando su gobierno por al menos 8 años más, se ataban los nuevos lineamientos que establecían las bases de un funcionamiento político y social sustentado en la idea de un orden marcial, controlado desde el mismo Ejecutivo a través de la fuerza y de su aparato de inteligencia ahora institucionalizado como CNI en reemplazo directo de la DINA, manteniendo las mismas funciones, es decir, encargado de la aún persecución, detención y desaparición de la amenaza marxista, pero además de ello oficializando el rol vigilante de las FF. AA. sobre el sistema como garantes de su orden y correcto uso. Junto a lo anterior, y claramente beneficiándose con dicho orden autoritario, se oficializaba y garantizaba el modelo neoliberal experimentado desde 1973, colocándose en la cima del proyecto de refundación nacional como un eje central desde donde desarrollar tanto lo política como lo social, en un esfuerzo dirigido hacia su consolidación y profundización.

Bajo los mismos parámetros se refundarían las universidades chilenas, a través de la “Nueva Legislación Universitaria Chilena” firmada en febrero de 1981, en plenas vacaciones de verano, tal como hasta hoy se

sigue haciendo con las decisiones que afectan directamente a la educación escolar y universitaria, una técnica que garantiza la imposibilidad de una reacción inmediata desde el estudiantado.

La nueva legislación entregaba amplios poderes a Pinochet para hacer y deshacer con las universidades, incluyendo expresamente a la Universidad de Chile, y con ello dando cuenta que dentro del panorama no era intocable. El documento afirmaba:

Art. Único. Dentro del plazo de un año contado desde la vigencia del presente Decreto Ley, el Presidente de la República podrá reestructurar las universidades del país, incluida la Universidad de Chile, pudiendo dictar todas las disposiciones que fueren necesarias al efecto y, en especial aquellas destinadas a fijar su régimen jurídico y a regular el establecimiento de corporaciones de esta naturaleza, pudiendo en ejercicio de estas atribuciones, dictar normas estatutarias o de procedimientos para regular su estructura orgánica (Nueva Legislación 3)

Con la facultad que le entregaba el absoluto poder a Pinochet comenzó el proceso de disolución y refundación de las diferentes instituciones universitarias del país, incluyendo en ello a las sedes regionales. En esencia, los lineamientos en que la dictadura transformaba a las universidades con la Nueva Legislación, seguían siendo las mismas perseguidas desde 1973, buscando eliminar los males instalados y profundizados durante el periodo de reforma universitaria entre 1967 y 1973, considérese en ello la demagogia, politización, ideologización, etc., y reenfocharla a lo que eran sus deberes más propios, es decir:

cuya misión básica es formar intelectualmente y moralmente al hombre, en las distintas disciplinas del saber (...) De este modo, la Universidad colabora eficazmente al progreso cultural de la sociedad, sin perjuicio del complemento que para ello significan sus tareas de extensión universitaria. Todo menoscabo o distracción de ese objetivo, en aras de un supuesto compromiso social de la Universidad, no pasa de ser una palabra estéril, cuando no políticamente intencionada, que desvirtúa la misión universitaria, y priva a la sociedad del verdadero aporte que ésta debe prestarle, el cual representa su único compromiso auténtico con la Nación. (Consejo de Rectores 38)

Con lo anterior dentro de la Nueva Legislación se volvía expresamente a penar cualquier forma de actividad que pudiese ser considerada como adoctrinamiento ideológico o político, y señalando también que en caso de que la Universidad abordase temas relacionados con la realidad política, social y económica del país, debía hacerlo “circunscrito al campo científico o de lo que es objetivamente demostrable” (Consejo de Rectores 38).

Pero esta vez, a diferencia de la política aplicada durante los 70, la intervención no se desarrollaría sobre las instituciones existentes para su reordenamiento interno, sino que se trataba de dar un nuevo marco institucional aplicado a las universidades, disolviendo sus antiguas figuras legales e instalando sobre el mismo espacio universidades “nuevas” y transformadas. Con ello se quebraba un espacio identitario institucional, rompiendo con ello también la tradición universitaria que alimentaba a sus identidades e imaginarios.

Si pensamos en el proceso inmediatamente previo a la nueva legislación, y abordado en el capítulo anterior, las memorias tanto de la universidad académica como de la universidad comprometida y asimismo las memorias propias de cada institución en cuestión que marcaban las formas en que se desarrollaban dichas resistencias, se sostenían con base en vínculos que permitieron la mantención y sobrevivencia de las identidades previas frente a la dictadura. Vínculos institucionales sustentados en un nombre y un imaginario asociado, como el Pedagógico o la UTE, incluyendo en ello a sus gritos y lemas, que ayudaban al proceso de reproducción y educación de los nuevos estudiantes que ingresaban, transformándolos en sujetos parte del trauma y militantes con la recuperación de la antigua gloria institucional; y también vínculos espaciales, marcados por la territorialidad con el campus y sus diferentes lugares significativos, sus convicciones políticas y sociales, su historicidad y elementos que distinguían a cada institución de otras dentro de la misma capital. Por ello el nuevo golpe de la dictadura contra las universidades fue tan demoleedor, pues prácticamente transformó por completo las bases e instituciones dentro del panorama en que funcionaba el imaginario universitario general, quitándoles el nombre y con ello la identificación nominal institucional; modificando sus bases, carreras y programas, y reorientando con ello su lugar dentro de la sociedad, quebrando una posición para con el Chile del que habían sido parte y constructores; y asimismo, modificó sus espacios territoriales rompiendo las relaciones y vínculos dentro de dicho espacio. Como resultado de toda esa política, las identidades ya

debilitadas con la transgresión ahora sí quedaban del todo golpeadas, pues perdieron prácticamente todos los elementos de los que se podían aferrar. Ahora quedaban instituciones nuevas, sin tradición ni historia frente a las nuevas características y orientaciones de las que las habían dotado. De hecho, un elemento claro de dicha política de reemplazo institucional fue la transformación de la tradición en antecedente, en el sentido de que se quebraba la continuidad histórica entre una institución y otra, como podría ser la EAO de la UTE, y en su lugar se establecían “antecedentes” para una nueva universidad, sin que necesariamente tuviesen demasiados elementos vinculantes entre sí, tanto en forma como en contenido.

Sumándole a ello el nuevo sistema de financiamiento institucional, legalizado a través del Decreto con Fuerza de Ley N°4, que estableció un aporte fiscal limitado que debía ser repartido entre todas las universidades existentes después de 1980, cuyo monto iría bajando llegando solamente a recibir como aporte la mitad del dinero entregado en 1980 para el año 1985 (Nueva Legislación 18-19), el quiebre dentro de lo que significaba la universidad chilena hasta la época se profundizó de manera considerable. La universidad no solamente había sido transformada y muchas de sus instituciones reorientadas, sino que dejó en lo inmediato de ser gratuita y financiada por el Estado. Todas las instituciones sin excepción se vieron en la necesidad de cobrar aranceles debido al bajo aporte que recibían, y sumándole a ello que durante ese mismo año aparecieron desde la Universidad de Chile, la Universidad Católica y la UTE nuevas instituciones regionales, provocando que la repartición de fondos fuese aún más precaria. Junto a los pocos fondos se sumaba un aumento de la masa estudiantil, ya en desarrollo creciente desde los tiempos de la reforma, que hacía necesaria una mayor cantidad de recursos. Otros fondos públicos a los que podían acceder eran a aportes directos por los alumnos destacados que se matriculasen a través de la PAA⁴¹, así como a la posibilidad de acceder a un crédito fiscal, pero que en ningún caso ayudó al desfinanciamiento creciente inaugurado por la Nueva Legislación. Situación que por lo demás permanece hasta el día de hoy, llegando a estar muchas instituciones en varias ocasiones dentro de los años que llevamos de “democracia” al borde de la quiebra.

Si la intervención y transgresión de las instituciones y el espacio universitario durante los 70 había sido traumático, la nueva política acrecentó la sensación de despojo por parte de quienes sufrían, ya sea directa

41 Prueba de Aptitud Académica.

o secundariamente, el trauma de la pérdida de una universidad idílica y gloriosa. Los espacios de resistencia ya no existían, fundamentalmente porque desde lo legal e institucional no había desde donde resistir, ya que las universidades de antaño habían desaparecido y en su lugar las nuevas universidades comenzaban su proceso de construcción institucional. Los estudiantes y profesores que seguían creyendo en la universidad anterior ahora tenían la difícil misión de encontrarlas o reencontrarlas bajo las nuevas fachadas, por lo que su lucha se reorientaba también hacia la construcción, desde la memoria, de las nuevas instituciones en recuperación de las identidades perdidas.

Asimismo, cabe reconocer que el nuevo golpe significó un cambio en las formas en que se desarrollaba la defensa de la antigua universidad. Pues si bien anteriormente existían procesos que podían ser vistos como generales y que partían desde lo individual en cada institución, como vimos el caso del Pedagógico y la UTE en su recuperación de la participación estudiantil o Jorge Millas hablando en general de la universidad, ahora la dinámica derivó en un proceso mucho más local y profundamente individual. Frente a la nueva Legislación cada institución comenzaba su proceso de construcción institucional, lo que asimismo marca que, respecto de dichas nuevas identidades y sus construcciones, los productos sean significativamente diferentes, porque las condiciones que tuvieron que enfrentar fueron sumamente individuales.

La Nueva Legislación Universitaria en lo inmediato despojó a las universidades nacionales (UCH y UTE) de sus sedes regionales, autonomizándolas y transformándolas en instituciones nuevas, con un propio marco institucional, nombre y escudo. Dentro de dicho proceso surgieron desde la Universidad de Chile: la Universidad de Tarapacá, La Universidad de Antofagasta, la Universidad Arturo Prat, la Universidad de la Serena, la Universidad de Valparaíso, la Universidad de Talca y la Universidad de la Frontera; la Universidad del Biobío nació de la unión de la sede regional de la UTE y la sede regional de la Universidad de Chile, y la Universidad de Magallanes de la sede regional de la UTE. En Santiago, las únicas universidades que pudieron sobrevivir desde su institucionalidad y tradición a la Nueva Legislación fueron la Universidad de Chile y la Universidad Católica, principalmente por su lugar histórico dentro del panorama que la transformaba en instituciones demasiado icónicas para ser eliminadas. La primera constituía la primera universidad del país, un nombre reconocido incluso dentro del globo, con una larga trayectoria significativa en términos de formación de profesionales

para el país, lo cual si bien no la salvó de una intensa intervención al menos garantizó su sobrevivencia; mientras que la segunda, en primer lugar pertenecía a la Iglesia católica, lo que le aseguraba una fortaleza institucional más menos fuera de los caprichos del Estado y, por otra parte, dentro del proyecto refundacional, su orientación conservadora y cristiana era cómoda para el régimen que ya se había apoyado en ella anteriormente durante los 70 con Derecho y Economía, considerando que igualmente el régimen de Swett había funcionado bien y no debía ser mayormente intervenido. De hecho, durante la promulgación y firma de la Nueva Legislación, la Universidad Católica sacó una Declaración de Principios, llamado también el “libro azul” por su empaste, que justamente contenía los lineamientos sobre los cuales se basaba y funcionaba la universidad, siguiendo, por supuesto, muy de cerca a los aspectos que conformaban la Nueva Legislación como visión sobre las instituciones (Krebs 774-775).

Las demás instituciones de Santiago como la UTE o el mismo Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile vivieron procesos completamente diferentes, pues sobre ellas, efectivamente, sí se aplicó una política de redefinición completa.

Los argumentos que la dictadura dio para el cierre y redefinición de las instituciones universitarias fueron los siguientes:

La cancelación de la personalidad jurídica queda preceptuada en causales taxativas, las cuales —aparte de las que establecieron sus propios estatutos— son las siguientes:

- a) Infringir gravemente dichos estatutos.
- b) No cumplir con sus fines propios, situación que engloba, entre otras realidades, el no otorgar ninguno de los títulos reservados exclusivamente a las Universidades, o el tener un número de alumnos inferior a cien, figuras expresamente aparecen mencionadas por la ley, aún cuando la referida causal de no cumplimiento con sus fines propios, puede obviamente abarcar formas diferentes.
- c) Realizar actividades contrarias a las leyes, al orden público, a las buenas costumbres, a la moral, o a la seguridad nacional. (Consejo de Rectores 42)

Como era de esperarse, la causal “c” era la que principalmente fundamentaba la cancelación de la personalidad jurídica para los casos de

la UTE y del Instituto Pedagógico, este último aún siendo parte de la Universidad de Chile, considerando su obvio carácter como instituciones politizadas y fuertemente resistentes a la intervención dictatorial sobre todo en los últimos años de la década de los 70. Ahora la intervención sería total y de dicho proceso nunca más recuperarían su antiguo carácter.

El cantautor Fredy Campos, a través de la canción “Alma Guerrera” brinda una interesante síntesis de lo que fue el proceso por el cual la UTE pasó a ser la USACH:

Muere la UTE nace la USACH
 Y tapan sangre con progreso
 En el proceso de acostumbramiento no dejaron de llorar
 Los torturados que sobrevivieron.
 Cadenas y más cadenas sin lógica de paz alguna,
 Entre cadenas y más cadenas se vio pasar la dictadura.
 Lláménla como quieran, aunque la privaticen o la vendan,
 Y la vuelvan a inventar
 No quitaran de este lugar su alma guerrera (bis)
 Mátenla cuanto quieran, y aunque la descuarticen y la pierdan
 Y la quieran doblegar
 No extinguirán de este lugar su alma guerrera (bis).

La canción anterior habla justamente de un cambio significativo que ocurre al interior de la Universidad. Por el Decreto con Fuerza de Ley N° 23 del 21 de marzo de 1981, se sustituía la denominación de Universidad Técnica del Estado por la de Universidad de Santiago de Chile (USACH), consolidando su carácter como universidad exclusivamente regional al perder las sedes nacionales. Junto al acto nominal, se cambiaron asimismo los colores propios de la Universidad, reemplazando el naranja y negro por el azul y blanco, junto con el establecimiento de un nuevo escudo institucional muy similar al escudo de la ciudad de Santiago, con el león rampante rojo en el centro y en sus manos un libro abierto con las letras griegas alfa y omega. Bajo el escudo se instalaba la frase “labor laetitia nostra” antiguo lema de la EAO como un vínculo fundante, pero sin colocar ningún elemento alusivo a la extinguida UTE. En diciembre del mismo año, por un nuevo DFL se estableció el Estatuto Orgánico de la nueva universidad, borrando el antiguo estatuto aprobado y construido como resultado de la reforma en lo que iniciaba el gobierno de la Unidad Popular.

La sangre tapada por el progreso es una frase capital para entender lo que ocurrió desde ahí en la Universidad de Santiago. Bajo el rector designado Jorge O’Ryan Balbontín, que reemplazaba a Eugenio Reyes dentro de una nueva universidad, comenzó el proceso de refundación y transformación casi completa de la Universidad con miras hacia una completamente nueva institucionalidad. El eje sobre la que esta se sostuvo era un cambio radical dentro de la naturaleza misma en que había sido planeada y fundada la UTE, pues la USACH fue pensada como una universidad mucho más amplia y completa, distanciándose de la idea “técnica” que había marcado a su anterior identidad como una institución comprometida y al servicio de los proyectos de modernización económica que marcaron los esfuerzos desde el Frente Popular a la UP —con alguna salvedades— y que por ende tenía su énfasis en la formación de ingenieros en los rubros que le interesaban al país como metalurgia, electricidad, mecánica, minas, y química; así como de técnicos industriales en las especialidades de Construcción Civil, Construcción Naval, Electricidad, Forestal, Metalurgia, Minas, Mueblería, Química Industrial y técnico universitario Industrial Textil. Con la llegada del neoliberalismo y el desmantelamiento completo de la breve industria nacional, el reemplazo de la UTE por la USACH era absolutamente entendible desde el sistema, incluso, la USACH llegaba para insertarse como una institución pensada desde el neoliberalismo, reemplazando su énfasis técnico que la diferenciaba y especializaba dentro del panorama por la idea de universidad diversa y completa, que estuviese a la altura de una competencia directa con las demás universidades capitalinas (Universidad de Chile y Universidad Católica) pues, desde el punto de vista del régimen, la competencia mejoraba la calidad académica (Consejo de Rectores 41).

Bajo esos parámetros se podría afirmar que la Universidad de Santiago evidentemente creció y se consolidó como institución universitaria no sólo porque con el paso del tiempo —principalmente con la década de los 90— ampliaría de manera considerable su oferta académica enseñando casi la totalidad de las carreras profesionales universitarias contempladas en la Nueva Legislación, sino por un aspecto que tiene que ver con lo propiamente institucional como universidad. En capítulos anteriores señalamos que la UTE, nacida de la EAO y la EII, tuvo un lento proceso de consolidación institucional más no de su identidad. Si pensábamos en las dos ideas previas que caracterizaron a las universidades antes del golpe de Estado, la idea tradicional de universidad académica era un ámbito muy poco desarrollado dentro de la UTE, que continuaba

con un enfoque técnico-práctico que la había caracterizado como EAO ante la ausencia de otra orientación institucional más ligado a lo universitario. En la UTE se investigaba y creaba muy poco, y si bien fue una de las demandas por parte del estudiantado durante la reforma el ideal de una universidad democrática y comprometida terminó por desplazarlo ante los elementos más urgentes para el movimiento. En tal sentido la identidad de la UTE se formó antes de la consolidación institucional, pues también el estatuto creado y firmado con Kirberg se enfocaba, en lo principal, hacia la garantía de los ideales de la universidad comprometida, que justamente obedecía a los marcos identitarios que la universidad ya había consolidado como propios. El desarrollo institucional era un camino que no alcanzó a recorrerse cuando llegó el golpe y que, claramente, no se desarrolló demasiado durante los 70 en una institucionalidad más enfocada a la persecución y limpieza. Pero ahora, con la creación de la USACH, el panorama se había revertido considerablemente.

La institucionalidad de la USACH implementada a través de la aplicación de su Estatuto, entregó a la universidad un carácter inmediato como institución de Educación Superior a la altura de la Universidad de Chile y PUC, operativo, funcionar y estructurado. En esta además de la docencia, desarrollaría actividades de extensión académica e investigación, que se tradujeron asimismo en la creación de múltiples programas de posgrado que se unían a los demás ya existentes que habían sido también reformulados según “las actuales tendencias de la ciencia y la tecnología a nivel mundial” (Muñoz et al. 2019). Se reordenó la universidad en facultades, se crearon nuevos títulos y licenciaturas, se cambiaron planes de estudios y se modernizó la infraestructura de la universidad, abriendo laboratorios completamente equipados —con los Mac que se pueden ver en el libro de fotografías—. Se crearon numerosos programas de Magíster junto a la implementación de un programa de perfeccionamiento docente en cada facultad, acorde a la nueva exigencia de posgrado implementado por el régimen para las plantas docentes que obligó a muchos académicos a la necesidad de un postítulo para continuar en ellas.

Sobre las humanidades, disminuidas dentro del sistema, se creó una Facultad de Estudios Generales, que eliminó las licenciaturas y pedagógicas existentes en la UTE y como parte del Instituto Pedagógico Técnico dentro de la Universidad, para dictar sólo cursos de Magíster en las diferentes disciplinas.

Frente a dichos cambios sustanciales es en torno a lo que se puede hablar de una consolidación institucional general que trajo consigo la

nueva Universidad de Santiago (el progreso), pero claro, cobrando con ello la identidad formada y consolidada como UTE (la sangre de quienes cayeron intentando recuperarla), que ya no se encontraba dentro de la reformulación general sufrida por la universidad. Los estudiantes y docentes que sobrevivieron al paso de una institución a otra se establecieron en un espacio ajeno, propio e impropio a la vez, no reconocido incluso en términos espaciales, al que tuvieron que adaptarse y acostumbrarse. Los vínculos de memoria establecidos y resistidos desde la UTE tenían ahora la misión de reencontrarse en la USACH, claramente una difícil cruzada dentro de una institucionalidad tan renovada y fortalecida.

Pero pasando a otro caso que nos interesa y que justamente da cuenta de la individualidad de los procesos vividos desde la imposición de la Nueva Legislación es el Instituto Pedagógico, donde el nuevo golpe sería aún más fuerte, lisa y llanamente persiguiendo su destrucción a diferencia de lo que podría ser el caso de la UTE-USACH.

Dentro de la Nueva Ley se establecía un número limitado de carreras cuya licenciatura permitía obtener un título profesional, que incluían por supuesto las carreras más rentables como Ingenierías, Medicina, Químico farmacéutico, y Derecho, de hecho junto con Psicología las únicas carreras humanistas dentro del listado, pero en ellas no figuraban las carreras de pedagogía, las cuales, al no ser comprendidas en la lista, “podrían otorgarlas también otras instituciones de enseñanza superior no universitarias” (Consejo de Rectores 8). Frente a tal disposición no se justificaba el grado universitario con que contaba el Instituto Pedagógico, el cual solamente podría enseñar pedagogías⁴², por lo que la dirección en la que caminó el esfuerzo de la dictadura frente a dicha institución justamente fue en transformarlo en una institución de segundo orden, no universitaria, y de paso, transformando a los profesores asimismo en personal más bien técnico, no profesional, elemento que persiste en cuanto a la valoración de la profesión docente, y peor aún se profundiza cada día más hasta el presente.

Por ley, en 1981, se termina oficialmente el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y en su lugar se instala la denominada Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, como “Instituto de formación de profesionales de la educación en sus diversas especialidades”, pero eso no era todo, pues junto a esta nueva denominación, la Acade-

42 De hecho, las demás carreras universitarias que funcionaban dentro del campus como Periodismo, Antropología, Psicología, Sociología, entre otras, fueron trasladadas al campus que queda en Av. Larrain (hoy Alc. Fdo. Castillo Velasco) en la comuna de La Reina, actual CENMA de la Universidad de Chile.

mía aparecía como con una personalidad jurídica propia, con patrimonio propio y domicilio definido. Lo que luego sería ratificada con el DFL N°7 del mismo año, cuando la Academia recién creada dejase de ser oficialmente de la Universidad de Chile. La ley que cercenaba uno de los brazos más insignes de la tradicional cada de estudios declaraba lo siguiente:

Artículo primero.- Créase, a contar del 1° de Marzo de 1981, un Instituto Profesional, de aquellos a que se refiere el D.F.L. N° 5 de 1981, denominado “Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago”, institución de educación superior independiente, autónoma, con personalidad jurídica.

Sus fines son los propios de los Institutos Profesionales que se señalan en los artículos 1° y 2° del D.F.L. indicado en el inciso anterior.

Su domicilio es la Región Metropolitana y su representante legal será el Rector.

Artículo segundo.- Para todos los efectos legales, la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago será la sucesora y continuadora legal de la Academia Superior de Estudios Pedagógicos de la Universidad de Chile en la ciudad de Santiago, incluso en todos los convenios o contratos que dicha entidad o la Universidad hubiese celebrado a su respecto.

Los actuales alumnos y funcionarios docentes, administrativos y demás personal de la Academia Superior de Estudios Pedagógicos de la Universidad de Chile en Santiago, continuarán siéndolo de la Academia que se crea en el artículo 1°.

Artículo tercero.- La Universidad de Chile transferirá aquellos bienes de su dominio que fueren necesarios para el funcionamiento de la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, los cuales constituirán su patrimonio, sin perjuicio de los aportes fiscales que le correspondan de acuerdo a lo dispuesto en el D.F.L. N° 4, de 1981. El Rector de la Universidad de Chile dispondrá de todas las facultades necesarias para efectuar dicha transferencia. (D.F.L N°7 del Ministerio de Educación Pública 1981)

El traspaso violentaba de forma extrema, no solamente se disminuía la institución, golpe del que sin duda no se ha recuperado, sino que se despojaba al Pedagógico de su principal afiliación y una de las bases desde donde se construyó su identidad como Instituto siendo parte de la Universidad de Chile. Junto a ello se establecía asimismo una competencia directa y desigual entre ambas instituciones que marcó aún más su posición como institución diferente, pues la Facultad de Humanidades siguió funcionando entregando grados de licenciatura para cada disciplina que enseñaba la Academia, aunque sin el grado de profesor, pero con la capacidad tanto académica y como de recursos para desarrollar investigaciones, aspectos en que la ASCP no podía competir puesto que, no siendo una entidad universitaria, no podía desarrollar investigación ni extensión.

Por otra parte, el cambio nominativo que sufre el Pedagógico es absolutamente significativo, pues ahora la referencia permanente en el lenguaje de quienes se negaban a abandonar su imaginario, no tenía una existencia formal. La Academia era un nuevo significante para un significado anterior, al cual intentaba eliminar a partir de la superposición de instituciones, que se reflejó en cada una de las decisiones que tomó respecto del Pedagógico.

Considerando que la Institución había sido para el régimen un antro de propaganda política, se fortaleció aún más el control sobre el estudiantado a través de los “gurkas”, que ahora pasaban a ser una policía formal dentro del campus y con presencia en el mismo estatuto de la Academia. Por otra parte el mensaje de que era una institución diferente, servil y blanqueada diferente del Pedagógico se hizo patente también a través de lo estético dentro de la universidad, pintando de blanco incluso el edificio insignia ubicado en la puerta principal y al que se le quitaron todas las enredaderas que lo caracterizaban como un ícono de la institución anterior del golpe, es decir, hasta en un plano físico e instrumental el espacio era algo nuevo y diferente. Asimismo, junto a la transformación en términos académicos con las carreras ahora sin rango universitario, se impactó directamente en las plantas docentes, pues el paso de la Universidad de Chile a la Academia provocó un éxodo de profesores no necesariamente por exoneración o persecución, sino que porque la misma Universidad de Chile se los llevó consigo dejando a la Academia sin docentes, o mejor dicho muchos de ellos simplemente se quisieron ir con la Universidad y no quedarse en la Academia que se hundía, abandonando con ello tanto a la Institución como a sus estudiantes.

Frente al increíble déficit docente que trajo consigo el fin del Instituto Pedagógico, el régimen llenó las plantas con profesores provenientes desde Talca, a fin de que no tuviesen ningún tipo de vínculo con el Pedagógico y la capital. Los rectores delegados durante el funcionamiento de la Academia fueron el técnico agrícola Fernando González desde 1981 a 1982, para luego ser reemplazado por el capitán de fragata Mariano Sepúlveda hasta 1985 (Rubilar 47). El primero de ellos, incluso yendo más allá en la refundación, bautizó al campus Macul del Pedagógico con el nuevo nombre del “Campus Lircay”, en clara referencia a la batalla en que los conservadores, bajo la influencia de Portales, se instalaron en el poder terminando con “la anarquía” en 1830.

Con todo lo anterior, se destruyó una institución, un imaginario y una tradición universitaria. La Academia no era una institución que creciera o se consolidara como había sido planeada la USACH dentro del mismo proceso, al contrario, había sido planeada para deshacerse del Pedagógico y su imaginario. Se le separó de la Universidad de Chile para que no se vinculasen y no pudiesen, como a fines de los 70, surgir desde ahí movilizaciones molestas para la dictadura, en una búsqueda incesante de su anulación. Ni universidad tradicional ni universidad comprometida quedaban en la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, sólo el fantasma incluso de una institución ahora demolida, bajo las capas de pintura que adornaban su fachada como una de las más claras víctimas de la universidad vigilada.

De tal forma se configuró el nuevo panorama universitario tanto en el país como específicamente en Santiago. El cambio había sido general, y por lo demás exitoso para el régimen, amarrando las instituciones bajo la Nueva Legislación e imposibilitando cualquier tipo de reacción y de demandas de reformas en lo inmediato a través del desconcierto que provocaron los cambios. Los estudiantes que llegaban a los “nuevos” campus debían buscar a tientas las facultades y sus carreras, incluso muchos estudiantes llegaron al Pedagógico para enterarse que ya no era la Universidad de Chile y que debían partir hacia La Reina; junto a ello se encontraban con los nuevos aranceles, conllevando con ello la firma de pagarés o la búsqueda de posibilidades de financiamiento de los estudios superiores; la elección entre las nuevas carreras y títulos de entre las que eran licenciaturas y títulos profesionales, todo dentro de una nueva realidad en la que había de insertarse.

Frente al desconcierto estudiantil, surgieron otras voces desde la academia que nuevamente, como lo hiciera Millas durante los 70 —ahora

ya autoexiliado de la universidad y sus problemas, sin lugar a dudas por lo intolerable y desesperanzador panorama—, tomaron de forma individual la defensa y denuncia de la gravedad de lo que la dictadura les había hecho a las instituciones en cuestión. En lo inmediato a la Nueva Legislación Luis Scherz, desde la UC, declaraba:

De todos modos, no ha aparecido la universidad de la Contrarreforma con los mismos ropajes de antes no con todo el ideario de la anterior profesionalizante. Se trata ahora de una verdadera empresa que busca la eficiencia en la realización de su meta. La eficiencia es el concepto clave. Esta va de la mano del adagio “time is money”. Desde este punto de vista la universidad se ha modernizado. Ya no se trata de búsqueda de la verdad, de democracia, de apertura, de orientación crítica, de humanización de la persona como actividad prioritaria. Se trata de formar con el menor costo y el mejor resultado profesionales para un mercado económico que busca personas de una nueva mentalidad, de agresividad competitiva, factores de productividad. La imagen que ante estas demandas se suscita es la de la cinta transportadora que lleva esa materia humana que los trabajadores (profesores) deben adiestrar y dar forma. Todo esto mientras desde una torrecilla cercana mira alguien que controla el proceso, y desde una torrecilla más lejana miran a esa torrecilla para ejercer una supervigilancia del control. (Scherz 54)

Asimismo, Humberto Giannini, también filósofo y quien vivió en carne propia el golpe, la intervención y transformación del Instituto Pedagógico donde estudió y dentro del cual hacía sus clases declaraba:

[No hay crisis en la universidad] porque la crisis es síntoma de algo bueno, de un organismo funcionando. Aquí, en cambio, se ha liquidado ese organismo, se le ha metido en un *frigisaire*, congelándolo, casi como muerto. Entonces, cuando se suprimen los síntomas, desaparece la conciencia del mal. Y, por lo tanto, no hay crisis. En este siglo tuvimos una universidad del siglo XVIII hasta la década del 60, cuando el mundo, incluido Santiago de Chile, vio la necesidad de un cambio. Esa sí fue una crisis. (...) Esa es la crisis que, en Chile, se paró en 1973. (Giannini 18)

Dentro de la universidad empresa, ya no había espacio para alguna idea de universidad de las que habían marcado la época anterior. Ni la universidad tradicional ni universidad comprometida tenían espacio

dentro del esquema, la universidad se había mercantilizado, disminuida a un ámbito de reproducción básico profesionalizante, es muy significativa la relación que Scherz hace con una fábrica, conforme justamente esas eran las condiciones que se habían aplicado desde el neoliberalismo a las instituciones. La Universidad Católica, como colegio privado, reproducía; la USACH, como institución renovada, también reproducía y aún más en favor del sistema y la competitividad; y sobre la Academia ni decir, pues ya no se podía siquiera pensar en su interior. El hecho de que cobrase aranceles profundizaba aún más la condición de mercado, pues se esperaba recibir un producto a través del pago del mismo, la universidad no era ya un espacio de pensamiento y discusión, sino que eran un espacio donde se iba a obtener un título para salir al mercado laboral. Giannini era tajante, la transformación fue tan potente que ni crisis se podía esperar dentro de un organismo muerto, imposibilitado de avanzar a cualquier destino que no fuese fatal.

Pero dentro de dicho espacio, aún dominado por la represión y vigilancia interna, y los cercos epistemológicos funcionando, y aún más, produciendo un conocimiento afín a los intereses del régimen, los estudiantes volvieron a retomar, en parte, las riendas de los procesos de recuperación y resistencia de las antiguas identidades, pero nuevamente desde cero, alimentándose de las generaciones nuevas que ingresaban a los campus, a través de la impregnación de memorias por parte de los estudiantes más antiguos.

Las luchas desencadenadas por la recuperación de la participación política en los 70 se habían perdido completamente con la aplicación de la Nueva Legislación, pues, insistimos, la pérdida de las instituciones y sus identidades, desde donde se sostenía la resistencia, los diezmo, y asimismo su debilidad como movimientos estudiantiles, presa de las divisiones internas y de un apoyo limitado en los mismos campus que se desarrollaron, pues, para muchos estudiantes, ya fuese por asimilación, comodidad u omisión, la realidad de la universidad vigilada era la única que había y habría por mucho tiempo más. Por ello el panorama en que se volvía a levantar el movimiento era mucho más complejo que el anterior, no sólo debían recuperar su participación política, proceso inconcluso durante los 70, sino también ahora debían de recuperar sus instituciones perdidas, bases del imaginario político que perseguían y en que se insertaban como sujetos parte de la universidad y de la sociedad.

Esta situación es la que abre los procesos de construcción de memorias de las nuevas universidades y las dinámicas que marcarán su desa-

rrollo hasta el día de hoy. Tanto en la Academia como en la USACH seguían entrando estudiantes en busca de los imaginarios del Pedagógico y la UTE, los cuales eran fácilmente cooptados por los estudiantes más antiguos constituyendo nuevamente núcleos de memorias resistentes desde donde poder levantar no solamente los proyectos de recuperación y reivindicación institucional, sino también desde donde recomponer los esfuerzos hacia la recuperación del espacio político.

Pero es ahí donde, insistimos, los procesos en que se construyeron y recompusieron las identidades de las universidades se hacen individuales.

En la USACH, la que llamamos la identidad constructiva, se encontraron dos procesos de construcción identitaria. Por una parte, estaba la memoria de la UTE, resistente, marcada por el sentimiento de despojo de lo que era el imaginario glorioso de la institución, mantenida fundamentalmente a través de los estudiantes de las ingenierías más tradicionales e históricas, que se concentraban en las aulas de la EAO como un núcleo desde donde se establecía inmediatamente un vínculo institucional con la tradición de las universidades en base a la naturaleza técnica de la misma. Jorge Ramos, estudiante de Ingeniería Industrial dentro de la USACH durante la segunda mitad de la década, recuerda el valor que tenía para él la memoria de la UTE dentro de una institución ahora vacía de identidad:

Quando el ser humano deja de tener rituales pierde bastante de la esencia de lo que puede llegar a ser, porque para mí sería todavía súper importante [recuperar los valores de la UTE]. De hecho yo haría una lucha porque la universidad se volviera a llamar Universidad Técnica, no sé si del Estado, Universidad Técnica de Santiago por último, porque esa era la esencia, ese era el ritual, la gente que sale de la USACH debiese sentirse como un gallo técnico superior, como un gallo con competencias técnicas en la cabeza. Haber perdido el concepto de UTE es una pérdida de romanticismo, una pérdida de ritual y de espiritualidad, o sea, lo que no tiene la USACH es el espíritu con que se creó". (Ramos)

Jorge había entrado a la USACH a estudiar desde una familia pobre, con un buen puntaje en la PAA, eligiéndola frente a las demás instituciones fundamentalmente por el imaginario que seguía manteniendo como UTE, es decir, una universidad que aún recibía a la clase popular dentro de sus aulas. A diferencia de la Universidad Católica que con la imagen, reforzada con la dictadura, de una universidad católica y elitista, y a la

Universidad de Chile, considerada por muchos un espacio demasiado alto para la clase popular y orientado más a la elite intelectual, ese ya era una primera decisión marcada por el imaginario sobre las universidades. Al ingresar en lo inmediato se impregnó de la historia de la Universidad, teniendo clases en el antiguo edificio de la EAO, recipiente central donde se mantienen, hasta el día de hoy, la mayoría de los símbolos y elementos de la tradición, y por supuesto a través de la memoria de sus compañeros de cursos superiores, y algunos profesores y ex estudiantes sobrevivientes desde la EAO y la UTE, desde donde se organizaba y desarrollaban los intentos por reimpregnar a la USACH de la memoria de la UTE. María Angélica Muñoz y Erica Osorio, ambas profesionales formadas en la UTE y miembros activos de la Corporación Solidaria UTE-USACH, recuerdan a dicha generación estudiantil de los 80:

La generación de los 80 fue la más sufrida, esos chiquillos lo pasaron muy mal. Vi el sufrimiento de todos ellos, los esfuerzos que hacían, sus reuniones clandestinas. En esa época se dieron los primeros contactos que empezaron a tener con nosotros los viejos. Ellos necesitaban plata para hacer fotocopias, cosas tan básicas como esas, ahí yo los ponía en contacto con gente nuestra que tenía recursos. Hacíamos reuniones clandestinas en ciertos lugares. Así los empecé a conocer y hasta hoy hay un afecto muy grande. (cdt en Gallardo 233)

De parte de quienes habían vivido la UTE y se habían formado en sus aulas había una conexión sentimentalmente fuerte con los estudiantes y la institución aun siendo ya USACH, cooperando también en los procesos de recuperación identitaria. Justamente los múltiples organismos que se constituyeron con el tiempo de parte de dichos grupos como FUDEA USACH, la Corporación solidaria UTE-USACH, la Asociación gremial de Informáticos UTE-USACH y las múltiples organizaciones formadas desde las carreras, han tomado en sus manos la recuperación de la memoria histórica de la UTE como parte del patrimonio de la universidad.

Pero dentro de una universidad nueva, e insistimos en ello. Dijimos anteriormente que el proceso por el cual se desarrolló la recuperación de la identidad de la UTE fue como reimpregnación de ella para la USACH, porque esencialmente como institución nueva, su figura se había fortalecido demasiado como para poder combatirla o revertir el proceso desde el cual se había construido. La USACH como producto

era extremadamente atractivo en comparación con la universidad perdida para una buena parte del estudiantado que recién entraba luego de la Nueva Legislación en 1982. Había, como señalamos, una nueva oferta académica, que conllevó una opción por la universidad más allá del ámbito técnico inicial de parte de los estudiantes, quienes entraban directamente a la USACH y no a la UTE, instalando también con ello la lógica que con el tiempo se fue consolidando con el nombre de “cachorro” en referencia a los cachorros de la USACH como hijos del león del escudo institucional, acompañadas de una nueva cara renovada, con el Planetario como entrada, símbolo de un avance tecnológico de punta y único en Chile (uno de los más grandes de América Latina), que los hacía identificarse también con la nueva institución más que inmediatamente con la memoria de la UTE. Uno de los ámbitos característicos de la institución y que mantendría hasta el día de hoy fue una extensa promoción de la misma, ofreciendo y dando a conocer sus programas a través de los medios de la época, fundamentalmente prensa, pues debía de hacerse notar dentro de la lógica mercantil muy propia de la nueva institucionalidad, pues no sólo competía con la Universidad de Chile y la Universidad Católica, sino también con un mercado ampliado con el surgimiento de las primeras universidades privadas (dentro de la nueva lógica) en la capital.

De hecho, la búsqueda de una identidad desde la Universidad de Santiago con miras a su consolidación llevó a la rectoría a encargarse un libro con una memoria institucional formal y oficial en 1987, como mecanismo también para evitar el desarrollo de una memoria resistente que desde la UTE y sus convicciones se tomaran la USACH ya más menos empoderados para la época. Con el título de *La Universidad de Santiago de Chile: sobre sus orígenes y su Desarrollo Histórico*, lo cual evidenciaba en lo inmediato la intención, como una historia no de la EAO y la UTE, sino que, en servicio y función de la USACH. El texto fue desarrollado por los profesores de la Facultad de Estudios Generales Juan Guillermo Muñoz, Carmen Norambuena, Luis Ortega y Roberto Pérez. La historia de la Universidad estaba bastante blanqueada, siendo en lo esencial un relato muy descriptivo de los aspectos institucionales de la EAO y UTE, y por supuesto sin poner demasiada atención en los momentos problemáticos. De hecho, en ella no había relato del golpe ni de la Unidad Popular, se pasaba de 1971 a 1973 momento de la instalación de Reyes como rector, y desde ahí, una vez significados los grandes avances de su rectoría, a la USACH en 1981, bajo las importantes y positivas trans-

formaciones de O'Ryan. De lo anterior surgió un estudiantado identificado con los marcos colocados por la USACH, aprendiendo el himno, utilizando y ocupando los espacios propuestos, utilizando su *merchandising*⁴³. Con base en dichos elementos, la USACH se transformó en una identidad poderosa, que terminó por cooptar, como no era de otra, a sus identidades tradicionales aun resistentes. Jorge Ramos comenta sobre momentos en que ambas identidades se encontraban, la construida y la resistente, oyéndose a la vez gritos de la USACH y por otro lado el grito de la UTE, ahora resignificado desde sus principales íconos de la identidad resistente:

ATENCIÓN HIJOS DE ENRIQUE KIRBERG Y
 DE VÍCTOR JARA
 U, ENE, I TECNI
 (Y TODOS RESPONDEN) TECNI
 U ENE A, TECNA
 TECNA
 U, ENE, I, U ENE A
 UNIVERSIDAD
 U, ENE, I, U ENE A
 UNIVERSIDAD
 UNIVERSIDAD TÉCNICA

Con el tiempo dicho grito pasaría a transformarse en el único de la institución como manifestación de la mezcla culminante de la pugna entre ambas identidades, así como los cachorros fueron resignificados como cachorros de la UTE. Pero no sólo en esos términos se evidenció la reimpregnación de la USACH de la memoria de la UTE. Al poco tiempo de transcurrida la década de los 80 y conforme los movimientos de resistencia por la recuperación lograron reorganizarse como un movimiento estudiantil varios aspectos propios de la UTE y contrarios al régimen volvieron a resurgir, apoyados y alimentados por los movimientos de protesta que se organizaban a nivel nacional y se oponían a la dictadura de Pinochet.

En 1982, el desgaste del régimen de Pinochet se hacía patente, profundizado por la crisis económica que comenzaba a provocar estragos

⁴³ La USACH es una de las universidades que más produce en este sentido (quizás comparable con la UC), teniendo toda una serie de elementos que pueden ser adquiridos con el escudo institucional, desde poleras, polorones, gorros, parches, llaveros y estampas. Mecanismos orientados desde el mercado como un símbolo de pertenencia orgullosa con la universidad.

en la economía nacional, incluso poniendo en duda el neoliberalismo, y por supuesto, también por la evidencia ahora más que explícita de las atrocidades y violaciones cometidas contra los DD. HH. Con ello la oposición política se fortaleció aún más, y dentro de las universidades, al unísono, los movimientos de protesta comenzaron también a retomar las demandas y aspectos clave dentro de la recuperación del espacio universitario traducidos en lo principal en la recuperación de la participación política. En la USACH, desde 1982, devino un proceso de movilización por la recuperación de la federación, encabezado por los miembros de la izquierda y la DC. En 1985, luego de casi tres años de resistencia y de una fuerte represión por parte de la dictadura dentro de la institución, se recuperó la Federación Estudiantil, pero tal como se ha descrito el proceso de construcción de la identidad dentro de la universidad, en lugar de volver a ser FEUT pasó a llamarse Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago de Chile (FEUSACH), cuyo primer presidente fue Andrés Rengifo, estudiante DC, que lideraba la lista “Acuerdo Unitario contra la Intervención” de movimientos contrarios a la dictadura. Con la creación de la FEUSACH, se pudo recuperar significativamente la participación y expresión política dentro del espacio a pesar del no reconocimiento y represión por parte de la misma rectoría, que finalmente, dada la imposibilidad de destruirla terminó por asumir su existencia, no sin antes desvincular a muchos de sus dirigentes, o asesinar como el caso de Mario Martínez, secretario de la FEUSACH, quien luego de ser detenido y estar desaparecido fue encontrado muerto en el balneario de Santo Domingo en 1986.

Por otra parte, en el Pedagógico la dinámica fue considerablemente diferente. Pues no había dos identidades compitiendo dentro de un espacio, sino que se produjo la dinámica de una identidad resistente frente a la falta de identidad de un “no lugar”, sin significado más que la decadencia de la que la había dotado el régimen como una Academia y sin mayor importancia dentro del espectro universitario, pensada como un espacio sin definición más que como un mero centro de formación, tan férreamente vigilado, que debía de imposibilitar cualquier tipo de identificación institucional. Una banda de producción, como dijese Scherz, donde entraban estudiantes y salían profesores.

En la Academia el sentimiento de despojo fue total y absoluto, producto más obvio de la dinámica destructiva implementada, provocando que, dentro de las memorias de quienes se encontraban estudiando o ejerciendo la docencia en ellas, la identidad del Instituto Pedagógico se

cristalizara como la única identidad posible, pues prácticamente nadie, que no estuviese a favor del régimen o militando con él, podía sentir una identificación con este nuevo artefacto. Al respecto Humberto Giannini, recordando varios años después en una de sus últimas entrevistas, seguía manifestando el mismo sentimiento, quizás, con aún más fuerza incluso que antes:

Y en el año 81 o 82, volví al Pedagógico —me había ido a Medicina— y cuando llego veo unos carteles en las palmeras que decían “los profesores tales y tales, ya no pertenecen al Pedagógico, se van arriba allá a la montaña”. Filosofía, Psicología, a la montaña- Eso significó una separación de muchas cosas: la Universidad perdió las pedagogías, se dividió a las ciencias de la cuestión social... Quedó muy claro lo que querían, además de tener a la vista los piedreros del Pedagógico para reprimirlos. Pinochet ese año declaró a la pedagogía ¡preuniversitaria! Todo eso te muestra que estamos pagando también ahora. (Giannini 187)

Esta sensación se traspasaba en lo inmediato a las nuevas generaciones que ingresaron a la Academia desde 1982, como el caso de Guillermo Castro, estudiante de Historia de la ACSCP, quien justamente declara que muchos de los postulantes que se matriculaban venían ya en búsqueda del imaginario mítico del Pedagógico, y que al entrar, a través de la memoria de los estudiantes que aún quedaban —y que saldrían— con el antiguo nombre institucional, eran impregnados con todos los elementos que formaban parte del antiguo imaginario. “Nos sentíamos parte del Pedagógico, no de la Academia, y sentíamos que había que defenderlo, recuperarlo” (Castro).

La sensación de despojo comenzó a fortalecer movimientos —como no quedaba de otra— dentro de la Academia con miras a recuperar su tradición, a recuperar los espacios, los derechos, la fuerza y el carácter que tenía el Instituto Pedagógico aún durante los años más duros de los 70, y aun con la represión de la que seguían siendo víctimas permanentes.

Pero junto a ello también comenzaron a surgir otros productos dentro de la dinámica, quizás menos visibles, pero igualmente profundos, pues la sensación y el trauma, y asimismo la resistencia y la lucha, también contribuyeron a construir un imaginario decadentista en el Pedagógico, es decir, la memoria gloriosa que servía para la resistencia asimismo impidió la creación o formación de una posible nueva institución, paralizando la posibilidad de avance dentro de la Academia y a su vez de

cualquier figura que le siguiera; la necesidad de un retorno al Pedagógico significó que sólo como Pedagógico pudiese mirarse hacia adelante, se sacralizó la figura, atendiendo a los términos de Lacapra, en un trauma supurante e imposibilitante, conforme nunca se volvió efectivamente a ser lo de antes.

Desde 1982, entrado en operaciones la Academia, comenzó un proceso de movilización general dentro del campus, donde se retomaron las demandas de los 70 en torno a una democratización de las Federaciones y en el Pedagógico a la recuperación de su nivel universitario y, por supuesto, a la vuelta del miembro cercenado a la Universidad de Chile, con la cual, desde el ámbito estudiantil —más no académico⁴⁴— se seguían manteniendo fuertes vínculos.

Como era de esperarse, las luchas comenzaron fundamentalmente desde los grupos de izquierda al interior del campus, desde donde surgieron dos posiciones con miras a la conformación de una organización estudiantil que encausara las demandas hacia un fin: la Unión Nacional de Estudiantes Democráticos (UNED) que aglutinaba al activo democrático con una identidad de izquierda que representaba a la sensibilidad del MIR, que estaba dispuesta a dar una pelea mayor, en palabras del profesor Castro, y que comenzaron a manifestarse de manera directa contra la dictadura en fechas claves como el 1º de mayo o el natalicio de Allende. En la UNED figuraron personas como la “Chica” Marisol y Eduardo Vergara Toledo, quien sería detenido en varias ocasiones por carabineros y los “gurkas” al interior del mismo campus y desde donde comenzó un sumario que terminaría con su persecución a manos de la CNI, siendo finalmente acribillado junto a su hermano Rafael en uno de los tantos “enfrentamientos” el 29 de marzo 1985 y por quienes se celebra el día del joven combatiente, un recuerdo icónico dentro de la memoria del Pedagógico.

Junto a la UNED, la JJ. CC. creó en paralelo la Coordinación de Talleres, que buscaba organizar al activo democrático por carreras, desde donde el profesor Castro fue elegido para integrar a la ACU la cual estaba estrechamente vinculada con dichas organizaciones estudiantiles pero que ya estaba decayendo debido a la figuración que tenía la Universidad de Chile que comenzaba, como institución y con todas sus facultades,

44 Decimos no académico, pues por parte del cuerpo docente no hubo actitudes tendientes a luchar por su recuperación, al contrario, insistimos en que quienes se atrevieron a hablar lo hacían de forma individual. De hecho, muchos profesores simplemente abandonaron la ASCP, trabajando sólo en la Universidad de Chile, y un número menor se quedó en ella o compartiendo entre los espacios, comprometidos aún con el Pedagógico perdido.

un proceso de reorganización de su Centro de Estudiantes. Ante ello los estudiantes de la Academia buscaron organizar centros de alumnos que pudiesen coordinar una representación dentro del proceso que estaba viviendo la Universidad de Chile, como manifestación del grado de pertenencia que sentían con dicha casa de estudios, en favor de la restitución buscada, que tuvo sus momentos significativos pero que lamentablemente no lograron su objetivo en términos formales sino fundamentalmente simbólicos. En 1984, los estudiantes de la Academia Superior constituyeron un CEP (Centro de Estudiantes del Pedagógico), cuya primera presidenta fue Andrea Palma y a la que le siguieron Marcos Fuentes y Manuel Gajardo (Rubilar 49). Andrea Palma, de la JJ. CC. ocupó de hecho un sillón dentro de los 14 miembros que componían el Consejo de Presidentes de la FECH, como muestra del vínculo que a un nivel estudiantil permanecía entre la Universidad de Chile y el Instituto del que fue privada⁴⁵.

Producto de la movilización y las presiones desde el estudiantado, pues ya los “gurkas” no daban abasto para el nivel las manifestaciones y ante a la represión respondían con aún más rebeldía, se hizo necesario abrir la posibilidad a una reforma dentro de la Academia que solucionase en parte las demandas y la inestabilidad reinante dentro de la institución. Pero la decisión tomada por la dictadura fue extremadamente impensable, una tercera línea de fuga entre las dos instituciones que compartían dentro del campus Macul, creándose así la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación en 1985 a través de la Ley N°18.433/86. Según el documento:

ARTÍCULO 3°: Suprímase la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, creada por el decreto con fuerza de ley 7, de 19811 del Ministerio de Educación Pública.

Transfíranse los bienes, de cualquier naturaleza que sean, que integren el activo de dicha Academia a la fecha de la vigencia de esta ley a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Los Conservadores de Bienes Raíces respectivos efectuarán las inscripciones, subinscripciones o anotaciones que fueren procedentes, a petición del Rector

45 La Academia Superior de Ciencias Pedagógicas y después UMCE, hasta 1990, votó dentro de las elecciones de la Federación de estudiantes de la Universidad de Chile alcanzando incluso la Presidencia con Arturo Barrios desde 1992 a 1993. Después de eso el vínculo gradualmente se perdió.

de la Universidad y con el sólo mérito del decreto supremo en el cual se individualicen los bienes correspondientes.

Para todos los efectos legales, la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación será sucesora y continuadora legal de la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago en el dominio de todos sus bienes raíces y en sus derechos y obligaciones.

En el N° 15 de la revista *Academia*, Ariel Leporati, uno de los últimos rectores de la dictadura diría al respecto:

Felizmente, el clamor del pueblo y las voces de los estudiantes, movieron a nuestras Fuerzas Armadas y de Orden a enfrentar la crisis y a instalar un orden nuevo, que también lo fue en lo pedagógico (...) La Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, heredera legal, moral y cultural del antiguo Instituto Pedagógico, ha vuelto, bajo la actual filosofía educacional del gobierno de las Fuerzas Armadas a recuperar el antiguo prestigio perdido (...) Nada ni nadie podría discutir, si no es en forma temeraria, el rango universitario que los estudios pedagógicos deben tener. (cdt en Rubilar 50)

¿Qué cambiaba con la creación de la UMCE respecto de las condiciones en que se desarrollaba la memoria de la identidad del Pedagógico dentro de la Academia? Fundamentalmente nada, por el contrario, la instalación de la UMCE no hizo más que atender y solucionar medianamente —como cualquiera de las reformas de la dictadura en favor de la ciudadanía— la petición más urgente del estudiantado. En esencia, la UMCE no difería —ni difiere hasta el día de hoy— de lo que era la Academia: seguía manteniendo en su interior el aparato represor, continuaba funcionando exclusivamente para las pedagogías, seguía manteniendo el mismo cuerpo docente y administrativo y seguía siendo una institución por debajo de las demás al no tener financiamiento ni posibilidades de poder desarrollar investigación. De hecho, su Estatuto era prácticamente el mismo que el de la Academia, claro, con la salvedad de que ahora tenía el rango universitario, pero las heridas en ningún caso fueron cerradas o solucionadas. La UMCE fue el mecanismo por el cual la dictadura logró que la Academia sobreviviera y mantener el Instituto Pedagógico en el pasado. El trauma seguía persistiendo y la UMCE, ahora como un nuevo artefacto, seguía siendo un miembro descuartizado de la Univer-

sidad de Chile. Pero sólo algunos se percataron de dicha condición, pues una buena parte de quienes formaban parte de la universidad dieron la batalla por ganada, y con ello ahora podían dedicarse en lo exclusivo a la tarea que convocaba el momento histórico que les tocaba vivir: el fin de la dictadura y la recuperación de la democracia.

Por parte de la Universidad Católica, como señalamos, la Nueva Legislación no significó un quiebre necesariamente violento con las condiciones que ya se habían instalado durante la década del 70. Su identidad sobrevivió o se terminó de recuperar, mejor dicho, reforzándose el énfasis católico-pontificio, la dedicación al estudio y los temas académicos como única actividad, y el carácter ordenado y en forma de una institución que, tal como hemos comentado, mantuvo, a pesar de todo, el seguir como un colegio privado, encerrado en una burbuja y en muchos casos ajeno a lo que sucedía en el medio nacional. Sólo unas pocas voces denunciaban las condiciones en que se violentaba la universidad, como Luis Scherz, quien permanentemente continuó publicando artículos referentes a la crisis que vivían las instituciones, y de entre ellas la Universidad Católica, desde donde hablaba, molestando al régimen y por supuesto a la misma universidad dentro de su comodidad intocable, lo que probablemente le haya valido que dentro de la misma no se le recuerda ni reconoce por su valor frente al régimen. Otras voces como las de Sol Serrano y Sofía Correa también continuaban su actividad dentro de la revista *HOY*, acompañadas ahora de Sergio Villalobos, quien había entrado a la Universidad Católica como profesor y donde, según sus memorias, desarrollaría lo más fecundo de su obra. En este sentido cabe decir, que los autores señalados anteriormente siguieron manteniendo también, más allá de la defensa de la universidad, la lucha teórica frente al régimen y sus intelectuales.

En 1984, Gonzalo Vial publicaba dentro de la ASCP el primer número de la revista *Dimensión Histórica de Chile*, que contenía de entre otros artículos uno dedicado a explicar, desde la visión de ultra derecha del autor, las causas que habían llevado a la “intervención” en 1973, en lo inmediato a su aparición surgió desde el profesor Cristian Gazmuri una respuesta, que polemizaba directamente con Vial y su visión. El debate y la lucha por la memoria histórica del Chile contemporáneo avanzaron luego cuando Vial publicó su *Historia de Chile*, desde la visión conservadora y evidentemente de derecha, donde nuevamente desde la Universidad Católica, los ahora profesores Gazmuri, Correa y Serrano nombrados anteriormente junto a otros compañeros, publicaron su libro

Chile en el siglo xx, como una visión alternativa y mucha más problematizadora de las condiciones que habían llevado al quiebre de 1973. Dichos textos, junto con otros más de parte de Mario Góngora y el mismo Sergio Villalobos, conformaron lo que fue la lucha por la memoria histórica nacional durante los 80, aspecto que ha quedado un tanto relegado con miras a la constitución y desarrollo de la Nueva Historia Social desde el exilio.

Pero las condiciones nacionales, por mucho que se pretendiese mantener la burbuja por parte de la Dirección de la Universidad y asimismo por parte de los gremialistas que se empeñaban en mantener férreamente en sus manos la representación y actividad estudiantil y por sobre todo el *statu quo* que tan bien les sentaba dentro de los parámetros ideológicos con que militaban, terminaron por penetrar dentro de los muros de la Universidad Católica, provocando con ello el quiebre del orden establecido y el comienzo de un proceso de lucha al interior de los campus, de mano de los estudiantes demócrata cristianos que se mantenían con presencia en la Universidad y los grupos de izquierda sobrevivientes a las razias de la UDI.

El estallido en contra de las autoridades delegadas, en contra de la FEUC secuestrada, y por supuesto en contra del régimen dictatorial completo, se desarrolló principalmente frente a las narices de los gremialistas, pues fue el campus Oriente de la Universidad Católica, el campus de las Artes y las Humanidades (de las cuales algunas posteriormente se trasladarían a nuevas dependencias en el Campus San Joaquín) y también el campus de la Escuela de Derecho de Guzmán, desde donde comenzó la ofensiva contra el régimen que se alineó con los demás movimientos estudiantiles que se desarrollaban al interior de las demás instituciones capitalinas. Las demandas del movimiento estudiantil dentro de la Universidad Católica, conformado por diferentes centros de estudiantes quienes pasaron a llamarse “alumnos democráticos” fueron: la renuncia de los rectores delegados, aspectos en torno al cobro de aranceles y a la deuda de estudiantes que estaban morosos a partir de esos altos costos; el fin de las amenazas y persecución tanto contra los estudiantes y organizaciones estudiantiles; y por supuesto el fin de la Federación monopolizada y utilizada por el gremialismo para dar paso a una federación estudiantil democrática, cuyos miembros fuesen efectivamente electos por el estudiantado y no delegado por el Rector (cdt en Castillo 13)

La movilización y la actividad política dentro de la Universidad Católica se transformó durante los años de 1983 a 1985 en un ejercicio cons-

tante por parte del estudiantado, formando parte, de manera local, de los múltiples estallidos y enfrentamientos con carabineros, que también se desarrollaban en los diferentes campus de la Universidad de Chile, en la ASCP y en la USACH, lo que provocó que, como novedad, carabineros entrase también al Campus Oriente de la UC a ejercer la orden represiva que emanaba de parte del gobierno y de la rectoría de la Universidad, lo cual si bien terminó con varios detenidos dentro de las jornadas tuvo su efecto a la larga, pues efectivamente el movimiento estudiantil significó una desestabilización dentro de quienes dominaban la Universidad Católica. Al respecto Simón Castillo plantea:

(...) lo vivido en la UC, que podríamos calificar como un retroceso “territorial” del gremialismo, involucraba también un repliegue en cuanto a su capacidad de imponer su ideología mediante cualquier vía. Reflejaba, en consecuencia, el avance de la idea democrática en la corporación, más allá de que las aspiraciones del estudiantado opositor no fueran consideradas por las autoridades. Más aún, ese avance implicó nuevamente su participación durante una protesta nacional, el Paro Nacional convocado por el Consejo Superior de Transportes y el CNT para el 23 de Junio. (14)

Lo anterior marcaba en varios aspectos el momento que viviría la Universidad Católica en adelante y durante toda la década de los 80, pues no solamente quebró efectivamente con el monopolio de fuerza y representación político-estudiantil existente dentro de la Universidad, sino que también quebró en parte la imagen que la dictadura había hecho de la Universidad, al devolverla a los cánones identitarios más tradicionales, autoritarios, cerrados y conservadores, pues ahora la Universidad Católica demostraba que en su interior también había disidencia y lucha política en contra del régimen, del cual en muchas ocasiones se le había considerado parte, y también que su identidad no estaba del todo ganada respecto de la visión tradicional y dictatorial, sino que también en dichos estudiantes, al igual que sucedía en las demás instituciones, había el ideal de una universidad abierta y democrática, que bajo nuevos parámetros y frente a un escenario aún más complejo, volvía a levantar las que fuesen algunas de sus banderas de lucha más reconocidas y recordadas. La memoria de una Universidad Católica reformista alimentó a las nuevas generaciones en contra de la dictadura, que, dentro de todo, se vivía fuertemente al interior de la institución.

No obstante, no solamente los estudiantes se movilizaban al interior de la Universidad Católica, pues los docentes, en quienes se mantenían también las esperanzas de una transformación liberadora, también mantuvieron durante el periodo un intenso trabajo intelectual que ayudaron como bases desde donde empujar y fortalecer el combate frente a la dictadura.

En 1983, mientras el estudiantado comenzaba a movilizarse, Luis Scherz escribía y publicaba:

Al mandato de comunidad y democracia, digamos y veamos en la universidad una comunidad democrática que está por hacerse, reiniciando el capítulo que de una gran obra quedó bruscamente en suspenso en septiembre de 1973. Hoy, después de 10 años de vivir alineados de lo nuestro (y algunos exonerados y exiliados de este territorio), queremos recuperar lo que nos pertenece y el papel protagonista que la Iglesia nos confió.

Comunidad y democracia para que la catolicidad de la universidad prospere fecunda, no como una obligación impuesta, sino como un acto libre mediante el cual un sector del pueblo de Dios participe en la obra de redención.

Aún suena al compás de nuestros corazones el querido eco de aquellos claustros que aunque apasionados y a rato tensos y a punto de entrar en discrepantes explosiones, trasunta el espíritu fraterno y el calor de ardiente humanidad con que se amansaba el futuro de nuestra *alma mater*. Ahí hacíamos universidad. Allí éramos universidad. (Scherz 164)

Las palabras de Scherz dejan patente la memoria y el imaginario desde donde se alimentaba la recuperación de la Universidad Católica por parte de su estudiantado, y asimismo del sentido profundo que tiene dentro de las raíces de la Universidad su recuperación, en el sentido católico, que, desde el punto de vista de Scherz y asimismo como lo defendió en medio de la reforma, no tenía nada de contrario a las demandas de la época.

Pero lo anterior no deja de ser significativo, pues al mismo tiempo que en la UC se mantenía la tensión que desencadenó la movilización del estudiantado y el apoyo por parte de cierto grupo de docentes, desde la Iglesia católica progresista y cercana a Silva Henríquez, también el

momento se configuró como un espacio desde donde recuperar la institución frente a la dictadura y a la Iglesia más beata y tradicional, de la cual el cardenal Medina era uno de sus principales promotores, pues la desestabilización general que vivía el régimen y que asimismo se evidenciaba en una desestabilización y cansancio de Swett dentro de la UC significaron un cambio importante en 1985. Ese año después de una fuerte lucha, el estudiantado recuperó la FEUC de las manos del gremialismo y de la dictadura, pues Swett, quien ya antes había manifestado una posición de “tarea cumplida”, renunció a su cargo, trayendo consigo un cambio importante, que el obispo Jorge Hourton recuerda así:

El 1 de marzo de 1985, el general Pinochet, por sí y ante sí, firma un decreto por el cual acepta la renuncia de Swett y nombra al rector Delegado a Sergio Gaete, Decano de la Facultad de Derecho. Lamentablemente las conversaciones entre el Nuncio Sodano y el arzobispo Fresno con Jaime del Valle, ministro de RR.EE., quedaban frustradas. Ellos hacían ver que este nombramiento debía ser hecho por la “autoridad competente”, según los Estatutos. Pero el gobierno se creía la autoridad competente, porque es el que financia en gran parte la Universidad. El Gobierno conviene entonces en nombrar al que presente la Iglesia, pero tanto por Decreto de Gobierno como la Iglesia por Decreto Pontificio. Así se había impuesto a al almirante Swett en 1973, pero ahora a Juan de Dios Vial Correa lo imponía la Iglesia. ¡Gol de visita! Hubo que cambiar el nombre del designado el 1 de marzo y publicarse el 14 de marzo en el Diario Oficial. (Hourton 189)

La movilización y la crisis que enfrentó la Universidad en el periodo de 1983 a 1985 entonces significó cambios que no dejaron de ser importantes, pero tampoco revolucionarios, pues Vial, el nuevo rector delegado pero esta vez con la venia de la Iglesia, no significó cambios en torno al gobierno universitario, la forma se llevar la Universidad ni mucho menos respecto de la recuperación del proceso de 1967, al contrario, pareció uno de esos triunfos morales, que los deja a todos contentos, pero que no pasan más allá de lograr un espacio dentro de un sistema que no pretende cambiar. Las consecuencias de ello las veremos más adelante.

Finalmente, también 1985 es el momento en que el movimiento estudiantil de la UC, al igual que lo iba logrando el movimiento estudiantil universitario general, logra uno de sus principales objetivos, transformar a la FEUC en un organismo de representación democrático, del cual su

primer presidente, y quien le ganó al gremialismo que se negaba a perder su poder, fue Tomás Jocelyn-Holt, estudiante de Derecho y militante de la JDC. Con ello la UC se insertaba de lleno desde el estudiantado en los procesos de combate y recuperación democrática dentro de la movilización nacional, que marcaría los últimos años de la dictadura.

El final de la década de los 80 fue el que ayudó a que las dinámicas y procesos resultantes dentro del proceso de lucha de identidades dentro de las universidades se consolidase y se mantuviese en buena parte hasta el día de hoy.

Los movimientos universitarios hacia 1987, una vez que cumplieron uno de sus principales objetivos que fue la participación a través de federaciones universitarias e instalar la oposición contra el régimen de forma local, comenzaron un proceso de compenetración con las movilizaciones generales nacionales que se desarrollaban en medio de la crisis que pasaba la dictadura de Pinochet, por lo que al poco andar la lucha local al interior de cada campus pasó, nuevamente, a un segundo plano en pro de la lucha en contra del régimen y la posibilidad de que se devolviese la democracia al sistema político, asumiendo con ello también el llamado a comprometerse y hacerse parte de la lucha partidista que se desarrollaba desde que se instaló la Concertación de Partidos por la Democracia, principal alianza política en contra de Pinochet y la derecha que lo acompañaba.

Con la llegada del plebiscito ya no había dudas de que la cruzada avanzaba como una unidad en una dirección en específico. Al interior de cada campus, las luchas por la universidad se transformaron en luchas por el sistema político, produciéndose nuevamente una polarización política significativa entre quienes apoyarían al SI y que Pinochet continuase en el poder por 8 años más y quienes defendían el NO y la necesidad de un llamado a elecciones libres y democráticas, y en los diferentes escenarios se vivió a su manera dicha lucha por las opciones políticas. En el Instituto Pedagógico, ahora UMCE, donde la presencia de izquierda era sin lugar a dudas significativa, si bien la Concertación no significaba una alianza que apuntase a los aún vivos intereses revolucionarios de ciertos sectores, si se transformó en la opción para una gran mayoría del estudiantado, que se seguía manifestando en la calle en contra de la dictadura, y en donde muchos de sus líderes pasaron a tomar posición en las filas partidistas y desarrollaron una amplia actividad al interior del campus en beneficio de la campaña. Igual que en la USACH, donde también el estudiantado, generalmente de izquierda DC, se en-

frentó directamente contra los grupos de derecha que surgieron dentro de la institución como Avanzada Nacional, que militaban con una postura ultra nacionalista y por supuesto absolutamente autoritaria como la que mantenía la dictadura de Pinochet. En muchas ocasiones, la discusión se llevó a golpe limpio producto de la oposición política en ambos casos, pues, después de 17 años de intervención dictatorial dura, tampoco eran menos significativos los grupos que estaban abiertamente a favor de Pinochet. Mientras que en el caso de la PUC la lucha por el plebiscito también se desarrolló de manera tensa entre los grupos gremialistas y los universitarios democráticos, llegando incluso, en el campus Oriente, a dividirse entre dos casinos colindantes que atendían a una u otra facción.

Con el triunfo del NO y el avance hacia las elecciones de 1989, dentro de las instituciones se mantuvo la misma tendencia hacia lo nacional más que lo local, provocando que con el triunfo de Aylwin y bajo la promesa de una recuperación democrática en la medida de lo posible, los movimientos universitarios en general entrasen en un periodo de letargo, pues, después de todo y frente a una universidad que ya no era gratis, la carrera que no se terminaba, por la lucha frente a la dictadura, significaba una deuda difícil de pagar si es que no se hacía en un tiempo acotado. El comienzo de los 90 sólo significaría la esperanza de un cambio... un cambio que distaba mucho de ocurrir.

Capítulo VI

La universidad, que fue y será, de los 90 y más allá (en perspectiva general)

El fin de la dictadura y el comienzo de la democracia fue fatídico para las universidades chilena, lejos ya del triunfalismo que devino del triunfo del No y de la llegada de Patricio Aylwin al poder. Ninguno de los aspectos problemáticos y las decisiones políticas negativas, que devinieron en la destrucción del contexto universitario previo al golpe militar, se reformó o solucionó en el corto plazo. Muy por el contrario, las mismas condiciones en que se pactó la transición y la institucionalidad política dejada por Pinochet sirvieron como una camisa de fuerza que limitó cualquier tipo de modificación, tanto en lo político, económico y social. Eso y la falta de voluntad por parte de los gobiernos de la concertación que siguieron al régimen, quienes, al poco andar, más que verse limitados por la herencia dictatorial, incluso posibilitaron la profundización de la ideología neoliberal dominante. Ello determinó un contexto particularmente complejo para las universidades públicas, principalmente, quienes debían enfrentar un nuevo escenario y en las peores condiciones posibles después de 17 años de combate en su contra.

Este nuevo contexto implicaba la consolidación absoluta de un mercado educacional, a través de una reconfiguración completa de la Educación Superior con la irrupción de las nuevas universidades privadas, las cuales desde 1982 proliferaron significativamente hasta alcanzar una mayoría absoluta hacia fines de la década de los 90, transformando completamente un panorama antaño dominado por las universidades públicas.

Las primeras universidades privadas surgieron gracias a las disposiciones creadas por la Nueva Legislación universitaria de 1981, que abrió la posibilidad en torno a la intrusión de intereses privados dentro del nascente mercado de la Educación Superior en Chile. En tal sentido, la ley de Pinochet, que claramente resultó demoledora para las universida-

des públicas, posibilitó el cambio de eje que abrió el inicio del momento actual en que se desenvuelve el panorama universitario, y que sólo se profundizó en la década venidera. En palabras de María Olivia Mönckeberg (2007):

(...) antes del cambio de mando del 11 de marzo de 1990, surgió la mayoría de las universidades privadas existentes hoy, amparadas todas en la legislación de 1981 que cambió radicalmente el mapa histórico de la educación superior chilena. La Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, la hoy famosa LOCE, dictada por Pinochet, como acto de despedida el día antes de dejar La Moneda, ayudó a rayar una cancha que les permitía prosperar. (18)

Prosperidad que invocó a cada vez más actores a participar dentro de ese mercado educacional, tanto en el ámbito escolar como en Educación Superior, que crecía y consolidaba. La mayoría de las universidades privadas creadas pertenecían a figuras, conglomerados y empresarios de derecha, estrechamente vinculados a la dictadura de Pinochet, quienes a través de las cuantiosas utilidades lograron torcer la legislación y obtener un holgado beneficio económico a través del ofrecimiento de carreras para una demanda también cada vez más creciente. Siguiendo con Mönckeberg:

Por ley, en Chile las universidades son corporaciones o fundaciones sin fines de lucro. Sin embargo, en la realidad, las universidades privadas obtienen cuantiosas utilidades, mientras sus verdaderos dueños usan diversos subterfugios para lograr captar más dinero, proveniente de los elevados aranceles que pagan los “estudiantes clientes”, para seguir haciendo funcionar la máquina de esta peculiar industria.

Develar cómo opera el rentable “negocio” en las universidades privadas es tarea compleja que implica tomar los hilos de tupidas redes que ocultan con sofisticadas operaciones la verdadera información sobre el manejo de los recursos. “Todo es legal”, es una afirmación que se suele escuchar, pero también lo es que, en la mayoría de los casos, nada es verdadero. (11)

Hacia fines de la década de los 90, ya se encontraban en funcionamiento 30 universidades privadas a lo largo de todo el país, fundadas desde 1982, en el marco de la Nueva Legislación universitaria, 20 de ellas

bajo la LOCE. En la Región Metropolitana, las universidades estatales o tradicionales como la Universidad de Chile, PUC, USACH, UMCE y UTEM (creada en 1993 a partir del Instituto Superior de Santiago, de la Universidad de Chile) convivían y competían con la Universidad Diego Portales (1982), Gabriela Mistral (1982), Central de Chile (1982), Mayor (1988), Finis Terrae (1988), La República (1988), Bolivariana (1988), Andrés Bello (1989), UCINF (1989), Adolfo Ibáñez (1989), ARCIS (1989), Bernardo O'Higgins (1990), Blas Cañas (1990, actualmente Católica Raúl Silva Henríquez), Del Desarrollo (1990), Del Pacífico (1990), SEK (1990), Mariano Egaña (1990, posteriormente Pedro de Valdivia y Del Alba en la actualidad), Santo Tomás (1990), Los Andes (1990), UNIACC (1991), Vicente Pérez Rosales (1992 y actualmente INACAP), Iberoamericana (1994), Alberto Hurtado (1997) y Cervantes (1997) (Cruz-Coke 1544). Salvo algunas excepciones, la mayoría de ellas ocultaba bajo su propuesta formativa —generalmente ligada a un enfoque religioso o ideológico propio— un intenso lucro a través del cobro de altos aranceles a sus estudiantes, muchas veces pagados a través de créditos solicitados en entidades bancarias que, en muchos casos, también pertenecían a los mismos dueños o estaban estrechamente vinculados a los directorios de las universidades.

En ese escenario, las universidades tradicionales enfrentaban una dinámica completamente distinta de funcionamiento respecto del periodo anterior. Ahora se instalaban lógicas de competencia dentro de un mercado universitario común, cuestión completamente nueva para ellas, en que debían enfrentar una amplia e intensa publicidad dentro de la disputa de los postulantes por parte de las universidades privadas, cuestión que se fue profundizando con la consolidación del sistema y con el surgimiento de aún más planteles. Dentro de ese contexto, las tensiones y luchas identitarias arrastradas desde las fracturas producidas durante la dictadura en cada uno de los planteles abordados, tendieron hacia cierto congelamiento, o más bien, a una consolidación en cuanto a sus dinámicas identitarias, en que los discursos y memorias en tensión confluyeron dentro de cada una de las instituciones, más que como una problemática o disputa interna, como un elemento constitutivo de la identidad en que cada universidad se desenvolvía dentro del complejo nuevo panorama a partir de los 90. Dicha condición y posición fue determinante dentro de los procesos venideros que vivió cada una de las universidades, con experiencias diametralmente distintas, según las condiciones en que se encontraban posterior a la reforma de 1981.

El nuevo panorama universitario exigió a las universidades antiguas diferenciarse y destacarse de entre la amplia oferta universitaria a fin de poder competir en buenos términos frente a los nuevos planteles privados, los que destacaban por una fuerte inversión para hacer más atractiva la posibilidad de formarse dentro de sus aulas, laboratorios y espacios, con docentes de renombre y tecnología de punta. En ese contexto, las universidades públicas, particularmente, partían en una severa desventaja, dadas las disposiciones establecidas por el régimen de Pinochet, que en general se tradujeron en una precarización económica brutal de cada una de las exsedes de la Universidad de Chile. A cambio de ello, y en un proceso que ya venía desarrollándose con fuerza desde los 80, las universidades públicas sustentaron su lugar y discurso en la identidad y en la tradición, como elemento distintivo y diferenciador dentro del panorama, reforzando una autoimagen que refería a su trayectoria, a la calidad de su enseñanza, a la exigencia y la excelencia, tanto en el ingreso como en el proceso formativo. Esa diferenciación, profundizada incluso desde lo nominal con el reforzamiento de lo que significaba la “Universidad tradicional”, posibilitó mantener un lugar claramente distintivo dentro del imaginario universitario, y asimismo seguir ubicadas en la cima del contexto universitario nacional. No obstante, si bien dicha posición era compartida por todas las universidades que formaban parte tradicionalmente del CRUCH, también se hacían diferenciaciones radicalmente profundas entre ellas, puesto que, y a pesar de cierta camaradería entre las universidades públicas principalmente, también eran competencia dentro del mercado neoliberal universitario.

Dentro de ese panorama, sin lugar a duda, y de entre las universidades que he abordado en esta investigación, la PUC se encontraba en una posición absolutamente aventajada, no sólo por las cifras, figuras, trayectoria y la tradición que la destacaban de entre las universidades tradicionales, como una de las mejores del país, sino que también porque, a diferencia de las universidades públicas, si contaba con una cuantiosa fortaleza económica y una inversión creciente que incluso superaba a los esfuerzos de las universidades privadas.

A la PUC la misma dictadura como su fin no le afectó demasiado, más bien, lejos del costo humano e intelectual por la desaparición y expulsión tanto de estudiantes como docentes, terminó ampliamente fortalecida desde lo institucional al final de proceso. Frente al nuevo escenario, el discurso identitario continuidad y el silencio frente a lo que fue el trauma militar —aquí no ha pasado nada— se mantuvo por varios años

más de forma incuestionable, y, por lo demás, siendo muy positivo, servil e instrumental a las dinámicas en que las universidades tradicionales se diferenciaban dentro del contexto. La PUC no sólo había sobrevivido al proceso, sino también, se había posicionado, dentro del imaginario general, como la mejor o más preparada universidad en Chile.

Tal era la dinámica de continuidad, que Juan de Dios Vial, quien fuese el último rector designado por la dictadura y la Iglesia, estuvo en su puesto hasta el año 2000, dejando el cargo exclusivamente por su edad y cansancio, dedicándose particularmente, durante los 10 años que siguieron al fin de la dictadura, a continuar y profundizar, con éxito, el proceso ya comenzado por Jorge Swett. La Universidad mantuvo y reforzó aún más su imagen e identidad dictatorial y previa a ella, en cuanto al orden, progreso, excelencia y religiosidad, muy considerados y bien ponderados bajo los nuevos parámetros neoliberales, que, por lo demás, le acomodaban muy bien. De tal manera, la Pontificia Universidad Católica de Chile siguió creciendo significativamente durante el periodo de Vial, y asimismo durante el rectorado de Pedro Pablo Rosso (2000-2010), en torno a la apertura de nuevos programas, como el College de la Universidad en 2007, en que ingresaron 700 nuevos estudiantes al programa, la creación de nuevas alianzas, la ampliación e inversión en nuevas instalaciones dentro de los campus, entre otras más, bajo el Plan de Desarrollo 2000-2005. En ese sentido, el mismo Plan daba cuenta de un diagnóstico general de la educación universitaria en Chile, y del lugar que tenía la PUC en ese escenario.

Durante las últimas dos décadas nuestro país ha estructurado un sistema de educación superior considerablemente más amplio y diversificado que el tradicional. Esto, sin duda, representa un avance considerable, pero no es menos cierto que la expansión y diversificación se ha hecho a expensas de un deterioro de la calidad académica.

Comparado con las universidades de los países líderes, el sistema universitario chileno muestra una serie de carencias propias de los países en vías de desarrollo. Entre éstas destacan las estrecheces financieras, un cuerpo académico integrado mayoritariamente por personas sin estudios de postgrado, una infraestructura física de mala calidad, y una gestión académica ineficiente. De un total de más de sesenta universidades sólo cinco, incluyendo la Pontificia Universidad Católica de Chile, tienen las características básicas de las denominadas «universidades de inves-

tigación». (Plan de Desarrollo Pontificia Universidad Católica de Chile 2000-2005)

Dentro de dicho plan, también queda plasmada la autoimagen de la Universidad, particularmente relacionada con una identidad de progreso y avance significativamente superior respecto de sus pares.

Nuestra Universidad goza del prestigio de ser una de las dos mejores universidades, y para algunos expertos, la mejor de nuestro país. Una serie de indicadores respaldan esta bien ganada reputación, entre ellos su capacidad de atraer un porcentaje mayoritario de jóvenes con los más altos puntajes en la PAA; el elevado porcentaje de académicos con grados de Magíster o Doctor; el reconocimiento otorgado por organismos acreditadores internacionales a algunos de sus programas de formación; el alto índice de impacto de sus publicaciones científicas, etc.

Como es fácil de suponer, los buenos indicadores de calidad académica reflejan, a su vez, una buena gestión administrativa, en la que participan las autoridades unipersonales y una comunidad laboral, en general motivada y técnicamente competente. Un aspecto particularmente favorable ha sido la administración de los recursos financieros, lo que ha permitido mantener un equilibrio adecuado del presupuesto operacional, mantener montos significativos de beneficios estudiantiles, y llevar adelante un masivo plan de renovación y expansión de la planta física. (Plan de Desarrollo Pontificia Universidad Católica de Chile 2000-2005)

El Plan propuesto y desarrollado por Rosso, planteaba a la PUC como una universidad que debía de mirar principalmente a las universidades estadounidenses como modelo de desarrollo, sobre todo en cuanto a la posibilidad de transformar el plan de estudios hacia un plan de formación general, según comentaban, directamente relacionado con la tendencia seguida en el mundo occidental.

Para lograr los objetivos anteriores las universidades de los EE. UU. están reforzando y remozando sus programas de formación general, expandiendo el aprendizaje activo, favoreciendo la educación personalizada, promoviendo las actividades de investigación en el pregrado y expandiendo los programas de intercambio académico con universidades extranjeras. Esto último como una forma de estimular el interés por otras

culturas e idiomas. Por otra parte, en una situación bastante heterogénea, y muy marcada por una tradición educacional distinta, las universidades europeas se están esforzando por seguir el mismo camino de sus congéneres norteamericanas, particularmente en lo que se refiere a los programas de formación general, una experiencia para ellos relativamente nueva. (Plan de Desarrollo Pontificia Universidad Católica de Chile 2000-2005)

El Plan de formación general, aplicado desde 2002, se tradujo en la posibilidad de que los estudiantes pudiesen tomar ramos de otras carreras, estableciéndose como un sello dentro del plan formativo de la universidad. Cuestión que fue destacada en el proceso de acreditación de 2004, que culminó con la universidad acreditada por 7 años, el máximo otorgable dentro del sistema.

Todo lo anterior ayudó significativamente a cultivar y fortalecer aún más el perfil e identidad de la PUC. Finalmente, y a diferencia de otros espacios universitarios, su historia se constituía, y constituye, desde esa continuidad total, en torno a una lógica progresiva de triunfos y consolidación permanentes en el camino a transformarse en la universidad n°1, siguiendo la visión propia, en Chile. Cuestión que por lo demás, también tiene parangón dentro de los *rankings* universitarios que hoy cunden, determinan y orientan los esfuerzos de cada uno de los planteles, como síntoma muy propio del escenario neoliberal en que se desenvuelven.

Desde los 90 los *rankings* universitarios comenzaron a ser replicados a nivel mundial, a partir de las primeras mediciones que se desarrollaban especialmente en EE. UU., transformándose en barómetros determinantes de la dirección y desenvolvimiento de las diferentes universidades tanto en Chile como en el mundo. En nuestro caso local, el primer *ranking* universitario fue desarrollado por la extinta revista *Qué Pasa*, propiedad de COPESA S.A, titulado “Las Mejores Universidades de Chile”, quienes establecieron una primera medición del panorama universitario nacional, con base en una serie de criterios, tanto cualitativos como cuantitativos, en las dimensiones de: percepción de calidad, calidad de la gestión, calidad de los académicos, calidad de alumnos y calidad de investigación, en general compartidos por encuestas similares en el extranjero. A dicha publicación anual se le sumaría también *El Mercurio* con una encuesta propia, bajo dinámicas similares (Ganga-Contreras et al. 417-418).

El impacto social y mediático de los *rankings* obligó a todas las universidades a cumplir dichos estándares y a embarcarse en la lucha permanente por el cumplimiento de dichos criterios, sumado a las dinámicas propias de la acreditación que homogeneizaron a las instituciones en torno a una imagen común de universidad. En ese sentido, plantea Claudia Reyes:

Si se observa con detención qué es lo que se mide, cuáles son los énfasis que ponen los *rankings* en la definición y ponderación de dimensiones e indicadores, se revela un cierto modelo de universidad que será el referente. este se encuentra bajo el paradigma de las grandes universidades de investigación. De acuerdo con este argumento, la universidad de mejor calidad sería: aquella de mayor tamaño que realiza las funciones de docencia y que también desarrolla intensivamente la investigación; la que hace más y mejor investigación en toda la variedad de disciplinas existentes; aquella que dispone de un cuerpo académico mayoritariamente con grado de doctor o PhD. (lo que supuestamente hace a la institución más productiva en publicaciones indexadas y en patentes de invención); y es también la institución que logra el mayor impacto mundial de esas publicaciones. este modelo de universidad en Chile es también el que presenta los mejores indicadores de eficiencia docente, aquella institución donde los estudiantes no desertan y se titulan en el menor tiempo posible, donde los graduados mayoritariamente encuentran trabajo poco tiempo después del egreso, obteniendo las más altas remuneraciones. es decir, una universidad integrada por un perfil de estudiante “ideal” o más propiamente dicho, imaginario o inexistente. (175)

Lo anterior supuso una real diferenciación para las universidades dentro del sistema y el mercado, resaltando y remarcando aún más las desigualdades y carencias, principalmente económicas, de ciertos planteles provenientes del antiguo sistema público frente a sus pares privadas. Por un lado, la falta de recursos para infraestructura, contratación y actualización de académicos (en las universidades estatales muchos profesores, siendo académicos con trayectoria no necesariamente contaban con posgrados), inversión y apertura de nuevas carreras, y la evidente deuda arrastrada producto de la disminución de su financiamiento, dejaron a muchas instituciones frente a un panorama aún complejo, pues de a poco esas ausencias fueron traducidas en un desmejoramiento de la calidad. En ese estado de cosas, la situación favoreció a muchas univer-

sidades privadas, que, incapacitadas de hacer referencia a la tradición e historia de las universidades tradicionales, comenzaron a enfocarse hacia el logro de esos nuevos criterios en torno a la calidad, que dada su alta capacidad económica se tradujo en importantes inversiones por parte de sus dueños o directores para obtener alta acreditación y una buena posición en los *rankings*. Esa situación empeoró aún más a través de la LGE de Michelle Bachelet en 2006, cuando las universidades privadas pudieron, a partir de dichas cifras y posicionamiento, acceder a muchos más fondos públicos, lo cual se tradujo para las universidades del Estado en una mayor competencia por los recursos y en una amenaza aún mayor para su estabilidad económica.

Pero la situación anterior no era la de la PUC, muy por el contrario, llegó incluso a instalarse como la universidad faro dentro del contexto, sólo considerando como competidora histórica a la Universidad de Chile, con quien disputaba permanentemente el primer lugar dentro de los diferentes *rankings* nacionales, y también dentro de los podios que ocupaban a nivel internacional. De tal forma, la universidad privada más antigua de Chile, encabeza hasta hoy la cima del modelo y sistema universitario neoliberal, consolidando aún más su relato histórico de continuidad exitosa y progresiva. Y pongo énfasis en ese relato histórico e identitario de continuidad absoluta, pues, institucionalmente, la universidad ha sido particularmente reticente a considerar momentos oscuros, o de quiebre al interior de su autoimagen. De hecho, sobre la reforma que encabezó en 1967 aún no hay mucho, y de sus memorias de la dictadura bastante poco. Solamente hace 9 años atrás, en medio del fragor de los 40 años del golpe de Estado en 2013, la institución se abrió a reconocer a sus detenidos desaparecidos entregándoles, después de 23 años de terminada la dictadura, sus títulos póstumos. El año 2016 recién reconoció en un “Acto de Reconocimiento” a sus profesores exonerados durante el régimen, pero aún queda mucho por develar al respecto. Ya desde un tiempo a esta parte, por iniciativa exclusivamente de estudiantes de la Universidad, comenzó a funcionar el Colectivo de Memoria en la UC, que ha logrado recuperar con éxito parte de la historia vedada de la institución, porque, siendo sincero, aún hay muchos protagonistas que están esperando jubilarse para poder entregar datos y testimonios de lo que ocurría en sus aulas. Por eso la identidad de la UC es una identidad continuista en base al olvido, consolidada en torno a la negación de quiebres y procesos desde un discurso institucional, que aún se mantiene férreamente vigente, en espera de nuevos procesos deconstructivos que

sólo por instantes la ponen nuevamente en jaque y abra ventanas para su reflexión.

En el caso de la USACH, la experiencia vivida por la Universidad durante el periodo de los 90 en adelante también siguió la dinámica general propuesta, es decir, una consolidación mayor de las transformaciones instauradas en la dictadura, en su caso particular en torno a la relación entre la memoria de la UTE y el surgimiento de la USACH, donde esta última, bajo la propuesta constructiva que he señalado, logró durante el periodo consolidarse y llenarse por completo de contenido, totalizando el lugar y absorbiendo a la EAO-UTE dentro de esa nueva construcción identitaria.

El fin de la dictadura y la salida del último rector designado Raúl Smith Fontana abrió un espacio en general de reconciliación y de conexión con la memoria dentro de la Universidad, tal cual como se impulsó por parte del gobierno de Patricio Aylwin en la creación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, o Informe Rettig en 1990. El nuevo rector de la USACH, Eduardo Morales Santos, impulsó la Comisión de Reconciliación Universitaria UTE-USACH también en 1990, encargada a los académicos Narciso Contreras, Juan G. Muñoz, Octavio Urbina y Francisco Gil, quienes tuvieron la misión de identificar y enumerar los casos de personas desaparecidas y detenidas dentro de la Universidad desde 1973 hasta la fecha. En el espíritu de la misión, el rector Morales señalaba:

Desde que asumí el cargo de Rector de la Universidad de Santiago de Chile mi anhelo fundamental ha sido que nuestra convivencia universitaria se caracterice por un diálogo permanente que ayude a fundar un ambiente de sana armonía, creando así, las condiciones para una verdadera reconciliación entre todos los miembros de esta comunidad, la cual ha sido alterada, en el pasado, por sucesos que en el plano nacional destruyeron nuestra tradicional observancia de las normas de un Estado de Derecho.

[...] Dar a conocer lo que ha sucedido en nuestra Universidad no significa querer reeditar los conflictos que lo generaron ni abrir viejas heridas. Se trata más bien de querer tomar conciencia de lo sucedido, conociendo la verdad, sin la cual no puede haber justicia, y solo si existen ambas, se podrá alcanzar la paz que es el primer fruto de la reconciliación. Si no se

conoce la verdad y si no hay justicia, todo afán de reconciliación se reduce a un mero encuentro emotivo sin mayor trascendencia. (USACH 33)

Del informe se desprendió finalmente un saldo de 88 víctimas de la dictadura militar dentro de la institución, entre ejecutados políticos y desaparecidos. En 1991, a partir de la publicación del informe y su presentación ante la comunidad universitaria, se entregaron certificados que acreditaban la calidad de estudiantes a los familiares de las víctimas. Posteriormente, en 2013 y a partir de una revisión y ampliación del informe, la Universidad, a través del rector Zolezzi, entregó los títulos póstumos a las familias de 39 estudiantes que fueron asesinados por la dictadura.

De tal forma, la USACH hacía patente un esfuerzo e interés institucional por mantener viva la memoria de la UTE y hacerse cargo de la herida dejada por la dictadura, expresada en nuevas iniciativas y actividades ligadas a ello, que se traducen en la publicación de textos sobre el periodo, principalmente ligados al género testimonial, que han contado con el respaldo y apoyo económico de la universidad⁴⁶, a la vez que la compilación de material de archivo, el cual también se ha publicado en diversas ocasiones. En 2009, y por iniciativa estudiantil, se constituyó oficialmente el Archivo Patrimonial de la Universidad de Santiago de Chile, bajo el objetivo de custodiar, conservar y poner en valor el patrimonio material e inmaterial de esta casa de estudios, y que actualmente recopila, digitaliza y construye material referente a la EAO, UTE y USACH, con un claro énfasis en las dos primeras instituciones.

No obstante, y tal como planteaba el rector Morales, el ejercicio de toma de conciencia no implicaba abrir las viejas heridas o revivir los conflictos, lo que perfectamente se puede relacionar a la falta de interés y voluntad institucional en volver a la antigua UTE. Es decir, si bien por parte de los diferentes rectores se ha posibilitado y perseguido llenar de contenido a la USACH con la memoria histórica y la tradición que representaba la UTE (y la EAO), en ningún caso buscó o impulsó un cambio hacia atrás, muy por el contrario, el nuevo perfil y carácter de la Universidad de Santiago siguió consolidándose aún más desde los 90, rebasando significativamente la identidad ingenieril que distinguió a la institución durante buena parte de su historia, caminando hacia la profundización de una universidad más amplia y dedicada a todas las áreas del conocimiento. Así, durante el rectorado de Morales, se crearon las

⁴⁶ Al respecto puede consultarse la bibliografía utilizada para este trabajo. La mayor parte de dichas publicaciones se han desarrollado bajo el alero de la Editorial USACH.

carreras de Psicología, Arquitectura, Periodismo, Medicina, Enfermería, Obstetricia y la fundación de la Facultad de Ciencias Médicas y la Facultad Tecnológica y del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA-USACH). Con ello la USACH tomaba más fuerza y forma como nueva institución, a la vez que se volvía más competitiva para desenvolverse dentro del contexto neoliberal.

En este último sentido, los rectorados de Morales y los posteriores con Ubaldo Zúñiga (1998-2006) y actualmente Raúl Zolezzi (2006-2022) han impulsado de forma significativa una política de crecimiento, inversión y modernización mucho mayor de la USACH, no sólo con la creación de nuevas carreras —que han ido en aumento hasta la fecha—, sino también a través de la creación de diversas entidades mucho más ligadas al mundo empresarial, a la capacitación de personas y a la capitalización de la universidad. Bajo dicho marco, en 1991 la Universidad creó el Consejo de Desarrollo Social Empresarial, con el objetivo de fortalecer lazos entre la institución y el mundo empresarial, a fin de resolver requerimientos y necesidades dentro de ese ámbito. Tal fue la efectividad de dicho Consejo que en 1994 se logró que se adecuara jurídica y legalmente por medio de la constitución de la Fundación Universidad-Empresa en 1994, que actualmente impulsa diferentes proyectos a través de fondos tanto públicos como privados. En 1992, también la Universidad creó la Sociedad de Desarrollo Tecnológico, o SDT, cuya misión y razón de funcionamiento es una institución orientada al mercado nacional e internacional, que asume la tarea de crear y desarrollar vínculos permanentes de transferencia tecnológica desde la Universidad hacia el sector productivo en una perspectiva de *management*.

Asimismo, en 1997, se creó el Servicio de Gestión Informática y Computación (SEGIC), una empresa privada perteneciente a la Universidad, cuyo objetivo es principalmente la entrega de soluciones en el campo de las tecnologías de información. Sumado a lo anterior, la Universidad ha ampliado significativamente su oferta académica, a través de la creación de cursos de postítulo, diplomados, magister y doctorados, logrando posicionarse y consolidarse dentro del mercado universitario nacional como una institución relevante y que lidera ámbitos ligados al desarrollo tanto científico y tecnológico.

Dicho esfuerzo y objetivos tuvieron parangón también dentro de la acreditación institucional de la USACH, que pasó de los 3 años en 2003 a 6 años desde 2008, y en cada uno de los procesos de acreditación hasta 2020, cuando la Universidad logró acreditarse por el máximo posible con

7 años, condición en la que se encuentran sólo cuatro universidades a nivel nacional: la PUC, Universidad de Chile y Universidad de Concepción. Dentro del mismo contexto, la búsqueda incesante de la Universidad por subir en el *ranking* también ha sido una constante, luchando por el 3er lugar a nivel nacional, y apareciendo en *ranking* internacionales donde constantemente ha experimentado un aumento en su posición tanto en el mundo como en América Latina.

En ese sentido, la USACH ha vivido un profundo proceso de transformación y puesta a tono con el contexto en que se desenvuelve, asumiendo y fortaleciendo un perfil competitivo dentro del modelo neoliberal, que por lo demás ha resultado, al menos en las cifras y en su imagen institucional, en un proceso exitoso. Atrás queda ya la imagen y condición de una universidad incompleta o parcial, que acompañó a la UTE en su creación, por el contrario, la actual USACH se posiciona y reafirma como plantel hasta el punto de mirar como competidora particularmente a instituciones como la PUC, de cuyo ejemplo ha tomado varios elementos, como el mismo hecho de ser una de las primeras universidades públicas en desarrollar publicidad a través de la televisión.

De tal forma, la identidad constructiva que he definido para la USACH toma forma y consolidación, de una relación en que EAO y UTE son principalmente la memoria histórica de una institución que se enfoca necesariamente en avanzar y que hegemoniza dicha identidad al menos desde lo institucional. Hoy la USACH cuenta con *merchandising* propio que explota esa misma identidad, a través del discurso de la identidad “usachina”, la enarbolación del logo institucional y de la mascota de la universidad, quien es un león por lo demás, la imagen institucional del escudo de la Universidad de Santiago.

No obstante, y aún enmarcándose dentro de la identidad constructiva, en lo que refiere al estudiantado de la Universidad si mantiene mucho más presente una tradición con la UTE, aunque también bajo la nueva identidad, que refleja una continuidad en cuanto al rol y perfil que mantiene la misma universidad como un espacio particularmente combativo y sumamente político dentro del contexto. El estudiantado de la USACH ha sido un actor permanente dentro de cada movilización estudiantil desarrollada desde los 90 en adelante, manteniendo en general una posición política clara, similar a la que caracterizó a la UTE y de la que siguen manteniendo el grito que se utilizaba en la calle. En ese contexto, incluso esa misma movilización estudiantil se ha transformado en un problema permanente para los intereses institucionales de

la USACH, que se paraliza constantemente y con ello coloca en tensión y en amenaza a la imagen neoliberal que se busca profundizar. Pero, y aun así, insisto que el proceso de identificación con la nueva universidad si ha sido efectivo en el mismo estudiantado. Finalmente, parte de ello también está en impregnarse de la memoria histórica institucional, dentro de la cual el mismo ejercicio estudiantil ayuda a fortalecer aún más dicho vínculo.

Un caso completamente distinto a la USACH y a la PUC fue la experiencia de la UMCE. Mientras que en los casos anteriores, las identidades y lógicas implementadas durante la dictadura y su consolidación posterior devinieron también en cierta capacidad que les permitió desarrollarse cómodamente dentro del contexto neoliberal contemporáneo, en el anterior Pedagógico incluso se profundizó la visión decadentista que marca aún su herida y trauma por la pérdida provocada en dictadura, sumada y profundizada ahora con nuevos problemas que han amenazado en más de una ocasión su sobrevivencia como institución. En ese sentido, la identidad reconstructiva se ha traducido en una herida completamente abierta y paralizante para la universidad, pero también en un ancla casi necesaria, pues posibilita, después de todo, mantener a flote cierta imagen que sopesa en parte la permanente y creciente crisis que ha debido sobrellevar.

El fin de la dictadura trajo consigo la salida del rector Alejandro Guzmán (1989-1990), breve reemplazo de Héctor Herrera Cajas (1986-1989) quien marcó y caracterizó la última fase de la dictadura militar, a través de varias polémicas y dinámicas que lo instalaron como un persecutor por excelencia. En ese contexto, claramente la recuperación democrática traía consigo la esperanza por parte del estudiantado y el profesorado de una revitalización de la universidad, la cual finalmente nunca llegaría. Muy por el contrario, la situación de la universidad frente al nuevo contexto neoliberal era profundamente desigual. Por un lado, el estatuto establecido en torno a la UMCE desde su creación imposibilitaba a la Universidad a abrir más carreras o ampliar su oferta académica a áreas distintas a la pedagogía, por lo cual, a diferencia de la PUC y la USACH que comenzaron un crecimiento acelerado durante los 90, la UMCE estaba circunscrita a permanecer como estaba. Dicha situación desmejoraba aún más la situación económica de la Universidad, pues si bien se mantenía una matrícula alta y constante, esta no era suficiente para paliar el déficit heredado desde 1981, en que el aporte estatal fue disminuyendo considerablemente, obligando a las universidades a en-

deudarse para mantenerse en funcionamiento. En ese mismo contexto, los nuevos rectores de la concertación tampoco ayudaron a revertir el panorama, sino todo lo contrario, más bien se mantuvo como constante una situación de recorte presupuestario, que Rubilar señala claramente:

Superado el desfinanciamiento crónico, generado por la desregulación del Estado respecto de la Educación Superior (1981), porfiadamente continuada por los gobiernos democráticos, la UMCE ha podido alcanzar un precario equilibrio presupuestario, a costa del sacrificio de parte de su patrimonio territorial (venta de activos) y de los sueldos de sus funcionarios y académicos. Durante estas décadas, la pauta ha sido: “restricción económica”, “estado de emergencia”, “sacrificio de la comunidad”, en una situación de “reajuste presupuestario permanente. Es así como se ha posibilitado su supervivencia y mantención de mínimas condiciones de remuneraciones, infraestructura y apoyo logístico para su qué hacer académico (59).

Los rectores en cuestión fueron Alejandro Ormeño (1990-1994), Jesús González (1994-2000) y Raúl Navarro (2000-2009), con quienes la crisis económica de la Universidad se acrecentó aún más, tanto por la situación de desfinanciamiento estructural, como a su mala gestión, hasta el punto de que, en lugar de expandirse, la Universidad incluso perdió espacios de sus campus. Para paliar parte de su deuda, la Universidad debió vender todos los terrenos que antiguamente colindaban con Av. Grecia al sur y al oriente con Dr. Johow, que actualmente albergan a una serie de edificios.

Sin dinero ni nuevas entradas, la UMCE no tuvo posibilidad de realizar las transformaciones requeridas para ser más competitiva dentro del escenario neoliberal, avanzando de forma muy lenta respecto de otros planteles. Ello se tradujo en una contratación de nuevos docentes principalmente en la modalidad a honorarios, pocos programas de postgrado, limitados fondos para investigación, todos aspectos relevantes dentro de los procesos de acreditación institucional.

Tal fue la situación financiera y económica de la UMCE, que en una navidad hacia fines de los 90 la Universidad debió endeudarse a través de un crédito para pagar a sus funcionarios y profesores, llegando el dinero en un camión blindado y siendo recibido por estos en efectivo.

Hacia fines de mayo del año 2000, la UMCE vivió la puesta en escena más clara y evidente de cómo todo lo ocurrido desde la dictadura

confluía en una profunda crisis institucional, que remeció la Universidad hasta los cimientos.

La crisis si bien inició con una paralización estudiantil a partir de demandas en torno a la entrega de créditos del Fondo Solidario escaló súbitamente en varios niveles debido a cuestiones que se encontraban en tensión desde hacía algunos años atrás. Por un lado, se encontraba el desarrollo del Congreso Triestamental Valentín Letelier en 1997, del cual emanó un documento final el año siguiente que buscaba desarrollar un proyecto de refundación, construido por académicos, funcionarios y estudiantes, que esperaba transformar completamente a la UMCE y retomar parte de su antiguo carácter. Sin embargo, el rector González hizo caso omiso de dicha exigencia, tensionando las relaciones entre los diferentes estamentos dentro de la Universidad (Rubilar 64-67). El otro factor era la situación extremadamente crítica de la UMCE en términos económicos, lo cual daba cuenta de una existencia casi inviable en términos financieros, lo que junto a la demanda coyuntural provocó una intensa movilización que se tradujo en paros, tomas y la huelga general dentro de la Universidad.

Ante la crisis, buena parte de los estudiantes y prácticamente la mitad del cuerpo académico exigían la salida del rector González, mientras la otra mitad de los profesores junto con una cierta mayoría de funcionarios apoyaban al rector en crisis. La situación tomó nuevos ribetes cuando desde el MINEDUC, ante lo profundo y complejo de la precaria situación de la Universidad decidió, a partir de la demanda permanente también de la comunidad UMCE, posibilitar el regreso de la misma al alero de la Universidad de Chile, con lo cual volvería a ser el Instituto Pedagógico y a sanar, desde la memoria, esa herida abierta. Mariana Aylwin, ministra de Educación en aquel entonces, declaró en las páginas de *El Mercurio*:

A raíz del estado de ingobernabilidad total de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), agravado por el conflicto estudiantil de más de tres meses sin visos de solución, el Gobierno anunció el traspaso de ese plantel pedagógico a la Universidad de Chile. La medida implica el envío de un proyecto de ley con suma urgencia al Congreso muy posiblemente el lunes o martes próximos, según dio a conocer la propia al dar cuenta de los hechos. (El Mercurio)

La solución fue ampliamente aplaudida por el estudiantado, quienes mayoritariamente confirmaron a través de una votación su apoyo a la iniciativa gubernamental, sin embargo, al llegar el proyecto de ley al Congreso, su resultado fue completamente adverso para los intereses del antiguo Pedagógico.

La posibilidad fue negada dentro del Parlamento por parte de parlamentarios de la UDI y RN, quienes hicieron también eco de la posición de académicos y estudiantes de la Universidad de Chile, quienes luego de 20 años de distancia institucional, señalaban que la UMCE no tenía la calidad académica de la Universidad, y condicionando su retorno a una reelección y diferenciación tanto de profesores como de estudiantes. Por otro lado, también desde la misma UMCE había resistencia, principalmente por Raúl Navarro, quien reemplazó a González luego de su renuncia, y apoyado por quienes habían logrado obtener altos cargos dentro de una extensa burocracia con altos sueldos y una grata posición, por lo cual la anexión implicaba la pérdida de dichos espacios y cargos. La crisis finalmente devino en la negación del regreso del Pedagógico a la Universidad de Chile, y únicamente un nuevo salvavidas temporal (crédito) logró refinanciar las deudas y permitirle a la UMCE seguir existiendo.

Los años venideros no fueron más positivos para la institución. En 2002 la UMCE perdió el Liceo Experimental Manuel de Salas, bajo su administración y tutela desde su creación en 1932, que fue entregado a la Universidad de Chile, debido justamente a la profunda crisis existente en el plantel. Recién en 2007 se pudo recuperar en parte del golpe al pasar a su administración el Liceo Mercedes Marín del Solar, de la comuna de Ñuñoa, el cual, por lo demás, también ha estado en peligro permanente en cuanto a su continuidad.

Navarro dejó rectoría recién en 2008, la que fue asumida por Jaime Espinoza, quien continuó la dinámica de desfinanciamiento, corrupción y crisis permanente dentro de la Universidad, que incluso perdió el vínculo que mantenía, particularmente con base en créditos y deudas con el banco BCI, debiendo pasar a administrar sus propios fondos.

En tal contexto, la UMCE claramente ha vivido un proceso completamente distinto al de las demás instituciones de Educación Superior. Su alta calidad académica se ha visto diezmada por los otros ámbitos en que la Universidad claramente no logra repuntar, traduciéndose ello en una bajada permanente de sus años de acreditación, pasando en sólo dos procesos de 5 a 3 años únicamente. Situación bastante diferente de sus

carreras, en general, las cuales en algunos casos logran alcanzar el máximo de 6 años. Esta situación provocó que, ante la incapacidad de repuntar, actualmente se encuentre bajo un programa de Tutoría a cargo de la Universidad de La Frontera, de 6 años de duración, en espera de lograr solucionar las problemáticas constadas por la CNA y aumentar sus años de acreditación a un mínimo de 4 años dentro de un nuevo proceso. Por último, y en cuanto a los *rankings*, la UMCE ha vivido un descenso brutal y permanente, alejándose cada vez más del “top ten” y siendo superada por varias universidades privadas.

Si bien lo anterior es más bien una mirada general, sirve sobre todo para dar cuenta de la continuidad del proceso profundizado anteriormente y referente a la experiencia vivida por las universidades durante la dictadura militar. Y en tal sentido, sirve sobre todo para conectar con la memoria de lo que fue y lo que serán cada una de estas instituciones hoy enmarcadas dentro del contexto neoliberal que vivimos y que nos toca enfrentar. Desde ese punto de vista, claramente queda mucho más por profundizar, comprender y sobre todo dialogar en torno a estos procesos, de modo que también, desde ahí, sea posible mirar con perspectiva auroral, de modo de poder avanzar y vislumbrar lo que viene para el futuro.

Conclusión

La universidad que queremos que sea

Parto afirmando que a partir de las dinámicas de las identidades y procesos vividos por las universidades desde 1973 hasta la fecha se puede afirmar —¿cabe alguna duda?— que la dictadura triunfó en todo lo que buscó y quiso lograr a través de sus políticas desde el golpe de Estado sobre el panorama universitario nacional. Universidades aún vigiladas, prácticas completamente dictatoriales, poderes absolutistas instalados, funcionarios intocables, limitaciones institucionales, y aún mecanismos de represión explícita forman parte de una herencia, y que más que herencia es el sistema en sí mismo. Junto a ello, la lógica de un neoliberalismo desatado, aplicado sobre el espacio educacional chileno, se ayuda asimismo de las identidades actuales de nuestras universidades, ya sea usufructuando de su parálisis o fortaleciéndose con aquellas instituciones que asumen como avance y progreso el ingreso a las dinámicas contempladas dentro de la mecánica del sistema. Si comparásemos las identidades de las universidades antes de 1973 y hoy, evidentemente estaríamos en presencia de identidades completamente transformadas, en muchos casos, y bastante acomodadas después de todo dentro del panorama para el que ya han apostado y claramente se han transformado a partir de ahí.

Y por parte del movimiento estudiantil tampoco hay nuevas luces al respecto.

Como estudiante, me tocó vivir los movimientos estudiantiles del año 2006, conocida como la “Revolución pingüina”, y también el movimiento estudiantil del año 2011, uno de los más importantes desde la dictadura, que en buena parte reflejaban el cansancio de un estudiantado frente a la violencia con que nos sigue tratando el sistema universitario, y asimismo como una vuelta de los procesos inacabados y suspendidos con la intervención militar, que prometían, al menos hasta cierto punto, la reorganización de una lucha necesaria por la recuperación de lo perdido,

o de lo nunca tenido, para quienes hemos estudiado en universidades con posterioridad a la reforma de 1981. Pero ambos hechos no pasaron más allá de irrupciones, con una que otra significación y cierto revuelo, cuya fuerza se difuminó, en parte a través de los líderes que encabezaban la protesta, una vez que se transformaron en candidatos dentro de las coaliciones que se perfilaron para las elecciones que tendrían lugar hacia fines del 2013, y también por la incapacidad que tuvimos quienes fuimos parte de dicho proceso de construir una organización real, con capacidad de transformación y cambio frente al modelo. Es en torno a esto último es donde estuvo nuestro principal problema, como generación principalmente, pues más allá de las demandas, claramente urgentes pero no profundas, como la gratuidad, la necesidad de un mayor aporte y financiamiento, el fin de la PSU (PDT-PAES), el fin de la LGE, cambios en el sistema de becas y créditos, y asimismo la validez del pase escolar durante el verano, la demanda nunca fue capaz de construir o al menos estructurar una propuesta seria y nueva frente a lo que queríamos como universidades y como sistema educacional en general, por el contrario no pasó más allá de demandar, a gobiernos completamente neoliberales, transformaciones desde el Estado, cuando en realidad parte del problema era el mismo Estado. El mismo Estado que, tal como las universidades, se rige y funciona en base a la herencia intocable de Pinochet. Es frente a ello que nos mantenemos en una situación de acción confusa, sin rumbo ni norte, sin identidades, sin ideas y sin proyecciones, luchando por memorias que no son siquiera nuestras en búsqueda de transformaciones instrumentales que permitan satisfacer uno que otro apetito megalómano estudiantil, pues si bien la triestamentalidad y la democratización son aspectos que han vuelto a tomarse parte de las movilizaciones internas dentro de cada institución, no son más que el interés de formar parte de un gobierno universitario que sigue manteniendo los vicios y limitaciones del sistema en general, dentro de una percepción donde el neoliberalismo prima y acomoda a los sujetos que viven dentro de él.

Desde ese punto de vista, es completamente entendible la posición y mirada generalmente decadentista que prima sobre el análisis respecto de las universidades y su trayectoria particularmente desde la segunda mitad del siglo xx. No obstante, también hace falta pensar más allá. Es decir, y en parte eso es lo que pretendió este trabajo, leer y releer, no sólo revisando y reflexionando el trauma vivido por las instituciones de la que somos parte, sino también mirar críticamente el proceso por el cual se piensan y construyen las memorias desde esas mismas universidades. En

tal sentido, la búsqueda de un sentido, creo, debe también ser capaz de leer el neoliberalismo como el fin total y absoluto de una panacea total, y ser transformado en un punto de partida sobre el cual construir una nueva perspectiva.

Por ello, siento, lo que nos falta son nuevas utopías, nuevas ideas de universidad, que se hagan cargo de lo que hemos hecho y lo que hemos dejado de hacer respecto de ellas. Por ello el llamado es hacia formar nuevos vínculos con nuestras universidades y liberar sus identidades capturadas por el sistema, reproducidas y mantenidas por el mismo. Si Derrida se preguntaba sobre la “Universidad sin condición” es momento también de pensar en universidades sin condicionantes. En ese afán también cabe reescribir y repensar sus historias, conceptos y discursos y memorias como lo que son, plurales, problemáticas, traumáticas, reproducidas y críticas, a fin de ayudar a encontrar nuevos caminos que les permitan crecer y recuperarse del trauma que las inmoviliza dentro del cruento contexto en que simplemente sobreviven y proyectarlas hacia adelante. Lo que más nos falta a los universitarios es ser realmente críticos, y ello únicamente lo lograremos cuando empecemos también a ser críticos con nosotros mismos.

Espero que el presente trabajo aporte a ese ejercicio.

Bibliografía

Libros impresos

- ACU. *LIBRACU*. Santiago de Chile: LOM, 1997.
- Anderson, Benedic. *Comunidades imaginadas*. Ciudad de México: FCE, 2011.
- Ankersmit, Frank. *Experiencia histórica sublime*. Santiago de Chile: Palinodia, 2008.
- Aylwin, Mariana, Carlos Bascuñán, Sofía Correa, Cristian Gazmuri, Sol Serrano, Sol y Matías Tagle. *Chile en el siglo XX*. Santiago, Chile: Planeta, 1987.
- Benedetti, Mario. *El olvido está lleno de memoria*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2000.
- Bourdieu, Pierre. *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
- Brunner, José Joaquín y Carlos Peña (Eds.). *El conflicto de las universidades: entre lo público y lo privado*. Santiago de Chile: Ediciones UDP, 2011.
- Castillo, Eduardo. *EAO, La Escuela de Artes y Oficios*. Santiago de Chile: Ocho libros, 2014.
- Cifuentes, Luis (Ed.). *La reforma universitaria en Chile (1967-1973)*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago, 1997.
- Cifuentes, Luis. *Kirberg, testigo y actor del siglo XX*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago, 2009.
- Coloma, Jorge. *Peces en la Arena, crónicas de guerra UTE, 1973*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago, 1997.
- Consejo de Rectores. *Nueva Legislación Universitaria chilena*. Santiago de Chile: Secretaría general del Consejo de rectores, 1981.
- Correa, Sofía, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Manuel Vicuña y Claudio Rolle. *Historia del siglo XX chileno*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2001.
- Dooner, Patricio e Iván Lavados. *La Universidad latinoamericana visión de una década*. Santiago de Chile: CPU, 1979.

- Florescano, Enrique. *La función social de la Historia*. Ciudad de México: FCE, 2012.
- Frei, Eduardo. *Obras Escogidas*. Santiago de Chile: Ediciones del Centro de Estudios Políticos latinoamericanos Simón Bolívar, 1993.
- Gallardo, Juanita. *Vivir enfrentando las flechas. Relatos de vida de la EAO-UTE-USACH*. Santiago de Chile: VIME USACH, 2015.
- García, Diego, José Islay Pablo Toro. *Los muchachos de antes, historias de la FECH 1973-1988*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2006.
- Giannini, Humberto. *Giannini Público*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2015.
- Góngora, Álvaro, Patricia Arancibia, Gonzalo Vial y Aldo Yávar. *Chile 1541-2000 una interpretación de su historia política*. Santiago de Chile: Ed. Santillana, 2000.
- Góngora, Mario. *Civilización de masas y esperanza*. Santiago de Chile: Vivaria, 1987.
- Góngora, Mario. *Ensayo histórico de la noción de Estado en Chile siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2006.
- Inzunza, Andrea y Javier Ortega (Ed.). *Los Archivos del Cardenal. Casos Reales*. Santiago de Chile: Catalonia, 2012.
- Jara, Carolina y Álvaro Gueny. *EAO/UTE/USACH/ 1900-1985/ FOTOGRAFÍAS*. Santiago de Chile: Archivo DGA, 2012.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *El Chile perplejo, del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile: Planeta, 2001.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *La Escuela tomada*. Santiago de Chile: Taurus, 2015.
- Krebs, Ricardo. *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*, dos tomos. Santiago de Chile: Ediciones UC, 1997.
- Kunstman, Wally y Victoria Torres (Comps.). *Cien voces rompen el silencio: Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*, Santiago de Chile. Editorial Dibam, 2008.
- Lacapa, Dominik. *Historia en tránsito*. Buenos Aires: FCE, 2006.
- Lazzara, Michael. *Prismas de la memoria: narración y trauma en la transición chilena*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2007.
- Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria*. Barcelona: Paidós, 1991.
- Letelier, Valentín. *El Instituto Pedagógico*. Santiago de Chile: Publicaciones del Instituto Cultural Germano-Chileno, 1940.
- Mellafe, Rolando. *Historia de la Universidad de Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1992.
- Mellafe, Rolando y María Teresa González. *El Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile (1889-1981)*. Santiago de Chile: Departamento de Ciencias Históricas Universidad de Chile, 2007.
- Millas, Jorge. *Idea y defensa de la universidad*. Santiago de Chile: Ediciones UDP, 2012.

- Mönckeberg, María Olivia. *La privatización de las universidades*. Una historia de dinero, poder e influencias. Santiago de Chile: La Copa Rota, 2005.
- Mönckeberg, María Olivia. *El negocio de las universidades en Chile*. Santiago de Chile: Random House Mondadori, 2007.
- Muñoz, Juan, Carmen Norambuena, Luis Ortega y Roberto Pérez. *La Universidad de Santiago de Chile: Sobre sus orígenes y su Desarrollo histórico*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile, 1987.
- Nora, Pierre. *Les lieux de mémoire*. Santiago de Chile: LOM ediciones-TRILCE, 2009.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: FCE, 2013. Impreso.
- Rubilar, Luis. *Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (ex-Pedagógico), 1889-2010*. Santiago de Chile: Publicaciones UMCE, 2012.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile* (5 tomos). Santiago de Chile: LOM, 2002.
- San Francisco, Alejandro. *La toma de la Universidad Católica de Chile (agosto 1967)*. Santiago de Chile: Editorial Centro de estudios Bicentenario, 2007.
- Scherz, Luis. *La Universidad chilena desde los extramuros*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2005.
- Stern, Steve. *Recordando el Chile de Pinochet, en vísperas de Londres 1998*. Santiago de Chile: Ediciones UDP, 2009.
- Stern, Steve. *Luchando por mentes y corazones, las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. Santiago de Chile: Ediciones UDP, 2013.
- Universidad de Chile. *Cuatro textos de su historia 1842-1992*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1993.
- Universidad de Chile. *Imágenes de la Universidad de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1977.
- Universidad de Santiago de Chile. *Libro memorial de la Universidad Técnica del Estado y la Universidad de Santiago de Chile*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile, 2013.
- Vásquez, Héctor (Coor.). *Una luz sobre la Sombra, detenidos desaparecidos y asesinados de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Santiago de Chile, 2010.
- Villalobos, Sergio. *ContraDictadura*. Santiago de Chile: RIL editores, 2002.
- Winn, Peter, Steve Stern, Federico Lorenz y Aldo Marchesi. *No hay mañana sin ayer*. Santiago de Chile: LOM, 2013.

Artículos

- Acuña, María Elena. “Memorias colectivas”. *Anales de la Universidad de Chile*, 2013, pp. 351-385.
- Brunner, José Joaquín. *Revista de Sociología*, no. 19, 2005, pp. 31-49. <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/sociologia/articulos/19/1902-Brunner.pdf>
- Castillo, Simón. “El movimiento estudiantil en la Universidad Católica y los inicios de la democratización en Chile 1983-1985”. *Pensamiento crítico*, no. 2, 2002, http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_estudian/MSmovestudooo3.pdf
- Fleet, Michael. “Academic freedom and university autonomy in Chile”. *Latin American studies*, 1977, <https://lasa-4.lasa.pitt.edu/members/reports/AcademicFreedomChile.pdf>
- Martínez Rizo, Felipe. “Los rankings de universidades: una visión crítica”. *Revista de la Educación Superior*, vol. 40, no. 157, 2011, pp. 77-97, http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So185-27602011000100004&lng=es&tlng=es
- Meyers, Paul. “La intervención militar de las universidades chilenas”. *Mensaje*, vol. XXIV, pp. 379-384. http://biblioteca.uahurtado.cl/ujah/msj/docs/1975/n241_379.pdf
- Mönckeberg, María Olivia. “Golpe en la Cátedra”. *Anales de la Universidad de Chile*, 2013, pp. 59-81.
- Reyes, Claudia. “Medición de la calidad universitaria en Chile: la influencia de los rankings”. *Calidad en la educación*, no. 44, 2016, pp. 158-196. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-45652016000100007>
- Santos-Herceg., José. “Dictadura Militar y Filosofía en Chile, cartografía de un campo de relaciones discursivas”. *La Cañada*, no. 4, 2013, pp. 9-52.
- Santos-Herceg, José. “Los Centros de Detención y/o Tortura en Chile hoy. Su desaparición como destino”. *Revista IZQUIERDAS*, no. 26, 2015, pp. 256-275. https://www.academia.edu/19715318/_Los_Centros_de_Detenci%C3%B3n_y_o_Tortura_en_Chile_hoy_Su_desaparici%C3%B3n_como_destino_Revista_IZQUIERDAS_No26_2015_pp.256-275

Prensa escrita

Revista HOY, desde sus inicios a diciembre de 1978.
El Mercurio.

Tesis

Estrada, Sergio. *Del estallido universitario al asalto a la catedral. Las relaciones Iglesia-Estado durante el gobierno de Frei Montalva*. Tesis para optar al título de Profesor de Historia y Geografía. UMCE, 2013. Inédita.

Entrevistas

Castro, Guillermo. Entrevistado por Sergio Estrada. 5 de diciembre de 2014.
 Correa, Sofía. Entrevistado por Sergio Estrada. 8 de octubre de 2015.
 Escorza, Patricio. Entrevistado por Sergio Estrada. 31 de agosto de 2014.
 Gazmuri, Cristian. Entrevistado por Sergio Estrada. 3 de noviembre de 2015.
 Jocelyn-Holt, Alfredo. Entrevistado por Sergio Estrada. 3 de noviembre de 2015.
 Pinto, Julio. Entrevistado por Sergio Estrada. 10 de noviembre de 2015.
 Ramos, Jorge. Entrevistado por Sergio Estrada. 11 de noviembre de 2015.
 Samaniego, Augusto. Entrevistado por Sergio Estrada. 29 de octubre de 2015.

Prensa en internet

Carmona, Ernesto. “La Pontificia Universidad Católica por primera vez reconoce oficialmente a sus propias víctimas de la dictadura”. *Piensa Chile*, 29 de agosto de 2013, <http://piensachile.com/2013/08/la-pontificia-universidad-catolica-por-primera-vez-reconoce-oficialmente-a-sus-propias-victimas-de-la-dictadura/>

El Periodista. “Así fue la razzia UDI en la Universidad Católica tras el golpe de 1973”. *El Periodista*, 28 de septiembre de 2010, <http://elperiodistaonline.cl/locales/2010/09/asi-fue-la-razzia-udi-en-la-universidad-catolica-tras-el-golpe-de-1973/7/>

Revista Capital. “Historias de golpe”. *Revista Capital*, 11 de septiembre de 2013, <http://www.capital.cl/poder/2013/09/11/070937-historias-de-golpe>

Universidad Católica. “La Universidad se reencuentra y reconoce a casi un centenar de académicos exonerados después de 1973”. *Universidad Católica*, 26 de noviembre de 2015, <http://www.uc.cl/es/la-universidad/noticias/23077-la-universidad-se-reencuentra-y-reconoce-a-casi-un-centenar-de-academicos-exonerados-despues-de-1973>

Canciones

Campos, Fredy. “Alma Guerrera”, 2014. <https://soundcloud.com/fredycamposcantautor/alma-guerrera>
Ubierno, Fernando. “Un café para Plantón”. 1977.

Películas y documentales

Berzosa, José María Dir. (1978). *Pinochet y sus tres generales* (documental). <https://vimeo.com/47185051>
Costa, Paulina Dir. (2008). *Aseo General* (cortometraje). <https://vimeo.com/22319987>
Gazut, André y Claude Smadja Dir. (1976) *Chile: orden, trabajo y obediencia* (documental). <https://vimeo.com/40748738>
Gómez, Víctor Dir. (2001). *Ataque a la UTE* (Reportaje de CHV). <https://www.youtube.com/watch?v=ElBkRmY9sSQ>

Sobre el autor

Sergio Iván Estrada Arellano

Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (2013). Obtuvo el grado de Magíster en Arte, Pensamiento y Cultura (2016) y el grado de Doctor en Estudios Americanos (2023) en el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile. Sus ámbitos de investigación giran en torno a la historia contemporánea de Chile y América, teoría y metodología de la historia, pensamiento crítico latinoamericano, memoria y DD. HH.

Ha escrito diversos artículos de investigación ligados a dichos temas: “Meta-testimonios: construcciones teóricas desde y sobre la prisión política en el cono sur” (2023), “Filosofía de la Historia latinoamericana y el estallido social en Chile: una propuesta desde los aportes de Arturo Andrés Roig” (2021) y “Silencios de una historia: aproximaciones al uso del silencio como fuente de la historiografía” (2020).

Actualmente, es académico del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE).

Este libro fue posible gracias al apoyo de la
Universidad de Santiago de Chile a través de
la Facultad de Humanidades.

En la presente edición trabajó el equipo
completo de Editorial Usach:

Director
Galo Ghigliotto

Equipo editorial
Catalina Echeverría (editora)
Andrea Meza (diseñadora)
Ana Ramírez (diseñadora)
Consuelo Olgún (editora adjunta)

Equipo administrativo
Martín Angulo (jefe administrativo)
Claudia Gamboa (secretaria)
Daisy Farías (auxiliar de servicio)

Equipo comercial
Emiliana Pereira (jefa comercial)
Javier Solís (ventas)
Pablo Masquiarán (asistente de bodega)



*

Esta
primera
edición de
*La universidad que
fue y será. Identidades y
memorias en la UMCE, USACH
y PUC durante la dictadura militar
(1973-1989)* se terminó de editar en mayo
de 2023.

Para los textos de portada se utilizó
la tipografía Patua One; para
el interior se utilizó la
tipografía Adobe
Caslon Pro.



Las identidades universitarias se construyen en procesos que están cruzados por su historia y tradición, los cuales se forman a partir de las experiencias de sus propios estudiantes. A partir del golpe militar del año 1973 en Chile y de la instalación de la dictadura hasta el año 1989, este libro hace un recorrido sobre las memorias colectivas en estos espacios educacionales del país.

La universidad que fue y será: Identidades y memorias de la UMCE, USACH y PUC durante la dictadura militar (1973-1989) nos adentra en una serie de reflexiones respecto a la pervivencia de las memorias al interior de estas tres universidades, que se vive y proyecta hasta la actualidad, en cuanto constituyen las identidades de estas instituciones compartidas y heredadas por generaciones. La Universidad Metropolitana de las Ciencias y Educación (UMCE), la Universidad de Santiago de Chile (USACH) y la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) son solo tres de las universidades que se analizan en esta obra que alojan una riqueza experiencial que, de alguna forma, representa algo mayor: la lucha y resistencia experimentada por los estudiantes en la dictadura que determinó sus identidades como instituciones y resuena hasta nuestros días.

